

# **Capital social y capital simbólico como factores de exclusión y desarrollo social**

Autores :

JAUME BLASCO

ALMUDENA JUÁREZ

SANTA LÁZARO

ROSALÍA MOTA

EVA RUBIO

FERNANDO VIDAL

JUAN JOSÉ VILLALÓN

Coordinador  
FERNANDO VIDAL

# 6

## Capital social y capital simbólico como factores de exclusión y desarrollo social

<b>1. Introducción. Desarrollo, exclusión y políticas sociales de sentido</b> .....	527
<b>2. Capital social y exclusión</b> .....	531
<b>3. Identidades sociales y exclusión</b> .....	561
<b>4. Capital social e inmigración</b> .....	569
<b>5. Capital social y simbólico en los procesos de empoderamiento e inclusión</b> .....	575
<b>6. Conclusiones</b> .....	591
<b>7. Bibliografía</b> .....	597

# 1

## Introducción. Desarrollo, exclusión y políticas sociales de sentido [\*]

La exclusión social deteriora los vínculos, las comunidades, la constitución del sujeto y sus marcos de sentido, y cada vez somos más conscientes de su importancia como factores de desarrollo social y, en especial, en los procesos de empoderamiento de las personas en situación de exclusión. Nuestras políticas sociales han sido tradicionalmente políticas sociales de recursos y tenemos que lograr que maduren a políticas sociales de sentido que logren incidir troncalmente en esos factores algo intangibles y muy frágiles, pero decisivos. Las políticas sociales de sentido parten de una constatación: la exclusión social no solamente priva de recursos a los sujetos, sino que debilita los vínculos entre las personas, desestructura las familias, los grupos, asociaciones y comunidades, desorienta respecto al sentido de la vida y de las sociedades, confunde las identidades, multiplica el sentimiento de depresión y corroe los caracteres.

Y las políticas sociales de sentido se constituyen por dos ideas:

- El desarrollo social no solamente consiste en aumentar la riqueza y la esperanza de vida,

sino que el *bien-estar* requiere del *buen-ser* social. Una vida rica en recursos pero pobre en vínculos y vacía de sentido es una vida que pierde calidad y raíz. El desarrollo social requiere prioritariamente del desarrollo de la sabiduría y la razón pública; necesita de un entorno institucional en el que se favorezca que los individuos, libre y tolerantemente, puedan recibir el patrimonio de sabiduría de la humanidad, se hagan cargo de su historia y de la Historia, y descubran reflexiva y solidariamente el sentido de las cosas y la identidad personal y colectiva. El bienestar no solamente se mide por la sensación de felicidad, sino por la solidaridad social y la veracidad de los valores y las creencias de un pueblo.

- Los procesos de liberación y empoderamiento de las personas excluidas sólo se inician realmente cuando el sujeto es resiliente y recompone una comunidad y un sentido de las cosas; cuando tiene una matriz social y una dirección moral. La inclusión no se logra por la mera integración laboral y recursiva del sujeto, sino por la constitución de un proyecto renovado por parte de la persona en sus redes sociales.

[\*]

Epígrafe elaborado por Fernando Vidal, Rosalía Mota, Santa Lázaro, Eva Rubio y Almudena Juárez. Los textos de estos autores se insertan dentro del proyecto del Plan Nacional de I+D «Capital social y capital simbólico como factores de empoderamiento en los itinerarios de inclusión social» (código SEJ2006-15109).

Así pues, creemos que es crucial el desarrollo social del sentido y la solidaridad. De hecho, la primera conclusión de este capítulo deriva de la novedad de su inclusión en el Informe FOESSA y apunta a que vamos ganando una comprensión más integral del alcance de la exclusión social y de las exigencias del desarrollo social, lo cual abre nuevos desafíos para nuestro modelo de intervención social y también insta a mejorar nuestra sensibilidad e instrumentos para identificar y medir los factores del desarrollo. El desarrollo social implica factores psicosociales y factores culturales e institucionales. El desarrollo no puede lograrse ni medirse solamente sobre la base de la distribución individual de recursos y del reconocimiento de derechos, sino que son cruciales la configuración de las instituciones en las que el individuo puede desenvolver su vida y los marcos de sentido según los cuales puede dar significado a su vida y generar identidades de empoderamiento solidario. Entre las instituciones cobra crucial importancia la familia, que es la primera comunidad de solidaridad y sentido en la que el individuo es incluido, pero nuestro estudio ha mostrado también la importancia de las dotaciones institucionales de los barrios, la organización de los servicios ciudadanos —sociales, educativos, sanitarios, de vivienda, etc.— o la participación de la sociedad civil. Especial relevancia tienen los factores psicológicos y de sentido en nuestra concepción de la exclusión y el desarrollo social. La exclusión es un fenómeno tan central en nuestra época que afecta a las estructuras más profundas de la sociedad y de cada persona. La exclusión no solamente causa privación de recursos, sino que organiza socialmente la corrosión del carácter, la desorientación de las identidades, la perversión de las relaciones y la desestructuración de las instituciones. Y no solamente lo hace en quienes sufren la exclusión, sino que distorsiona los valores, identidades y psicológicamente a las personas y relaciones de quienes participan en ella causándola o por omisión. Que algunos de estos aspectos sean eminentemente personales no significa que sean menos estructurales: hay una producción social de la depresión; una estructura social que corrompe las identidades; una morfología so-

cial que neoliberaliza los vínculos, las familias y las asociaciones y comunidades.

La experiencia de la intervención social en enclaves de exclusión y el acompañamiento de personas en exclusión extrema nos dice que los graves fallos estructurales de las políticas sociales, de nuestra cooperación internacional y, en general, de nuestro modelo social, político y económico no se deben solamente a una escasa política redistributiva, sino que no logramos sacar de la pobreza a millones de personas y no llegamos a crear una sociedad más justa por carencias en nuestra comprensión de lo que hay en juego. Solamente una comprensión que dé cuenta de una concepción integral de las personas, sus comunidades de vida y su dignidad logrará conocer cuáles son los procesos reales y eficaces que conducen a la inclusión social. Eso implica una reforma de nuestro modelo de intervención social, de nuestras instituciones y de nuestra moral pública. Los procesos de liberación y empoderamiento de los excluidos se posibilitan por la dotación de recursos y el reconocimiento de derechos, pero comienzan por la generación de procesos identitarios y comunitarios de sentido y solidaridad.

Trabajar por el desarrollo social no significa solamente adquirir un nivel de recursos y derechos, sino reincorporar de modo integral todas las potencias sociales y personales de los individuos y sus grupos e instituciones. Sin desarrollo de los valores no hay desarrollo social; el desarrollo en valores, institucional y personal, forma parte crucial del desarrollo social. Sin desarrollo de una sólida solidaridad comunitaria —familiar, territorial, ciudadana e internacional—, el desarrollo social no logra avances cualitativos. Esas políticas sociales de sentido buscan crear un entorno de relación y sentido que permitan la resistencia de las comunidades y la resiliencia de los sujetos ante los fuertes procesos de empobrecimiento y dependencia. Las políticas sociales de sentido incorporan una nueva generación de enfoques que priorizan las metodologías de inclusión activa, asociativa, narrativa, participativa, sociopolítica, de mediación y reconciliación, etc. La nueva política social necesaria para incidir cualitativamente en el desarrollo y la superación de la exclusión social tiene que ser esa política social de sentido y solidaridad.

En la evolución de la sociología de la desigualdad ha ido ganando fuerza esta comprensión de los aspectos culturales y sociales que toman parte en la construcción de la injusticia. Partiendo de una visión economicista que ponía el peso en el capital patrimonial del sujeto, pronto se comprendió que la conciencia de los trabajadores y su unión eran procesos que constituían un capital alternativo al de las puras propiedades. En los años sesenta comenzó a hacer aparición una visión de los procesos de desigualdad que concebía que la estratificación usa como movilizados sociales y mecanismos de cierre una serie de capacidades de los sujetos y las comunidades tales como la educación, las relaciones o los estilos culturales. Se comenzaron a concebir como parte del capital de las personas.

Tradicionalmente se identificaba el capital fijo (relativo a los medios de producción) y el capital circulante (el dinero). En los años sesenta hizo su aparición la noción de capital humano de mano de Becker (1963) Johnson (1964) sostenía que el nuevo enfoque suponía una concepción más plural de los distintos elementos que contribuyen a determinar las posibilidades productivas y mercantiles de una persona o grupo. Para él consiste en considerar como capital todo aquello que produce una corriente de renta. El mismo Johnson entendía que el capital social es uno de los principales componentes de los capitales de un individuo y hay que estudiar cómo se determina. Pero, sin duda, fue la obra de Bourdieu, a finales de los setenta (1979), la que divulgó y dio mayor profundidad a la teoría de los capitales humanos. Bourdieu cree que el capital social está formado por todo el conjunto de relaciones y de pertenencias grupales o institucionales que cumplen un papel configurador de las oportunidades de mercado de alguien. También pondera la importancia del capital cultural, que no sólo está reducido a lo educativo, sino que identifica con la capacidad de discernimiento, con el gusto para distinguir lo socialmente prestigioso y asociarse a ello. El capital cultural consiste en el estilo estético que es capaz de expresar prestigio social.

La obra de Coleman, a comienzos de los noventa (1990), trató de sistematizar la variedad de

especies de capital que proliferaban en los distintos estudios. Acerca de los distintos capitales (humano, social, cultural, etc.) estimó: «Concebiré estos recursos socioestructurales como una ventaja capital para el individuo, es decir, como capital social. El capital social es definido por su función. No es una sola entidad sino una variedad de diferentes entidades» (Coleman, 1990: p. 302). El capital social es productivo<sup>[1]</sup>, es tangible y no se puede enajenar de las relaciones de los sujetos, es decir, no es apropiable por los sujetos, sino que reside en las propias relaciones, es un capital solidario. Juan Jesús González le da un peso especialmente relevante al capital social dentro de su análisis de la estratificación social y diferencia entre el capital relacional y el capital asociativo. Para él, el capital relacional es el resultante de la conexión y participación en redes familiares y amicales, mientras que el capital asociativo es el resultante de la conexión y participación en organizaciones formales. En los últimos años, los estudios sobre el capital social han ido perfilando mejor la noción de capital social y ha popularizado la expresión. La literatura sobre capitales no deja de crecer y entendemos que obedece a una comprensión cada vez más integral de los procesos económicos. La economía no secciona algunos aspectos que pudieran reducir a un *homo economicus*, sino que todas las dimensiones de la persona intervienen en el proceso económico y es la persona entera la que actúa en el mercado. Así pues, todos los atributos de la persona o los grupos a que pertenece son susceptibles de influir en sus oportunidades de mercado. El capital social trata de poner de relieve cómo la calidad del mundo relacional del sujeto le dispone de distinta capacidad para la reproducción y movilidad en el mercado y la movilidad social.

Entendemos por capital social el conjunto de relaciones y pertenencias del sujeto que tienen influencia en su capacidad económica y hablamos de capital social de una comunidad para referirnos al grado en que los miembros de ese colectivo lo poseen. En la conformación del capital social hay distintos componentes que pueden ser objeto de una diferenciación interna de «capitales», como el capital relacional (las relaciones de la persona), el capital asociativo

[1] «Como otras formas de capital, el capital social es productivo, haciendo posible el logro de ciertos fines que no se podrían obtener en su ausencia» (Coleman, 1990: p. 302).

(las pertenencias a grupos formales), el capital informacional (el acceso a fuentes de información). Hay otras fuentes, como la pertenencia nacional, étnica, la asociación a determinados colectivos, etc., que son importantes y podrían ser objeto de denominación bajo esa forma de capital. El capital social varía según la calidad y cantidad de las relaciones y pertenencias y según el poder de las personas u organizaciones a que uno esté vinculado.

Entre la sucesión de capitales, el capital cultural va a ganar progresiva atención de los expertos. Por nuestra parte, usamos la noción capital simbólico tal como la ideó Díaz-Salazar en su libro *El capital simbólico* (1988). Bourdieu pensó el capital simbólico para denominar una serie de rasgos públicos que confieren valor al individuo. Así, la posesión o ejercicio de esos rasgos —por ejemplo, el honor en las sociedades mediterráneas (Bourdieu, 1998: p. 108)— da «fuerza» o «valor», se convierte en un símbolo que empodera a las personas (Bourdieu, 1998: p. 171). A nuestro juicio, no sólo hay valores sociales, sino que hay una serie de rasgos identitarios, caracterológicos y de sentido que dan a los sujetos un conocimiento, juicio y resiliencia que les permite empoderarse. El capital no entendido sólo como prestigio sino como un conjunto de sentido —un conjunto simbólico— que empodera a los sujetos para saber, orientarse y tomar decisiones. A esto lo denominamos capital simbólico: el capital simbólico es el conjunto de modos caracterológicos, informacionales y de identi-

dades que fortalecen el conocimiento y juicio de las personas y sus comunidades. A nuestro entender, las políticas sociales de sentido introducen como un eje transversal la creación de capital social y simbólico de las personas y comunidades como estrategias de inclusión y empoderamiento.

Este capítulo hace cuatro exploraciones de la cuestión del capital social. La primera explota los datos sobre capital social de la Encuesta FOESSA 2008 de Exclusión en España. La segunda explora los datos de esa misma encuesta relativos al capital simbólico, focalizado en la cuestión de la identidad. La tercera analiza la cuestión del capital social en la población inmigrante. Finalmente, la cuarta explota una encuesta inédita a profesionales de la intervención social sobre el papel del capital social y simbólico en los procesos de inclusión. Las conclusiones de este capítulo refuerzan nuestra intención de profundizar en el pensamiento sobre el capital social y simbólico y de buscar aplicaciones prácticas para las políticas sociales y los modelos de intervención social. No obstante, este capítulo tiene una intención rigurosamente descriptiva de la situación a partir de los resultados empíricos de las encuestas que hemos manejado. El lector encontrará en él sobre todo los *cuántos* del capital social y simbólico, mientras que los *cómos* puede hallarlos en algunas de las referencias bibliográficas que hemos incluido y que los propios autores de este capítulo han expuesto en otros libros (Villalón, 2006, Vidal, 2006; o Vidal, Mota y Zurdo, 2008).

## 2

# Capital social y exclusión<sup>[\*]</sup>

## 2.1. El capital asociativo

El capital asociativo es el conjunto de pertenencias a organizaciones formales de las personas que pueden influir en su capacidad de creación de riqueza y movilidad social. Es un capital central para la creación de riqueza y desarrollo social por lo que supone de generación de tejido en la sociedad civil y participación de las personas en la misma. El capital asociativo es clave para la socialización, la reflexión conjunta, para la creación de solidaridades y la autogestión, para la interlocución ante otras agencias y la defensa de la comunidad.

### 2.1.1. Asociacionismo y pobreza

*Los pobres se asocian un 17% menos que el resto de la población.* El examen del asociacionismo de los encuestados en situación de exclusión es posible realizarlo en la encuesta a la luz de diversas variables. Una de las que manifiesta en mayor medida las diferencias es la que define al po-

bre como aquel que está por debajo del 60% del umbral de renta estándar. La Tabla 6.1 muestra que la personas tipificadas como pobres —por estar por debajo del 60% del umbral— superan a los otros en diez puntos en cuanto a no estar afiliadas a ninguno de los doce tipos de asociaciones u organizaciones sobre los que se les consultó. El porcentaje de personas pobres que no son miembros de ninguno de los tipos de entidades se eleva hasta el 68,2%, mientras que los que superan dicho umbral se reducen al 58,2%. Hemos de tener en cuenta, no obstante, que hay un 60% de personas que contestan que no están asociadas a nada. Al observar quiénes sí están positivamente vinculados a una de esas asociaciones salta a la vista que casi hay seis puntos menos de asociados activos entre las personas pobres y tres puntos menos de miembros no activos: del 22,6% al 29,4%, un cuarto menos de asociados. Además, *el porcentaje de los que no contestan a la pregunta sobre asociacionismo es el doble entre las personas pobres.*

Hay un dato interesante averiguado hace poco que complementa nuestra visión sobre

[\*]  
Epígrafe elaborado por Fernando Vidal. Una versión más amplia de este epígrafe se puede encontrar en F. Vidal: «Exclusión y capital social». Documento de trabajo para Informe Foessa 2008 [www.foessa.es](http://www.foessa.es); sección «publicaciones» (VI Informe).

**Tabla 6.1. Asociacionismo en relación con el umbral de pobreza**

(% Vertical para cada categoría de entidades)		Pobre	No pobre
Asociacionismo	No contesta	0,4	0,2
	No es miembro	68,2	58,2
	Miembro activo	22,6	29,4
	Miembro no activo	8,9	12,2
	No sabe	0,0	0,0

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

asociacionismo y empobrecimiento. El resultado de la Encuesta 2008 de Infancia<sup>[2]</sup> hace emerger un 44,2% de niños afiliados a asociaciones o grupos, proporción que en la preadolescencia desciende en casi trece puntos porcentuales hasta el 31,4%. Si le damos proyección poblacional a este dato, descubrimos que hay 1.100.000 niños de 6-11 años asociados a diferentes grupos y casi 400.000 preadolescentes también participando en asociaciones. Los niños de 6-11 años muestran, además, el deseo mayoritario (44%) de pertenecer a algún grupo si no están o de pertenecer a más grupos si es que ya están afiliados a alguna entidad. Por el contrario, hay un próximo 40% que no quiere pertenecer a ninguno más o, si no están en ninguno, carecen de interés en vincularse a alguno. *Pero si cruzamos los datos sobre asociacionismo de los niños, por su clase social descubrimos que a más clase social del niño, mayor asociacionismo. Llega a haber hasta ocho puntos de diferencia. Hay un 40,5% de niños participando en asociaciones o grupos. Esa cifra crece al 43,3% en la clase media-baja y sube de nuevo al 45% en la clase media. En la clase media-alta alcanza su máximo, el 48,2%, y luego desciende un punto en la clase alta, situándose en el 46,7%. Por el contrario, el deseo de asociarse más sigue la dirección inversa. Además, a menos clase social, más se quiere estar en alguna asociación o alguna más si es que ya se está. El 38% de los niños de clase alta manifiestan que positivamente quieren estar en más asociaciones y ese porcentaje se eleva en diez puntos porcentuales en el caso de las clases baja y media-baja, hasta el 48%. Las clases media y media-alta (41%) muestran un comportamiento más próximo a la clase alta al respecto. En resumen: los niños de clase baja*

*están casi un 25% menos asociados y entre los niños de clase baja hay un 20% más que quieren asociarse más.*

Volviendo a los resultados de la Encuesta FOESSA 2008, otro indicador de vulnerabilidad social de los entrevistados no se basa en la condición personal, sino en el tipo de barrio en que viven, según la clasificación estandarizada por la propia encuesta. Donde menor asociacionismo hay en los barrios antiguos deteriorados: es donde más personas no contestan las preguntas sobre participación en asociaciones —el 2,7%—; es —junto con la zona rural— donde menos miembros activos hay de entidades asociativas —18,5% de activistas—, y, en tercer lugar, es donde menos miembros no activos nos encontramos —un 2,7%—. Los barrios obreros, estén en buenas o malas condiciones, no resaltan por un bajo asociacionismo. Sin embargo, sí lo hace aquel hábitat caracterizado por viviendas diseminadas o zonas rurales. La Tabla 6.2 nos muestra que es el segundo lugar donde menos socios activos hay —un 18,9%—, muy cerca del 18,5% de los barrios antiguos deteriorados. Los suburbios o zonas marginales llaman la atención por tener una proporción muy baja de socios no activos, pero, sin embargo, destaca que hay un 37,5% de personas asociadas activamente a entidades. Es un porcentaje muy próximo al de los valores más elevados. Dichos valores están en los barrios antiguos en buenas condiciones, en las zonas residenciales de nivel medio y en las de clase alta. No obstante, no hay una progresión lineal que permita decir que a mejor barrio, mayor tasa asociativa. A la clase más elevada le caracteriza el más alto nivel de asociacionismo nominal —miembros no activos— y un por-

[2] Fernando Vidal y Rosalía Mota, 2008: *Encuesta de infancia en España*. Fundación SM, Madrid.



centaje no tan alto de activistas. El mayor porcentaje de activistas son los pobladores de las áreas residenciales de nivel medio: allí hay un 45,3% de personas que son miembros activos de organizaciones asociativas. Si comparamos ese porcentaje en áreas residenciales medias con el de los barrios antiguos deteriorados o con el de zonas rurales o diseminadas, podemos comprobar que lo doblan. Prácticamente también doblan esos porcentajes de asociacionismo activo en las áreas de clase alta, en las áreas mixtas del centro urbano y en los barrios antiguos en buenas condiciones. El porcentaje más elevado —el de zonas de clase media— dobla también las proporciones de activistas en barrios obreros.

*En conclusión, podemos afirmar que, a excepción del asociacionismo en zonas suburbanas, los ciudadanos de los barrios medios y elevados doblan en asociacionismo activo a los de barrios obreros, cascos viejos deteriorados y zonas rurales o diseminadas. El estudio de esta variable nos muestra que la dimensión territorial muestra una fuerza conformadora de las prácticas asociativas mucho más potente que las diferencias de renta o de percepción de la clase.*

Esa diferencia se acentúa si tomamos en cuenta el asociacionismo no activo porque, como se comprueba en la Tabla 6.2, la proporción de socios no activos en las urbanizaciones de clase alta multiplica por diez al mismo porcentaje, pero en barrios antiguos deteriorados quintuplica el porcentaje de los barrios suburbanos marginados,

triplica en las zonas rurales y duplica en los barrios obreros. Es decir, que hay una diferenciación asociativa en la participación activa, que se multiplica cuando vemos los vínculos asociativos establecidos por afiliaciones establecidas mediante una colaboración económica o una vinculación nominal.

El cuestionario nos permite contrastar la posición social de la familia encuestada con lo que el propio entrevistado opina de su hogar, tal como nos lo muestra la Tabla 6.3. Entre los que se consideran en la media o por encima pero sin llegar a ricos, es donde hay mayor índice de participación asociada activa: el 36% de los hogares que se autodeclaran por encima de la media pero no de clase alta están asociados activamente a entidades de la sociedad civil. El mejor porcentaje no corresponde a los que se consideran pobres o casi pobres, sino a los que estiman que están por debajo de la media sin aproximarse a la pobreza —aunque los pobres tienen también un porcentaje sensiblemente bajo—. Entre los pobres y casi pobres es, en cambio, donde hallamos los más bajos porcentajes de asociacionismo no participativo. Es decir, que *los pobres sólo están en asociaciones si participan activamente en ellas; practican en menor proporción el asociacionismo nominal*. Si comparamos la autoclasificación con la posición del hogar, observamos que se guarda una cierta proporción. La diferencia estaría en que los asociados activos tienden a no considerarse al borde de la pobreza, más próximos a la clase media.

**Tabla 6.2. Asociacionismo por tipo de barrio**

(% VERTICAL) Afiliación a algún tipo de asociación	TIPO DE BARRIO										
	Rural	Suburbio	Obrero mal estado	Antiguo mal estado	Obrero buen estado	Antiguo buen estado	Mixto centro	Mixto periferia	Resid. medio	Resid. alto	NS
No contesta	0,0	0,0	0,0	2,7	0,2	0,0	0,0	0,0	0,2	0,0	0,0
No es miembro	72,6	58,3	64,3	76,0	63,8	56,4	39,0	36,4	63,1	61,1	30,8
Miembro activo	18,9	37,5	23,6	18,5	22,3	36,4	45,3	37,7	32,2	6,7	59,0
Miembro no activo	8,5	4,2	12,1	2,7	13,7	7,1	15,7	26,0	4,5	32,2	7,7
No sabe	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	2,6

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

**Tabla 6.3. Asociacionismo por posición social autodeclarada de la familia**

(% VERTICAL) Afilación a algún tipo de asociación	CÓMO CALIFICARÍA SU HOGAR SEGÚN LA SITUACIÓN ECONÓMICA DEL MISMO DURANTE LOS ÚLTIMOS 12 MESES							
	No contesta	Rico	Por encima de la media	En la media	Por debajo de la media	Casi pobre	Pobre	No sabe
No contesta	0,0	0,0	0,0	0,3	0,0	0,0	0,5	0,0
No es miembro	71,4	76,9	48,4	56,8	66,6	62,4	70,4	57,1
Miembro activo	26,2	23,1	36,0	33,4	18,4	29,6	22,8	10,0
Miembro no activo	2,4	0,0	15,6	9,5	15,0	8,0	6,3	32,9
No sabe	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Elaboración: Fernando Vidal, 2008.

Existen diversas variables que nos permiten perfilar el contorno de la exclusión, tales como si el sustentador principal está en paro y desde cuándo; si hay personas analfabetas o sin estudios en el hogar; condiciones de la vivienda, etc. Entre ellas, la desigualdad educativa marca definitivamente unas pautas de asociacionismo mucho menores. La exclusión educativa imprime una intensa descapitalización asociativa especialmente marcada en hogares en los que los menores en edad obligatoria y los más pequeños no están escolarizados. Los hogares con adultos sin estudios o analfabetos, así

como aquellos que abandonaron los estudios por motivos no directamente económicos, también muestran fuertes carencias asociativas. En medio de esa descapitalización solamente el asociacionismo religioso y, en menor medida, el vecinal abren algunas vías de participación activa.

Por otro lado, la Tabla 6.4 nos muestra que el factor de extranjería incide negativamente en la tasa asociativa, la cual desciende seis puntos si comparamos a españoles con extranjeros: se asocia activamente el 28,9% de los españoles encuestados y el 23% de los que se declaran extranjeros.

**Tabla 6.4. Tipos de asociacionismo por nacionalidad**

Tipos de asociaciones		NACIÓN	
		Españoles	Extranjeros
<i>Asociacionismo en general</i>	Activo	28,9	23,0
	Nominal	11,5	8,0
<i>Religión</i>	Activo	7,8	4,4
	Nominal	2,8	5,1
<i>Deporte</i>	Activo	9,8	9,9
	Nominal	1,3	1,5
<i>Sindicato</i>	Activo	4,1	4,4
	Nominal	5,0	0,4
<i>Partido</i>	Activo	2,7	2,2
	Nominal	1,0	0,0
<i>Ecología</i>	Activo	2,3	0,7
	Nominal	0,4	0,0
<i>Vecinos</i>	Activo	7,3	7,0
	Nominal	3,1	0,7
<i>Cívicas y sociales</i>	Activo	9,9	6,6
	Nominal	1,9	0,0

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

La Tabla 6.5 muestra cómo el *asociacionismo de los inmigrantes extracomunitarios es mayor que el del resto de encuestados debido principalmente a su afiliación religiosa activa y nominal*. El asociacionismo pasivo y nominal de los encuestados gita-

nos es notablemente mayor que el resto pero no es debido al asociacionismo de carácter religioso sino a declaraciones de asociacionismo activo bastante mayor en el resto de tipos asociativos como el deportivo, el sindical o el partidario.

Tipos de asociaciones		PRESENTA EL HOGAR ALGUNA DE ESTAS CARACTERÍSTICAS		
		Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	Hogar inmigrante extracomunitario	Ninguna
<i>Asociacionismo en general</i>	Activo	35,5	33,3	28,2
	Nominal	30,6	11,7	11,0
<i>Religión</i>	Activo	8,1	10,0	7,5
	Nominal	11,3	5,6	2,7
<i>Deporte</i>	Activo	20,6	18,3	9,2
	Nominal	20,6	3,9	0,8

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

### 2.1.2. Diferencias de pertenencia según tipos de asociaciones

En términos generales, por tanto, es clara la diferencia asociativa, significativamente merma entre las personas empobrecidas. Pero cabe preguntarse cómo se modula esa distancia al considerar los tipos de entidades civiles sobre las que la encuesta ofrece información. Las diferencias de asociacionismo activo muestran tendencias opuestas dependiendo del tipo de asociaciones, tal como podemos encontrar reflejado en la Tabla 6.6. La superioridad de asociacionismo activo de las personas que no están por debajo del 60% del umbral se mantiene en las organizaciones deportivas, en los sindicatos, partidos, en las asociaciones profesionales y en los colectivos cívicos o sociales. Sin embargo, las personas pobres participan de modo activo en mayor medida que los que tienen rentas superiores en el asociacionismo religioso, en organizaciones ecologistas, de mujeres, jóvenes, mayores y educativas. En el asociacionismo vecinal, la participación activa es la misma sin variación alguna entre ambas categorías. El asociacionismo deportivo activo de los que tienen rentas mayores del 60% del umbral triplica a los que las tiene inferiores. Sin

embargo, los más pobres casi duplican el asociacionismo religioso activo de las clases superiores. Los más pobres se ven doblados por los otros en el sindicalismo activo; casi ven duplicada su baja militancia partidaria activa. La afiliación participativa a asociaciones profesionales es un tercio menor en los más pobres y un cuarto menos en colectivos cívicos o sociales.

Las diferencias entre clases en las otras asociaciones en las que los pobres se afilian más no son ni mucho menos tan amplias como las diferencias anteriores, si exceptuamos *la importante superioridad de los pobres en asociaciones de carácter religioso*. En las organizaciones religiosas son tres décimas de punto más para los pobres y también es muy ajustada la diferencia en las de jóvenes —cuatro décimas de punto—. Es poco más de un punto mayor el asociacionismo activo de los más pobres en las entidades de mujeres y en las educativas, y en las asociaciones de mayores el porcentaje es casi un cuarto mayor entre los más pobres, la distancia que va del 5,2% de activismo de los pobres al 3,1% entre los que superan el 60% del umbral. Así pues, mínimas diferencias en todas las categorías más participadas por los pobres, exceptuando una notable superioridad de los pobres en el asociacionismo religioso participativo.

**Tabla 6.6. Asociacionismo en relación con el umbral de pobreza**

(% Vertical para cada categoría de entidades)			Pobre	No pobre
<i>Asociacionismo</i>	Asociaciones religiosas	Miembro activo	10,5	5,8
		Miembro no activo	3,5	2,6
	Organizaciones deportivas	Miembro activo	3,3	10,3
		Miembro no activo	2,6	0,9
	Sindicatos	Miembro activo	2,2	4,2
		Miembro no activo	3,5	5,5
	Partidos políticos	Miembro activo	1,7	2,7
		Miembro no activo	0,2	1,0
	Organizaciones ecologistas	Miembro activo	1,8	1,5
		Miembro no activo	0,2	0,5
	Asociaciones vecinales	Miembro activo	7,0	7,0
		Miembro no activo	3,5	3,1
	Asociaciones de mujeres	Miembro activo	4,3	2,9
		Miembro no activo	0,2	0,9
	Asociaciones de jóvenes	Miembro activo	1,7	1,3
		Miembro no activo	0,0	0,3
	Asociaciones de mayores	Miembro activo	5,2	3,1
		Miembro no activo	0,9	1,3
	Asociaciones educativas	Miembro activo	4,1	3,4
		Miembro no activo	0,0	1,8
	Asociaciones profesionales	Miembro activo	4,6	7,9
		Miembro no activo	0,0	1,7
	Colectivos cívicos o sociales	Miembro activo	7,4	10,1
		Miembro no activo	1,1	2,3

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

Al observar el asociacionismo no activo, las diferencias también son visibles y no se corresponden exactamente con las que antes hemos fijado. El asociacionismo no participativo en entidades de tipo sindical, partidario, ecologista, de mujeres, de mayores, juveniles, educativas, profesionales y cívicas o sociales es mayor en los que superan el 60% del umbral. Es decir, que las diferencias positivas a favor de los pobres que veíamos en el asociacionismo activo no se mantienen en el asociacionismo de mujeres, mayores, jóvenes, educativo ni ecologista. Sólo se mantiene en el asociacionismo no activo de carácter religioso, pero sólo por un punto —que es un cuarto más, por otra parte, dado lo reducido del porcentaje—: 3,5% entre los más empobrecidos y 2,6% en el resto.

Sin embargo, la tendencia es la contraria en el asociacionismo vecinal. Mientras que ambas ca-

tegorías estaban igualadas con un 7% de participación activa, la filiación nominal es ligeramente superior entre los más pobres. Pero donde hay una diferencia llamativa es en la adscripción a organizaciones con fines deportivos, ya que si la afiliación activa era casi tres veces inferior entre los pobres, la afiliación no activa invierte los términos y triplica entre los pobres al porcentaje de los que están por encima del 60% del umbral: 2,6% entre los pobres y 0,9% en el resto. Observemos ahora cada uno de los tipos asociativos en detalle.

### 2.1.3. Tipos de barrio y tipos de asociaciones

Conviene ahora formarnos una idea de la relación entre asociacionismo y hábitat aten-

diendo a cuál es la pauta que sigue cada tipo de barrio respecto a las diferentes modalidades asociativas. Podemos seguir los datos en la Tabla 6.6.

- *Las zonas rurales o de viviendas dispersas son lugares donde lo principal que llama la atención son sus fuertes carencias asociativas, marcando las más bajas tasas en asociaciones de carácter religioso, deportivo, partidario, ecologista, feminista, juvenil, educativo, profesional y cívico-sociales. Cierto es que gran parte de esas tasas no se dan en el asociacionismo activo sino en el nominal. Sólo las cívico-sociales, religiosas y deportivas muestran que hay una especial ausencia comparativa de participación activa en ellas. En estas áreas no se dan las máximas tasas en nada, pero sí han resaltado el rural y entorno disperso por una especial presencia de vecinalismo activo y de activos afiliados a asociaciones de mayores.*

- *Los suburbios y zonas marginales son el tipo de barrio en el que más carencias hay y, a la vez, en el que se da la mayor tasa de asociacionismo religioso activo. En la mayoría de los tipos de asociaciones —excepto vecinos, asociaciones sociales y las ya mencionadas religiosas—, la encuesta no ha encontrado entre sus entrevistados a ninguna persona afiliada activa o siquiera nominalmente a algo.*

- *Los barrios obreros deteriorados son el bastión del asociacionismo entre las zonas empobrecidas: comparado con cualquier otro tipo de barrio, es donde hay una tasa más alta de asociacionismo activo en sindicatos, partidos políticos, ecologismo, asociaciones juveniles y de mayores. Y tiene una presencia significada en asociacionismo deportivo, vecinal, feminista, profesional y cívico-social. Casi es la imagen invertida de los suburbios, en los que se dan los más bajos índices en todo menos en asociacionismo religioso: en los barrios obreros degradados se dan buenas tasas en todo y una tasa moderada en afiliación religiosa activa y la más alta en asociacionismo religioso nominal.*

- *Los barrios antiguos decadentes se caracterizan por dar tasas mínimas en la mayoría de los tipos de asociacionismo y no resaltar siquiera en ninguno de ellos. Visto hasta aquí y consideran-*

do que estos cuatro tipos de barrios son los que suelen caracterizarse por la exclusión —zonas rurales o de vivienda dispersa, suburbios y barrios degradados obreros y antiguos—, podemos observar que, *a excepción del asociacionismo religioso suburbial y una meritoria pero aislada actividad vecinal y de mayores en zonas rurales, la característica de estas zonas es —si no se tiene en cuenta el factor obrerista— la carencia y los mínimos asociativos.* El carácter obrero en situaciones de carencia urbanística ofrece que en esas zonas exista en general algo menos de un décimo de trabajadores comprometidos en cada tipo de un amplio conjunto de organizaciones sociales.

- *Pero el factor obrero no es suficiente para garantizar el activismo asociativo y así lo demuestra que en los barrios obreros que están en buen estado no resalte ninguna tasa especialmente alta en ninguna de las categorías y, por el contrario, den mínimos en varios de ellos, como las organizaciones partidarias o las ecologistas, y unas carencias importantes en asociacionismo nominal (respecto a entidades de mujeres, jóvenes y mayores).*

- *Los barrios antiguos en buen estado tampoco son especialmente caudalosos en asociacionismo, pero muestran un perfil más activo. La encuesta nos muestra que dan tasas mínimas en ecologismo y vecinalismo y hay carencias en afiliaciones nominales en otros tipos, como las organizaciones religiosas, sindicales, partidarias, feministas, juveniles y educativas. Resalta, sin embargo, por tasas no máximas pero sí significativas en asociacionismo deportivo, de mayores, profesional y cívico-social. De esta manera, nos encontramos con barrios que tienen fuertes carencias en algunos de los tipos de asociacionismo y encuentran núcleos de fortaleza en otros.*

- *Los barrios mixtos tienen carencias en algunos tipos asociativos casi exclusivamente en la modalidad nominal (excepto la infrarrepresentación del asociacionismo activo de mayores), pero dan los máximos rangos en varios tipos de asociacionismo: en el vecinal, el de mujeres, el educativo, el profesional y el cívico-social. Es quizá el tipo de barrio más activo asociativamente de un modo equilibrado (destacando varios tipos de asociacionismo, no sólo uno). Los barrios mixtos del centro de las ciu-*

dades son los más relevantes en asociacionismo profesional y cívico-social (pero también destacan sus tasas deportivas y partidarias), mientras que en las periferias nos encontramos los máximos en vecinalismo, feminismo y educación.

Como si hubiera un comportamiento simétrico, la Tabla 6.7 nos muestra cómo el desierto asociativo de los barrios más pobres se replica en las zonas residenciales más ricas. Las zonas residenciales de nivel medio se caracterizan por dar mínimos en todos los tipos de asociacionismo,

excepto en el deportivo, donde da el máximo de toda la tabla, y también en el asociacionismo cívico-social, donde obtiene una frecuencia muy elevada también. En cambio, las zonas residenciales ricas destacan por ínfimos niveles asociativos participativos y una significativa presencia en el asociacionismo nominal, ya que sus residentes entrevistados logran las máximas tasas en ser miembros no activos en organizaciones sindicales, partidarias y profesionales, todas relacionadas con los tipos de asociacionismo que mayor poder concentran.

Tipos de asociaciones		TIPO DE BARRIO										
		Rural	Suburbio	Obrero mal estado	Antiguo mal estado	Obrero buen estado	Antiguo buen estado	Mixto centro	Mixto periferia	Resid. medio	Resid. alto	NS
<i>Religión</i>	Activo	2,3	30,4	7,6	4,8	6,4	12,9	11,2	13,7	4,1	0,0	2,6
	Nominal	1,5	4,3	4,6	2,1	3,7	1,6	2,2	3,3	3,5	0,0	7,9
<i>Deporte</i>	Activo	1,6	0,0	8,9	1,4	6,8	13,6	11,6	3,3	22,5	1,1	2,6
	Nominal	0,0	0,0	3,9	0,0	1,6	0,5	3,4	2,6	0,0	0,0	0,0
<i>Sindicato</i>	Activo	2,7	0,0	8,2	1,4	3,4	5,9	4,5	2,0	1,7	1,1	35,9
	Nominal	2,3	0,0	4,3	0,0	6,0	1,4	3,0	17,6	1,4	24,7	0,0
<i>Partido</i>	Activo	2,7	0,0	7,2	2,8	1,6	2,0	6,4	2,6	1,2	0,0	0,0
	Nominal	0,8	0,0	0,3	0,0	1,1	0,7	0,0	1,9	0,8	6,7	0,0
<i>Ecología</i>	Activo	1,9	0,0	7,2	2,1	1,5	1,3	2,2	2,6	1,4	3,4	,0
	Nominal	0,0	0,0	0,0	0,0	0,2	1,6	0,4	0,0	0,2	0,0	0,0
<i>Vecinos</i>	Activo	8,9	4,2	14,1	4,8	5,5	3,9	5,6	20,8	6,0	2,2	36,8
	Nominal	0,0	0,0	6,6	0,7	4,4	1,8	0,8	3,2	2,5	0,0	0,0
<i>Mujeres</i>	Activo	3,9	0,0	7,2	0,7	3,6	3,4	3,0	11,7	1,2	1,1	0,0
	Nominal	0,4	0,0	0,0	0,0	0,8	0,0	3,4	3,2	0,0	0,0	0,0
<i>Jóvenes</i>	Activo	1,9	0,0	7,2	0,7	1,4	1,3	1,9	2,6	0,6	0,0	5,1
	Nominal	0,0	0,0	0,0	0,0	0,6	0,0	1,1	0,0	0,0	0,0	0,0
<i>Mayores</i>	Activo	5,8	0,0	8,5	1,4	4,6	6,1	1,5	5,2	1,9	0,0	5,3
	Nominal	3,1	0,0	1,0	0,7	1,2	1,4	1,5	3,2	0,0	0,0	0,0
<i>Educación</i>	Activo	2,3	0,0	3,6	1,4	3,2	4,5	3,4	15,6	3,5	1,1	0,0
	Nominal	0,0	0,0	0,3	2,1	3,7	0,9	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
<i>Profesión</i>	Activo	3,5	0,0	7,2	1,4	4,9	8,0	24,4	9,2	6,8	1,1	0,0
	Nominal	0,0	0,0	1,6	0,7	1,1	1,4	1,1	0,0	0,0	25,0	0,0
<i>Cívicas y sociales</i>	Activo	2,7	4,2	8,2	3,4	4,0	8,4	28,0	13,0	20,4	0,0	10,5
	Nominal	0,4	0,0	0,3	0,0	2,7	2,5	3,7	0,0	0,6	1,1	0,0

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008. Leyenda: las categorías completas de Tipo de barrio son: Viviendas diseminadas o zona rural; Suburbio o zona marginal; Barrio obrero deteriorado; Barrio obrero en buenas condiciones; Barrio antiguo en buenas condiciones; Area mixta central; Area mixta periférica; Zona residencial de nivel medio; Zona residencial de clase alta; No sabe.

## 2.2. Capital relacional

Sobre el capital relacional tenemos diversas fuentes de información en la Encuesta FOES-SA 2008. Sabemos, por ejemplo, que los pobres (por debajo del 60% del umbral) usan Internet en mayor medida para ampliar su red de contactos sociales y socializarse, mientras que usan menos la red para comunicarse personalmente con personas ya conocidas. Estos datos serán analizados con mayor detalle en otras partes de este mismo Informe. También sabemos que el 12,5% de las personas por debajo del 60% del umbral reciben ayuda de sus amigos y vecinos, un tercio más que las personas que están por encima de dicho umbral (7,9%). La encuesta nos permite saber que de los encuestados que reciben ayuda, ninguno —sean pobres o no— está asociado de modo activo ni nominal y que la mayor parte de quienes reciben ayuda son personas mayores que viven en barrios antiguos deteriorados. Pero hay dos series de variables en las que principalmente centraremos nuestra atención por la amplitud de los datos que aportan: cómo evoluciona la sociabilidad asociada a problemas económicos y qué frecuencia y calidad de relaciones tiene con los distintos ámbitos de sociabilidad.

### 2.2.1. Impacto de los problemas económicos en las relaciones sociales

#### a) Reducir actividades de ocio

Una serie de preguntas del cuestionario están destinadas a conocer el dinamismo de las relaciones de los encuestados y, así, se busca conocer si en el último año han variado por problemas económicos ciertas pautas de comportamiento, como sus actividades de ocio, salir con amigos, mantener sus relaciones habituales o la participación asociativa. Teniendo en cuenta dicha serie, en primer lugar, podríamos conocer en la Tabla 6.8 que *el 45,4% de las personas que viven por debajo del 60% del umbral se han visto obligadas a tener que reducir sus actividades de ocio por problemas económicos en el último año, mientras que ese mismo porcentaje baja al 12,2% —que se acerca a cuatro veces menos— entre las que viven por encima de dicho umbral.* Asimismo, en términos relativos, nos encontramos en esa pregunta con seis veces más de personas empobrecidas que no contestan a la pregunta.

**Tabla 6.8 . Evolución de la sociabilidad en el último año, según posición respecto al umbral de pobreza**

	DEJÓ ACTIVIDADES DE OCIO		DEJÓ DE SALIR CON AMIGOS		MERMARON ACTIVIDADES DE OCIO DE SU DESCENDENCIA		PÉRDIDA DE RELACIONES SOCIALES HABITUALES		ABANDONO DE ASOCIACIONES	
	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No
Por debajo del 60%	45,4	52,8	31,0	67,2	29,4	14,0	11,6	13,8	11,6	86,7
Por encima del 60%	12,2	87,4	9,4	90,3	42,6	71,0	2,7	70,2	2,7	96,8

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

En la autodeclaración del encuestado sobre la condición social de su hogar notamos una progresión mayor en cuanto al impacto de los problemas económicos sobre la reducción de sus actividades de ocio. La progresión es lineal: ninguno que se considere rico ha reducido sus actividades de esparcimiento; lo hace el 1,9% de los que se definen por encima de la media, el 10,8% de los que dicen estar en la media, el 26,3% de quienes creen que están por debajo

de la media sin rozar la pobreza, el 31,4% de los que estiman que casi son pobres y el 54,6% de los que definen su situación como propia de la pobreza. *Respecto a los que se consideran justo en la media, los pobres han reducido su actividad de ocio en una proporción cinco veces mayor.*

Al analizar la reducción del ocio según el barrio en el que reside el encuestado, se percibe también una progresión lineal (Tabla 6.9): si excluimos las zonas rurales, podemos decir que

a peor barrio, mayor reducción de la actividad de ocio por problemas económicos. En las zonas residenciales de clase alta no se ha encontrado a ningún encuestado que haya respondido que ha reducido su actividad. Pero sí nos encontramos un 7,2% de habitantes de zonas residenciales de nivel medio que dicen que sí lo han hecho y, con porcentaje muy cercano —el 7,8%—, hay un grupo de personas que han menguado su actividad de esparcimiento tanto en áreas mixtas periféricas como centrales. Así pues, las áreas mixtas y las zonas de nivel medio siguen una pauta similar: un 7%-8% han visto aminorada su actividad lúdica. La siguiente categoría dobla esa proporción: en los barrios antiguos, aunque en buenas condi-

ciones, el porcentaje sube hasta el 16% y cuando ese barrio está deteriorado se dobla de nuevo: se duplica hasta el 31,7%. En el barrio obrero en buenas condiciones hay un 24,3% de personas que reducen su ocio. Pero si el barrio obrero está deteriorado, se eleva llamativamente hasta el 38% de personas. El máximo se alcanza en los suburbios o zonas marginales, en las que es la mayoría la que reduce su entretenimiento: el 56,5% lo ha hecho, siete veces más que en las zonas de nivel medio. *En conclusión, el impacto del tipo de barrio se deja notar con gran peso sobre los hábitos de ocio.* Esto apunta nuevamente a que la configuración institucional de la oferta relacional tiene un poder explicativo muy relevante.

**Tabla 6.9. Evolución de la sociabilidad en el último año, según barrio del hogar**

	DEJÓ ACTIVIDADES DE OCIO		DEJÓ DE SALIR CON AMIGOS		PÉRDIDA DE RELACIONES SOCIALES HABITUALES		ABANDONO DE ASOCIACIONES	
	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No
Rural	26,2	73,8	15,8	84,2	3,5	96,2	2,7	97,3
Suburbio	56,5	43,5	45,8	54,2	8,7	91,3	4,3	95,7
Obrero mal estado	38,0	61,6	33,1	66,6	13,8	85,9	10,8	88,2
Antiguo mal estado	31,7	67,6	21,4	77,9	13,8	86,2	7,6	91,7
Obrero buen estado	24,3	75,1	15,5	83,9	3,6	95,9	6,1	93,1
Antiguo buen estado	16,0	83,8	11,1	88,6	6,1	93,9	2,9	97,1
Mixto centro	7,8	90,7	5,6	93,3	4,1	94,8	3,0	95,9
Mixto periferia	7,8	90,2	10,5	89,5	1,3	96,8	0,0	100
Resid. medio	7,2	91,3	4,7	93,8	1,2	97,3	0,4	97,7
Resid. alto	0,0	100	1,1	98,9	0,0	100	0,0	100

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008. Leyenda: las categorías completas de Tipo de barrio son: Viviendas diseminadas o zona rural; Suburbio o zona marginal; Barrio obrero deteriorado; Barrio obrero en buenas condiciones; Barrio antiguo en buenas condiciones; Area mixta central; Area mixta periférica; Zona residencial de nivel medio; Zona residencial de clase alta; No sabe.

### b) Dejar de salir con amigos

La siguiente pregunta que analizamos forma parte de la misma serie que explora si se ha visto obligado a abandonar ciertos hábitos por razones económicas en el último año. En esta ocasión se busca conocer si ha tenido que dejar de salir con amigos. *Casi un tercio de los más pobres —31%— han tenido que dejar de salir con amigos en el último año por problemas económicos, proporción que triplica sobradamente a los que se vieron obligados a hacer lo mismo entre los que viven por encima del 60% del umbral —9,4%—.* De nuevo nos encontramos también con mayor tendencia

a no contestar la pregunta entre los más pobres —1,5% y 0,3%, respectivamente.

Cuando en vez de categorizar la pobreza desde el criterio del 60% del umbral, lo hacemos viendo el hogar en su conjunto, las diferencias se disparan. *Más del doble de los hogares pobres dejan de salir con amigos por sus problemas económicos.* El 26% de los hogares pobres ha reducido sus salidas con amigos en comparación con el 11,5% de los hogares no pobres, lo cual muestra con contundencia una diferencia que ilustra a la perfección el impacto de la pobreza en la reducción de las relaciones sociales.

La progresión es casi lineal al considerar por tipo de barrio si la gente ha dejado de salir con



amigos por problemas económicos. *En los suburbios marginales se ha dejado más de cuarenta veces más de salir con los amigos por problemas económicos.* Viendo los dos extremos, vemos que solamente el 1,1% lo ha hecho entre los habitantes de zonas residenciales de clase alta y, en cambio, ha sufrido dicha reducción el 45,8% de los que viven en suburbios o zonas marginales. Salen menos con sus amigos un 4,75% de los encuestados de zonas residenciales de nivel medio y, moviéndonos en esas zonas medias, en las áreas mixtas centrales se eleva algo el porcentaje, pero se mantiene en un próximo 5,6% de las personas que comparten menos salidas con los amigos. Sin embargo, cuando las áreas mixtas no son centrales sino que son periféricas, el porcentaje se dobla al 10,5%. Un rango similar comparten esas áreas mixtas periféricas con los barrios antiguos u obreros pero en buenas condiciones: respectivamente, han menguado sus salidas con amigos el 11,1% y el 15,5% de los entrevistados. Si el barrio antiguo está deteriorado, casi se dobla esa proporción de personas que dejan de salir con amigos, y si el barrio obrero no está en buenas condiciones sino también deteriorado, se duplica sobradamente. En los barrios antiguos, si está en buenas condiciones, el 11,1% reduce salidas con amigos, y si está degradado casi se dobla al 21,4%. Si estamos hablando de los barrios obreros, vemos que en buenas condiciones hay un 15,5% de personas que dejan de salir con amigos y se dobla sobradamente al 33,1% si está deteriorado. En las zonas rurales o hábitats con viviendas diseminadas, la pauta es similar al de los barrios obreros en buenas condiciones: un 15,8% la ha reducido. El máximo porcentaje se encuentra, como adelantábamos, en los suburbios y zonas marginales, en las cuales un 45,8% de los encuestados han reducido su actividad social saliendo menos con amigos.

### c) Pérdida de relaciones habituales

La pérdida de relaciones sociales habituales es un hecho no tan frecuente como dejar de salir con amigos, pero que, en términos relativos, se ve mucho más intensamente entre los que viven por debajo del 60% del umbral (Tabla 6.8). El 16,1%

de estas personas empobrecidas han tenido que abandonar las relaciones sociales que normalmente mantienen por problemas económicos en el último año, lo cual multiplica por ocho el porcentaje de aquellos que se vieron en la misma circunstancia entre el resto de los encuestados —el 2,1%—. *Cuando tienen problemas económicos, los pobres abandonan sus relaciones habituales ocho veces más que el resto de la población.* Nuevamente los que no contestan entre los más pobres quintuplica la proporción del resto de la población —del 1,5% al 0,3%, respectivamente—. La diferencia también es abultada cuando, en vez de examinarla según el 60% del umbral, lo hacemos considerando globalmente si el hogar es pobre o no. Uno de cada diez hogares pobres ha perdido sus relaciones sociales habituales por causa de problemas económicos, mientras que entre los no pobres la proporción es notablemente menor, el 3,8%.

Al hablar ya no de reducción de actividades de ocio o salidas con amigos, sino de pérdida de relaciones habituales, el vínculo con el tipo de barrio varía la pauta de progresividad que hemos visto en otras preguntas de esta misma serie (Tabla 6.9). Algo que continúa es que en donde menos varían esas relaciones habituales es en las zonas más favorecidas: nadie lo ha notado en las zonas residenciales de clase alta, un 1,2% en las de nivel medio y un 1,3% en las áreas mixtas periféricas. En las áreas mixtas del centro, zonas rurales y barrios antiguos u obreros en buenas condiciones, la proporción es similar. En esos tipos de hábitat hay un 3,5%-6,1% de personas que han dejado sus relaciones habituales por problemas económicos. En un porcentaje algo más elevado se encuentra el conjunto de encuestados que viven en suburbios o zonas marginales: el 8,7% ha perdido relaciones habituales, lo cual significa más del doble que en la media de las anteriores y siete veces más que en los barrios favorecidos. Pero donde se nota la pérdida de relaciones habituales por motivos económicos es en los barrios tradicionales deteriorados: la degradación urbana de barrios obreros o barrios antiguos eleva al 13,8% el porcentaje de personas que pierden su entorno ordinario de vínculos. *Cuando llegan los problemas económicos, la degradación de los barrios cuadruplica la pérdida de las relaciones habituales.*

### 2.2.2. Abandono relacional y pobreza

Menor intensidad de diferencia hay entre los que viven por debajo del 60% del umbral y el resto, respecto a cuando por problemas económicos han tenido que abandonar su participación en asociaciones o grupos (Tabla 6.8). El 11,6% de los pobres se han visto obligados a abandonar sus pertenencias asociativas o grupales por problemas económicos, porcentaje que cuadruplica a los que se han encontrado en similar tesitura entre los que viven por encima del 60% del umbral de pobreza (2,7%).

Barrios obreros y barrios antiguos son los que más concentran el abandono asociativo como consecuencia de los problemas vividos por los encuestados en el último año (Tabla 6.9). En los barrios antiguos en buen estado es donde hallamos el mayor porcentaje de abandono —un 11,1%— seguido de cerca por los barrios obreros deteriorados, en los que la afiliación descendió un 10,8% el último año. Los barrios antiguos también deteriorados siguen no de lejos esa tendencia, ya que abandonó asociaciones el 7,6%. Y, finalmente, un 6,1% de los encuestados abandonan asociaciones por problemas económicos si viven en un barrio obrero

aunque esté en buenas condiciones. En las zonas marginales o suburbios abandona casi uno de cada veinte casos. En el otro extremo, en los tres mejores tipos de barrio —áreas mixtas periféricas y zonas residenciales de nivel medio y alto—, apenas encontramos a nadie que hubiera abandonado alguna asociación por dichos problemas. *En resumen, son los barrios populares tradicionales —los obreros y cascos antiguos— los que soportan mayores cuotas de abandono asociativo ante los problemas económicos.*

*El peso de la etnia y la nacionalidad son determinantes sobre la evolución de la sociabilidad* (Tabla 6.10). Comparado con quienes no son gitanos ni inmigrantes comunitarios, las personas gitanas dejan actividades de ocio tres veces más (17,9% de los que carecen de dichas características), dejan de salir con amigos más del cuádruple (multiplicando al 12,2%), quitaron actividades a sus hijos siete veces más (8,3% de los que no tienen esos rasgos), multiplicaron más de diez veces el porcentaje de encuestados sin características de ese tipo que perdieron relaciones sociales habituales (3,9%) y abandonaron asociaciones más de trece veces más (3,2%).

*Globalmente, los extranjeros ven más deteriorada su sociabilidad cuando tienen problemas económicos.* La Tabla 6.11 deja observar que hay un quinto más de extranjeros que dejaron actividades de

**Tabla 6.10. Evolución de la sociabilidad en el último año, según características étnicas y/o nacionales del hogar**

	DEJÓ ACTIVIDADES DE OCIO		DEJÓ DE SALIR CON AMIGOS		MERMARON ACTIVIDADES DE OCIO DE SU DESCENDENCIA		PÉRDIDA DE RELACIONES SOCIALES HABITUALES		ABANDONO DE ASOCIACIONES	
	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	58,1	40,3	53,2	45,2	56,5	41,9	42,9	55,6	40,3	58,1
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana trasmontana, portuguesa o rumana	83,3	16,7	71,4	28,6	33,3	66,7	0,0	100,0	0,0	100
Hogar inmigrante extracomunitario	32,4	66,5	27,8	70,6	13,9	83,3	7,8	91,6	9,4	88,9
Ninguna característica	17,9	81,4	12,2	87,2	8,3	90,3	3,9	95,4	3,2	96,1

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

ocio (del 19% de los españoles al 25% de los extranjeros), más de un tercio más dejaron de salir con amigos (el 13,1% de españoles y el 21,7% de extranjeros), casi el doble perdieron relaciones sociales habituales (4,5% españoles, 8,5% extranjeros), más del doble abandonaron asociaciones (3,7% de españoles y 9,9% de extranjeros) y visiblemente mermaron más la actividad de ocio de su descendencia (9,4% españoles, 11% extranjeros). Respecto a los inmigrantes comunitarios, es generalizable la idea de que tienen el doble de oportunidades de perder capital social en cualquiera de sus modalidades. Si seguimos la Tabla 6.9, los inmi-

grantes extracomunitarios dejan el doble de veces actividades de ocio por problemas económicos (32,4% frente al 17,9%); duplican a los que dejan de salir con amigos (del 12,2% al 27,8%), no llegan a doblar a los que quitan ocio a los hijos (8,3% y 13,9%), casi multiplican por dos a los que pierden relaciones sociales habituales (3,9% y 7,8%) y se acercan a triplicar a los que abandonan asociaciones (del 3,2% al 9,4%).

En resumen, la etnia gitana multiplica varias veces la descapitalización social del resto de encuestados, especialmente en pérdida de asociacionismo y de vínculos personales habituales. Los ex-

**Tabla 6.11. Evolución de la sociabilidad en el último año, según nacionalidad**

	DEJÓ ACTIVIDADES DE OCIO		DEJÓ DE SALIR CON AMIGOS		MERMARON ACTIVIDADES DE OCIO DE SU DESCENDENCIA		PÉRDIDA DE RELACIONES SOCIALES HABITUALES		ABANDONO DE ASOCIACIONES	
	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)
Espanoles	19,0	80,2	13,1	86,2	9,4	89,4	4,5	94,8	3,7	95,5
Extranjeros	25,0	74,3	21,7	77,2	11,0	84,6	8,5	91,2	9,9	89,0

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

tranjeros, en general, se descapitalizan socialmente más y los extranjeros extracomunitarios doblan la descapitalización de los encuestados que pertenecen a la etnia y nacionalidad mayoritaria.

Los individuos activos en asociaciones se descapitalizan socialmente en menor medida cuando hay problemas económicos (Tabla 6.12). Las asociaciones que más contribuyen a no perder capital social son las religiosas y educativas, seguidas de las vecinales y deportivas, como se puede ver en la Tabla 6.13, aunque su orden depende de la categoría que empleemos para medir la evolución de dicha sociabilidad. Por ejemplo,

el abandono de ocio se da menos entre los que están en asociaciones vecinales (13,7%), seguidos de las asociaciones religiosas y deportivas (18,2% y 18,5%, respectivamente). Pero dejar de salir con amigos o quitar ocio a los hijos es en las asociaciones religiosas donde en menor medida se da. La pérdida de relaciones sociales habituales y el abandono de asociaciones son menos frecuentes entre los pertenecientes a asociaciones educativas. En general, los cuatro tipos de asociaciones tienen un efecto positivo sobre las crisis relacionales causadas por problemas económicos.

**Tabla 6.12. Evolución de la sociabilidad en el último año, según afiliación al menos a alguna asociación**

	DEJÓ ACTIVIDADES DE OCIO		DEJÓ DE SALIR CON AMIGOS		MERMARON ACTIVIDADES DE OCIO DE SU DESCENDENCIA		PÉRDIDA DE RELACIONES SOCIALES HABITUALES		ABANDONO DE ASOCIACIONES	
	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)
No es miembro	19,8	79,1	14,4	84,8	10,3	88,2	4,9	94,2	64,8	59,8
Miembro activo	16,6	83,0	12,6	86,9	7,8	91,4	3,7	95,9	18,6	28,9
Miembro no activo	25,3	74,7	14,5	85,5	10,1	87,3	7,5	92,5	16,6	11,1

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

**Tabla 6.13. Evolución de la sociabilidad en el último año, según afiliación al menos a alguna asociación**

MIEMBRO ACTIVO DE LOS SIGUIENTES TIPOS DE ASOCIACIÓN	DEJÓ ACTIVIDADES DE OCIO		DEJÓ DE SALIR CON AMIGOS		MERMARON ACTIVIDADES DE OCIO DE SU DESCENDENCIA		PERDIDA DE RELACIONES SOCIALES HABITUALES		ABANDONO DE ASOCIACIONES	
	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No
Asociaciones religiosas	18,2	81,4	10,5	88,8	7,8	91,5	5,4	94,2	3,1	95,3
Organizaciones deportivas	18,5	80,6	15,5	83,6	10,7	88,4	4,8	94,3	4,8	94,0
Sindicatos	19,9	78,7	20,4	78,2	13,5	83,0	12,0	86,6	9,9	88,0
Partidos políticos	24,4	75,6	21,1	78,9	21,3	78,7	16,7	83,3	15,4	83,5
Organizaciones ecologistas	41,3	58,7	37,8	62,2	31,1	68,9	21,6	78,4	18,7	80,0
Asociación vecinal	13,7	85,9	14,1	85,5	10,4	88,0	6,9	92,7	6,0	92,4
Asociaciones de mujeres	23,8	76,2	19,7	80,3	15,6	82,0	13,2	86,8	11,5	87,7
Asociaciones de jóvenes	32,8	67,2	31,3	68,8	26,6	68,8	23,4	76,6	21,9	76,6
Asociaciones de mayores	34,7	65,3	27,5	72,5	23,3	74,7	11,3	88,7	10,0	89,3
Asociaciones educativas	19,7	80,3	14,5	85,5	8,4	88,5	2,3	97,7	1,5	98,5

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

### 2.2.3. Aislamiento

La encuesta permite conocer la frecuencia de trato del entrevistado con diferentes ámbitos relacionales, como familiares, vecinos o amigos. No hay nadie que responda de tal modo que se encuentre totalmente aislado, aunque sí existe una pequeña proporción que dice no mantener relaciones con amigos. Entre los que viven por encima del 60% del umbral de pobreza esa proporción de personas sin amigos es del 5%. Entre los pobres, la proporción se eleva en algo menos de un tercio hasta el 6,9% de personas que sufren ese aislamiento de amigos. Sin embargo, si fijamos la atención en el porcentaje de aquellos que mantienen relaciones habituales con amigos pero no les ven todas las semanas, hallamos que entre los pobres hay ligeramente menos personas que ven a sus amigos con una pauta tan poco intensa. El 93,1% de los encuestados no ve a sus amigos todas las semanas, proporción simbólicamente menor que el 95% que sigue la misma pauta entre las personas que superan el 60% del umbral. *En conclusión: respecto a los amigos, en-*

*tre los pobres hay más personas aisladas, pero los que tienen amigos los tratan con una ligera mayor frecuencia.*

#### a) Con miembros del hogar

La Tabla 6.14 pone a nuestro alcance conocer con qué frecuencia los pobres y excluidos se relacionan con los miembros de su hogar. Se inscribe dentro de unas frecuencias generales en las que cuatro quintos de los encuestados se relacionan diariamente y el 17,4% dice que no procede dicha pregunta porque carecen de personas en su hogar. Así que las otras opciones cuentan con porcentajes ínfimos de la muestra. Esta tabla nos muestra esta variable cruzada por otros factores que hemos considerado relevantes para nuestro objeto de estudio: el capital social de los excluidos. En primer lugar, podemos observar la frecuencia de trato con miembros del hogar por un indicador de pobreza en el que se considera al que está por debajo del 60% del umbral. Si vemos a aquellos

encuestados para los que no es procedente hacer esta pregunta, nos encontramos que son un cuarto más los que entre los pobres no pueden responder a esta pregunta, lo cual es índice de desfamiliarización. Pero si vemos la pregunta a la que masivamente se suma más del 90% de los entrevistados (si no tenemos en cuenta a ese primer grupo para el que no es procedente la cuestión), vemos que *es seis puntos porcentuales menor el grupo de pobres que trata diariamente*

*con los miembros del hogar. Aunque sea minúsculo, el porcentaje de pobres que carecen de relaciones es el doble.* En los demás, las diferencias son tan pequeñas que es complicado decir algo. Pero una nota que concluimos de la Tabla 6.14. es que *entre los pobres hay una relación diaria con los miembros de su propio hogar, pero hay más pobres para los que esa pregunta no es procedente, son menos los que tratan diariamente y más los que carecen de relaciones.*

**Tabla 6.14. Frecuencia de relación con miembros del hogar**

	No tiene relaciones	Diariamente	Varias veces por semana	Una vez por semana	Menos de una vez por semana	No procede (no tiene)
Menos del 60% del umbral	0,6	73,1	1,5	0,2	0,4	24,4
Más del 60% del umbral	0,3	78,9	1,3	0,4	0,3	18,6
Parado de larga duración	0,1	70,1	1,3	1,1	0,1	27,2
No parado o parado de corta duración	0,4	83,9	1,4	0,1	0,2	13,8
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,5	62,3	0,0	0,0	0,0	37,2
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,3	81,4	1,5	0,4	0,2	16,1
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	0,0	67,7	0,4	0,0	0,0	31,9
Empeorado poco	0,0	76,8	2,1	0,0	0,5	20,6
Permanecido igual	0,1	81,5	2,1	0,9	0,0	15,1
Mejorado poco	1,2	79,7	0,4	0,3	0,5	17,9
Mejorado mucho	0,0	87,2	0,2	0,0	0,0	12,6
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	98,4	0,0	0,0	0,0	1,6
Hogar inmigrante extracomunitario	1,1	76,8	3,9	0,0	0,0	18,2
Ninguna característica	0,3	80,0	1,2	0,4	0,3	17,7

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

Si atendemos a los encuestados en cuyo hogar el *sustentador principal está en paro de larga duración*, nos encontramos con que entre ellos hay un porcentaje visiblemente menor —catorce puntos porcentuales menos— que tratan diariamente con los miembros de su hogar. También es otra señal que haya casi el doble de entrevistados para los que esa pregunta no es procedente (del 13,8% al 27,2%).

Los encuestados en cuyo hogar no hay *nadie entre 16 y 55 años que tenga estudios*, las diferencias se distancian más: a mucho más del doble de los encuestados no es procedente hacerles la pregunta (del 16,1% al 37,2%), hay dos tercios más de encuestados que carecen de dichas relaciones —el porcentaje es mínimo, de décimas, 0,3% y 0,5%— y hay un cuarto menos de personas que tengan un trato diario: mientras que el 62,3% de personas en esas cir-

cunstances frecuente a los miembros de su hogar cada día, el resto de la población lo hace en un 81,4%, casi veinte puntos por encima.

Atendiendo a la movilidad intrageneracional —medida comparando la situación actual con la que el encuestado mantenía hace diez años—, *la movilidad descendente implica menos trato diario*. El 67,7% de los que creen que su situación ha empeorado mucho se encuentran con que tratan diariamente con los miembros de su hogar. Entre los que estiman que ha mejorado mucho ese porcentaje se levanta veinte puntos por encima hasta alcanzar el 87,2%. La relación es casi una progresión continua que lleva a sostener que a peor movilidad social, menor trato diario con los miembros del hogar.

El factor étnico y nacional también tiene peso. *Los gitanos tratan diariamente con los miembros de su hogar en mayor medida (98,4%) que cualquier otra categoría*. Los encuestados pertenecientes al grupo mayoritario —españoles payos— tratan diariamente con su hogar en un 80%, dieciocho puntos menos. Los extranjeros no procedentes de nacionalidades de la Unión Europea —no comunitarios— se relacionan menos diariamente con las personas de su hogar —76,8%—, lo cual es un porcentaje menor aunque moderadamente. Lo que sí explica son los porcentajes de personas que no tienen relaciones con dichos miembros de su hogar y que anteriormente hemos ido registrando: *los inmigrantes comunitarios responden tres veces más que carecen de dichas relaciones* (aunque casi no hay diferencia con el resto en cuanto a que no sea procedente la pregunta porque no tenga). La inmigración —de países extracomunitarios— explica que no existan relaciones, pero no que no sea procedente ni todo el porcentaje de excluidos —parados de larga duración, encuestados en hogares sin educación, movilidad descendente o empobrecimiento— que no se relacionan diariamente con el hogar.

## b) Con otros familiares

La frecuencia de relación con otros familiares que no viven en el propio hogar nos dice que solamente para un 0,8% carece de sentido

la pregunta porque no tiene dichos parientes. Un 2,1% expresa que tiene esos familiares pero que no se relaciona con ellos nada. La opción más frecuentada trata con ellos varias veces a la semana: un 33,6%. Luego hay un 23,2% que se relaciona con esos familiares menos de una vez por semana y el 21,4% lo hace diariamente. ¿Y a la luz de las variables de exclusión que hemos seleccionado? *Más del triple de quienes están por debajo del 60% del umbral carece de esos familiares y hay un tercio más de probabilidades de que si los tiene no mantenga relación alguna con ellos. Además, se relaciona en menor medida diariamente, aproximadamente un 15% menos*.

Cuando el sustentador principal del hogar al que pertenece el encuestado está en una situación de desempleo prolongado, también se produce una singularidad: *trata algo más con estos familiares que no son del hogar*. El 23,5% de los parados de larga duración se relacionan con familiares que no vivan en su hogar, mientras que el resto de la población lo hace en mucha menor medida, en un 20,7% de los casos. Además, entre los parados de larga duración hay algo menos de porcentaje que ve a dichos parientes menos de una vez por semana. *Los hogares donde nadie entre 16 y 55 años tiene estudios también se caracterizan por una sociabilidad que frecuenta más a los parientes (familia fuera del hogar): un tercio más de encuestados que tratan con ellos diariamente (35,7% frente al 20,5%), un tercio menos que teniendo esos parientes no se relacione con ellos y la mitad de encuestados que digan que se relacionan menos de una vez por semana*. Si fijamos la atención en la Tabla 6.15 y estudiamos la relación con la movilidad intrageneracional, descubrimos que el vínculo entre ambas variables no es clara, aunque parece visible que quienes han mejorado de situación se relacionan más diariamente con dichos parientes. Finalmente, los encuestados de origen gitano se relacionan algo más diariamente con los parientes (23%) y los inmigrantes extracomunitarios algo menos (17,6%), si los comparamos a ambos con los españoles payos (21,8%).

*En conclusión, el empobrecimiento declina la relación con los parientes, y carecer de esos parientes que no viven en el propio hogar es típico*

**Tabla 6.15. Frecuencia de relación con otros familiares que no son miembros del hogar**

	No tiene relaciones	Diariamente	Varias veces por semana	Una vez por semana	Menos de una vez por semana	No procede (no tiene)
Menos del 60% del umbral	3,5	17,3	34,3	18,8	23,1	1,8
Más del 60% del umbral	2,2	20,9	35,5	16,1	23,3	0,5
Parado de larga duración	2,6	23,5	32,2	16,0	20,5	0,2
No parado o parado de corta duración	1,9	20,7	34,2	17,4	24,1	1,0
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,4	35,7	27,5	21,7	12,6	1,0
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	2,1	20,5	34,0	16,8	23,9	0,8
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	2,9	21,9	32,3	17,9	17,6	4,3
Empeorado poco	1,4	18,1	33,9	20,0	26,1	0,5
Permanecido igual	1,3	19,9	37,1	19,1	21,7	0,6
Mejorado poco	3,9	24,8	28,6	11,4	27,7	0,5
Mejorado mucho	1,7	25,6	34,3	16,0	19,1	0,2
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	23,0	24,6	11,5	41,0	0,0
Hogar inmigrante extracomunitario	2,7	17,6	17,0	16,5	36,3	6,0
Ninguna característica	2,1	21,8	34,7	17,2	22,1	,5

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

de los pobres por debajo del 60% del umbral. Sin embargo, las personas con paro de larga duración, sin educación formal, gitanos o inmigrantes extracomunitarios se caracterizan por una viva relación con esos parientes. Una hipótesis que explicaría esto es que el empobrecimiento está asociado a la falta de parientes pero los grupos excluidos mantienen relaciones más frecuentes con los parientes que tienen.

### c) Con amigos

Casi no hay nadie que diga que no tiene amigos (0,3%) y que si los tiene no mantenga relaciones con ellos (1%). El grupo más nutrido los frecuenta varias veces por semana (33,2%), un 27,5% se relaciona diariamente con ellos y el 21,4% una vez por semana. Solamente un 16,2% les trata menos de una

vez por semana. La Tabla 6.16 nos facilita conocer algunos rasgos internos de cómo la exclusión incide sobre la frecuencia de trato con los amigos. Podríamos decir que, en términos generales, sigue una pauta similar al trato con los parientes. El empobrecimiento implica un ligero menor trato, pero los grupos excluidos, como desempleados de larga duración, hogares sin estudios o gitanos, sostienen pautas más frecuentes de contacto diario con amigos. Solamente los inmigrantes extracomunitarios manifiestan una visible menor frecuencia de relación con sus amigos y más tendencia a carecer de ellos.

### d) Con vecinos

Hay pocos que carezcan de vecinos (1,1%), pero sí hay un grupo visible que teniéndolos carece de relaciones con ellos: el 7,6%. La mayoría

Tabla 6.16. Frecuencia de relación con amistades						
	No tiene relaciones	Diariamente	Varias veces por semana	Una vez por semana	Menos de una vez por semana	No procede (no tiene)
Menos del 60% del umbral	1,1	26,0	29,5	27,9	14,9	0,4
Más del 60% del umbral	0,9	27,2	34,9	19,7	16,5	0,2
Parado de larga duración	0,4	36,3	24,1	22,1	16,1	0,8
No parado o parado de corta duración	1,3	24,3	36,4	21,1	16,2	0,1
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,9	37,2	29,0	14,0	17,4	0,0
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,0	26,9	33,4	21,9	16,1	0,3
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	1,4	30,4	25,0	20,7	20,4	1,8
Empeorado poco	0,9	26,6	32,9	24,5	14,7	0,3
Permanecido igual	1,1	26,4	35,9	24,3	11,6	0,2
Mejorado poco	0,8	26,4	29,5	19,5	23,6	0,1
Mejorado mucho	0,7	31,5	36,7	17,2	13,7	0,0
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	1,6	35,5	17,7	29,0	16,1	0,0
Hogar inmigrante extracomunitario	1,1	22,2	33,9	26,7	12,2	0,6
Ninguna característica	1,0	27,6	33,4	20,9	16,5	0,3

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

se relaciona diariamente con ellos —el 47,3%— y, si no, varias veces por semana, como es el caso del 26% de los encuestados. Hay un 8,5% que se relaciona con ellos una vez a la semana y un 8,7% menos de una vez por semana. Podemos seguir en la Tabla 6.17 la información relativa a la relación con variables típicas de la exclusión social.

Los gitanos se relacionan en una ligera menor proporción con sus vecinos cada día (46% frente al 48,9% de los payos de nacionalidad española) y los inmigrantes extranjeros bastante menos de la mitad. Mientras que solamente el 20% de los inmigrantes extranjeros trata diariamente con sus vecinos, lo hace el 48,9% de los españoles payos. Además, frente a un 7,4% de españoles payos que dicen que tienen vecinos pero no se relacionan con ellos, entre los inmigrantes extracomunitarios esa proporción se levanta a cerca del doble —el 13,9%—. Es también el porcenta-

je de inmigrantes extracomunitarios que dicen que mantienen contacto con sus vecinos menos de una vez por semana (el 23,3% de ellos en comparación con el 8,1% de los españoles payos). *Es decir, los gitanos no destacan por una relación más frecuente con sus vecinos, y la tendencia a no tratar con vecinos se vuelve característica de los inmigrantes extracomunitarios. Sin embargo, por lo demás, los pobres (un cuarto más), parados de larga duración (un tercio más), hogares sin estudios (un quinto más) y personas con movilidad social descendiente (un cuarto más) manifiestan una clara tendencia a una relación más frecuente con los vecinos.*

### e) Con compañeros de trabajo

Más de la mitad de los encuestados carece de compañeros de trabajo —el 52,4%— y, si se tienen, es para declarar que la relación es diaria



<b>Tabla 6.17. Frecuencia de relación con vecinos</b>						
	No tiene relaciones	Diariamente	Varias veces por semana	Una vez por semana	Menos de una vez por semana	No procede (no tiene)
Menos del 60% del umbral	7,2	51,5	22,1	8,7	9,0	0,9
Más del 60% del umbral	7,6	43,2	29,6	8,7	8,8	1,2
Parado de larga duración	7,1	63,3	13,3	8,8	6,1	1,1
No parado o parado de corta duración	7,9	41,5	30,6	8,4	9,7	1,0
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	18,3	55,3	13,0	3,4	9,1	0,0
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	7,0	46,8	26,8	8,9	8,7	1,1
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	3,2	48,8	21,4	10,3	14,2	1,4
Empeorado poco	6,7	48,6	28,7	6,7	7,1	1,9
Permanecido igual	5,3	58,6	24,1	5,3	5,5	0,4
Mejorado poco	7,9	39,1	34,8	11,6	5,5	0,4
Mejorado mucho	16,3	35,0	19,3	9,6	16,9	2,6
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	6,3	46,0	17,5	27,0	1,6	1,6
Hogar inmigrante extracomunitario	13,9	20,0	25,0	13,3	23,3	0,6
Ninguna característica	7,4	48,9	26,0	7,9	8,1	1,0

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

—el 39,8% de los encuestados se relaciona cada día con sus compañeros—. Solamente el 1,6% no tiene relación con ellos y el 1,8% les trata menos de una vez por semana.

Los inmigrantes extracomunitarios muestran una convivencia diaria con compañeros de trabajo mucho mayor que el resto de la población: más de la mitad de ellos (52,2%) se relacionan diariamente con dichos compañeros. El resto de las categorías relacionadas con exclusión que hemos seleccionado y se pueden contrastar en la Tabla 6.18, indican lo contrario: una muy baja relación con compañeros de trabajo en el caso de tenerlos (solamente el 22,8% carece de compañeros de trabajo). Entre los pobres por debajo del 60% del umbral solamente el 5,9% tiene compañeros y se relaciona diariamente con ellos, mientras que en el resto de la población multiplica casi por diez dicha frecuencia. *Casi el triple de pobres no se relaciona con compañeros de trabajo,*

*teniéndolos.* El 92,3% de los parados de larga duración dicen que no tienen compañeros de trabajo, pero hay un 7% que contesta que sí los tiene incluso en esa condición y, cuando los tiene, se relaciona con ellos diariamente. En hogares que carecen de estudios, la relación diaria con compañeros de trabajo es un cuarto menor que en el resto de la población aunque no haya muchos más que no tengan dichos compañeros. Finalmente, las personas gitanas dicen en un 87,1% de los casos que carecen de dichos compañeros, pero cuando los tienen los ven mayoritariamente de forma diaria.

#### 2.2.4. Relaciones de ayuda

La encuesta planteó la siguiente pregunta a los entrevistados: *¿Tiene o ha tenido alguna persona que pueda ayudarle cuando tiene problemas*

Tabla 6.18. Frecuencia de relación						
	No tiene relaciones	Diariamente	Varias veces por semana	Una vez por semana	Menos de una vez por semana	No procede (no tiene)
Menos del 60% del umbral	5,6	5,9	32,8	23,3	21,3	22,8
Más del 60% del umbral	2,0	47,9	1,2	1,7	2,0	44,2
Parado de larga duración	0,0	5,8	1,0	0,0	0,3	92,3
No parado o parado de corta duración	2,1	52,0	2,1	2,4	2,3	38,1
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,5	30,9	1,4	2,9	1,0	63,3
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,6	40,4	1,9	1,6	1,8	51,7
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	0,7	22,1	,7	4,3	0,4	71,4
Empeorado poco	3,8	21,9	1,7	2,9	3,1	66,3
Permanecido igual	2,4	33,7	1,4	0,8	0,3	61,0
Mejorado poco	0,0	55,9	3,5	1,5	0,1	38,5
Mejorado mucho	0,6	58,7	1,5	1,9	0,7	33,7
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	8,1	3,2	1,6	0,0	87,1
Hogar inmigrante extracomunitario	10,0	52,2	2,8	0,0	10,0	24,4
Ninguna característica	1,1	39,9	1,8	1,7	1,4	53,2

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

(prestar dinero, cuidar de usted o de alguna persona dependiente a su cargo, apoyo emocional, gestiones o papeles)? Los resultados podemos estudiarlos en las Tablas 6.19, 6.20, 6.21 y 6.22. Si observamos las diferentes respuestas dependiendo de si el encuestado está por encima o debajo del 60% del umbral de la pobreza, nos encontramos que los más pobres se encuentran ligeramente con mayores posibilidades de ser ayudados. Una diferencia notable se encuentra entre aquellas personas que dicen que nunca les han ayudado ni les ayudan en la actualidad: son el 17,8% de los que sufren la pobreza y —cinco puntos porcentuales arriba— el 23,1% de los que viven por encima del 60% del umbral. Es decir, que un quinto más de personas no pobres carecen de alguien que les ayude si tuviesen problemas ni nunca han tenido a alguien que les pueda ayudar en esos términos que plantea el cuestionario. Pero la distancia aumenta si consideramos a aquellas personas que fueron ayudadas en el pasado aunque ahora no son ayudadas: el doble de las personas pobres

fueron ayudadas en algún momento de su vida aunque ahora no tengan a alguien que pueda hacerlo. Hay, relativamente, más personas pobres que no contaban antes con alguien que pudiera ayudarles y, sin embargo, sí encuentran personas que les presten ese apoyo. Y hay ligeramente un porcentaje mayor —68% frente al 66,7%— de personas pobres que contaron en el pasado con personas que les ayudaron y cuentan en la actualidad con dicho soporte.

*En resumen, las personas pobres cuentan con mayores soportes de personas que les hayan ayudado o les ayuden en la actualidad, aunque también hay el doble de pobres que contaron con dicha ayuda en el pasado y ahora carecen de ella, lo cual indica un proceso de pérdida de apoyos sociales.*

Cuando se averigua si hay alguna persona a la que el encuestado ayuda o haya ayudado cuando esa persona tuvo problemas, los resultados nos indican que entre los pobres las situaciones cambian con mayor frecuencia. Entre los pobres hay un porcentaje visi-

<b>Tabla 6.19. Ha tenido quien haya podido ayudarle cuando tiene problemas</b>				
	No contesta	Sí	No	No sabe
Menos del 60% del umbral	0,9	78,8	19,7	0,6
Más del 60% del umbral	1,3	71,4	24,4	2,9
Parado de larga duración	1,4	70,1	26,4	2,0
No parado o parado de corta duración	1,0	74,5	22,0	2,5
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,0	85,0	11,1	3,9
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,1	72,5	24,0	2,3
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>				
Empeorado mucho	1,1	74,6	23,9	0,4
Empeorado poco	0,5	75,0	22,7	1,7
Permanecido igual	1,3	66,5	27,6	4,6
Mejorado poco	0,8	77,1	21,6	0,5
Mejorado mucho	1,5	82,9	12,8	2,8
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>				
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	88,7	11,3	0,0
Hogar inmigrante extracomunitario	0,0	58,4	41,0	0,6
Ninguna característica	1,2	74,0	22,5	2,3

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

<b>Tabla 6.20. Tiene alguna persona que puede ayudarle cuando tiene problemas</b>				
	No contesta	Sí	No	No sabe
Menos del 60% del umbral	0,6	70,4	26,9	2,2
Más del 60% del umbral	1,2	68,5	27,0	3,3
Parado de larga duración	0,8	69,0	28,7	1,5
No parado o parado de corta duración	1,1	68,3	27,1	3,6
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,0	79,1	17,0	3,9
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,0	67,8	28,2	3,0
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>				
Empeorado mucho	1,4	70,4	27,9	0,4
Empeorado poco	0,3	70,5	28,1	1,0
Permanecido igual	0,8	61,9	32,4	4,9
Mejorado poco	0,1	70,4	26,2	3,2
Mejorado mucho	3,2	78,7	15,4	2,8
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>				
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	46,8	53,2	0,0
Hogar inmigrante extracomunitario	0,0	53,3	46,1	0,6
Ninguna característica	1,0	69,9	26,1	3,0

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

<b>Tabla 6.21. Tiene alguna persona a la que ha ayudado cuando ella tuvo problemas</b>				
	No contesta	Sí	No	No sabe
Menos del 60% del umbral	0,6	68,6	29,8	1,1
Más del 60% del umbral	1,6	66,7	30,0	1,7
Parado de larga duración	1,4	73,5	24,7	0,3
No parado o parado de corta duración	1,2	66,1	30,9	1,9
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,0	76,8	18,8	4,3
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,3	67,5	29,9	1,3
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>				
Empeorado mucho	0,4	77,1	22,6	0,0
Empeorado poco	3,1	68,6	27,6	0,7
Permanecido igual	1,4	63,3	33,9	1,5
Mejorado poco	0,3	68,6	30,9	0,3
Mejorado mucho	1,1	78,2	15,6	5,1
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>				
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	77,4	22,6	0,0
Hogar inmigrante extracomunitario	0,0	73,0	27,0	0,0
Ninguna característica	1,3	67,9	29,2	1,6

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

blemente mayor de personas que ayudaron y ahora no lo hacen o antes no habían ayudado a nadie pero ahora sí lo hacen. El 24,8% de los que viven por debajo del 60% del umbral ahora no ayudan a nadie pero en alguna ocasión lo hicieron. Entre los que viven por encima del 60% del umbral, ese porcentaje es del 19,3%, casi cinco puntos menos. Y casi son el triple los que no ayudaron a nadie en el pasado pero ahora sí ayudan, aunque también es cierto que es un grupo muy reducido de personas el que está en esa situación en ambas categorías: el 1,3% de los pobres y el 0,5% de los que viven por encima del 60% del umbral. Los que están por encima del 60% de dicho umbral es más frecuente que si no ayudaron no ayuden ahora tampoco —el 28,4% de los pobres y el 30% del resto— o que sí hayan ayudado y ahora continúen: el 44,4% de los pobres ayudaron y ayudan, cifra inferior al 48,1% de los que hacen lo mismo entre quienes superan el 60% del umbral. En

conclusión, entre los pobres las disposiciones a ayudar varían más, mientras que entre los que superan el 60% del umbral hay proporcionalmente más personas que nunca ayudan o que siempre lo hacen de modo constante.

Si bien la experiencia de tener a alguien dispuesto a ayudarte no es claramente superior entre los excluidos, sí lo es la disponibilidad a ayudar a otras personas concretas. La Tabla 6.22 nos enseña un gran desequilibrio: mientras que casi la mitad (49,1%) de la población que supera el 60% del umbral tiene alguien a quien ayudar en la actualidad, el porcentaje se reduce más de dos tercios en el caso de quien está en la pobreza. Los pobres dicen que no tienen a quien ayudar.

## 2.2.5. Grado de confianza

¿Se ve el grado de confianza en la gente afectada por la exclusión? La Tabla 6.23. nos proporciona información al respecto. Se pide

<b>Tabla 6.22. Tiene alguna persona a la que ayuda cuando ella tiene problemas</b>				
	No contesta	Sí	No	No sabe
Menos del 60% del umbral	6,7	14,7	17,1	28,3
Más del 60% del umbral	2,3	49,1	47,7	0,9
Parado de larga duración	1,9	53,8	43,3	1,0
No parado o parado de corta duración	1,8	48,0	48,7	1,5
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,5	61,8	33,3	4,3
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,8	48,8	48,2	1,2
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>				
Empeorado mucho	0,4	51,8	47,5	0,4
Empeorado poco	3,3	45,0	51,0	0,7
Permanecido igual	1,9	42,8	53,0	2,3
Mejorado poco	1,0	53,6	43,6	1,7
Mejorado mucho	1,7	64,6	33,3	0,4
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>				
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	45,2	54,8	0,0
Hogar inmigrante extracomunitario	0,6	45,3	53,6	0,6
Ninguna característica	1,9	50,1	46,6	1,4

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

a la gente que elija entre cuatro opciones graduadas de mayor a menor confianza: siempre se puede confiar en la gente, se puede confiar en la gente casi siempre, casi siempre hay que tomar precauciones o siempre hay que tomar precauciones. La Tabla 6.23 manifiesta una población inclinada mayoritariamente hacia la desconfianza: el 62,7% de los encuestados creen que siempre o casi siempre hay que tomar precauciones. Solamente el 5,3% sostiene que siempre se pueda confiar en la gente. ¿Y cómo varía con la exclusión? Si cruzamos esta variable por la pobreza, descubrimos que *el colectivo de personas pobres —por debajo del 60% del umbral— son más extremadas: sostienen en mayor medida los dos polos de la escala. Son los que más dicen que siempre se puede confiar (6,4% frente al 5%) y que siempre hay que ser cautos (26,9%, comparado con el 20,2% del resto de la población)*. Esta pauta está suscrita entre los inmigrantes extracomunitarios: un tercio más, el 8,9% de ellos (frente al 5% de la población

española paya), cree que siempre se puede confiar y hay un poco más de porcentaje que cree que siempre hay que ser cauto: 25,6% en comparación con el 22,8% de los nativos. También hallamos esta tendencia si nos fijamos en la movilidad intrageneracional: los que dicen haber empeorado mucho doblan el porcentaje de casi todos los demás en la opción «siempre hay que tomar precauciones». El 41,9% de los que más se han empobrecido dicen que siempre hay que tomar precauciones. Esa opción la suscriben el 20,1% de los que han mejorado mucho, el 24,6% de los que han mejorado poco (es este el único caso en que no es el doble), el 20,3% de los que siguen igual y el 19% de los que han empeorado pero poco. Y, a la vez, los que han empeorado (mucho o poco) tienen mayores porcentajes en el otro extremo, son los que más apoyan que siempre se puede confiar en la gente. *Hay que concluir que la experiencia de la exclusión produce experiencias extremas de confianza y desconfianza.*

<b>Tabla 6.23. Grado de confianza en la gente</b>				
	Siempre se puede confiar en la gente	Se puede confiar en la gente casi siempre	Casi siempre hay que tomar precauciones	Siempre hay que tomar precauciones
Total de la muestra	5,3	29,8	39,8	22,9
Menos del 60% del umbral	6,4	24,3	39,9	26,9
Más del 60% del umbral	5,0	31,8	40,5	20,2
Parado de larga duración	5,7	29,0	40,6	22,1
No parado o parado de corta duración	5,1	30,0	39,6	23,1
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	4,7	24,2	47,9	22,6
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	5,3	30,1	39,3	22,9
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>				
Empeorado mucho	5,4	20,9	30,7	41,9
Empeorado poco	7,7	27,8	43,0	19,0
Permanecido igual	4,8	26,5	47,6	20,3
Mejorado poco	3,3	34,4	34,3	24,6
Mejorado mucho	4,8	38,7	35,0	20,1
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>				
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	6,5	33,9	38,7	19,4
Hogar inmigrante extracomunitario	8,9	25,0	38,9	25,6
Ninguna característica	5,0	30,1	39,9	22,8

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

## 2.2.6. Conflictos

### a) Con miembros del hogar

La Tabla 6.24 muestra la calidad de la relación con los miembros del propio hogar. El 63,9% expresa que sus relaciones son buenas o muy buenas y sólo un 1,5% deja ver que no sean positivas. Si examinamos estos datos a la luz de los factores de exclusión, concluiremos que *la exclusión multiplica la malas relaciones en el hogar. Solamente el 52,8% de los pobres por debajo del 60% del umbral declaran que sus relaciones con personas de su propio hogar sean buenas o muy buenas, mientras que lo hace el 64,3% del resto de la población. El porcentaje de quienes las declaran más bien malas es seis*

*veces superior entre los pobres.* Los parados de larga duración declaran el doble de veces que sus relaciones con el hogar son malas o muy malas y en muchas menos ocasiones que sean buenas o muy buenas (57,2% frente al 66,4%). Los que viven en hogares sin estudios casi doblan al resto al decir que tienen una relación mala o muy mala con el hogar y hay un tercio menos que diga que es buena o muy buena (46,4% frente al 65,1%). Comparando la posición social actual con la que se tenía hace diez años, esta movilidad social intra-generacional nos muestra que los que tienen conciencia de haber empeorado tienen más problemas en su hogar y son muchos menos los que declaran que sus relaciones sean buenas o muy buenas. Tampoco son buenas las relaciones de las personas gitanas en su hogar

o, al menos, en comparación con los payos españoles: hay cinco veces más encuestados gitanos que declaran que sus relaciones en el hogar son malas o muy malas y un tercio menos que digan que son buenas o muy buenas

(45,9% en comparación con el 64,5%). Los inmigrantes extranjeros, en cambio, no declaran relaciones tan malas, aunque no son tan buenas como las de los payos españoles —58,3% y 64,5%, respectivamente.

**Tabla 6.24. Calidad de relación con miembros del hogar**

	No tiene relaciones, aunque tiene familiares/amigos	Malas o muy malas	Más bien malas	Más bien buenas	Buenas o muy buenas	No procede (no tiene)
Total de la muestra	0,1	0,9	0,6	16,8	63,9	17,6
Menos del 60% del umbral	0,2	0,4	1,8	19,6	52,8	25,1
Más del 60% del umbral	0,0	0,9	0,3	15,5	64,3	18,7
Parado de larga duración	0,0	1,3	0,6	13,6	57,2	27,4
No parado o parado de corta duración	0,1	0,7	0,6	18,0	66,4	14,1
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,0	1,4	0,0	15,0	46,4	37,2
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,1	0,8	0,6	16,9	65,1	16,3
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	0,0	1,1	2,1	16,4	48,6	31,8
Empeorado poco	0,0	0,2	0,5	21,8	56,1	21,3
Permanecido igual	0,1	1,8	0,4	15,5	66,6	15,2
Mejorado poco	0,0	0,1	0,5	11,6	69,7	18,0
Mejorado mucho	0,0	0,6	0,4	15,7	70,6	12,8
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	4,9	0,0	47,5	45,9	1,6
Hogar inmigrante extracomunitario	0,0	0,0	1,1	22,2	58,3	18,3
Ninguna característica	0,1	0,8	0,6	15,9	64,5	17,9

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

## b) Con otros familiares

Solamente el 2,6% de los encuestados manifiestan que sus relaciones con parientes no sean buenas. La Tabla 6.25 permite observar que es el 68,5% el que afirma que son buenas o muy buenas. Cuando observamos los comportamientos de esta variable con otras relativas a exclusión, la situación es algo distinta a la pauta establecida para el trato con los miembros del propio hogar. Ciertamente es que los pobres por debajo del 60% del umbral tienden a unas relaciones con parientes que no son tan buenas como en el resto de la población: hay un 2,6% de encuestados pobres que dicen que tienen relaciones

malas frente al 1,6% del resto; y una proporción menor —el 62,7%— declara que sean buenas o muy buenas, en comparación con el resto de los encuestados —el 69,1%—. Una tendencia similar —algo peor— se manifiesta en el caso de los encuestados con hogares sin estudios. Sin embargo, vemos que entre los parados de larga duración hay unas relaciones mejores con sus parientes que entre los que no lo son. Por otra parte, la movilidad intrageneracional arroja la siguiente conclusión: *cuanto más positiva la movilidad, mejor se lleva con los parientes*. El 78% de los que creen que su posición ha mejorado mucho en los últimos diez años sostienen que sus relaciones con parientes son buenas

o muy buenas: veinte puntos por encima de lo que opinan quienes perciben que su situación ha empeorado mucho, que suscriben en un 58,2% de los casos que sus relaciones con parientes sean buenas o muy buenas. Finalmente, el 43,5% de las personas gitanas dicen

que sus relaciones con parientes sean buenas o muy buenas, veinticinco puntos por debajo de quienes opinan igual entre los payos españoles. Ocho puntos menos muestran de diferencia en la misma respuesta los inmigrantes extracomunitarios: 61,3% frente al 69,3%.

**Tabla 6.25. Calidad de relación con otros familiares que no son miembros del hogar**

	No tiene relaciones, aunque tiene familiares/amigos	Malas o muy malas	Más bien malas	Más bien buenas	Buenas o muy buenas	No procede (no tiene)
Total de la muestra	0,7	0,8	1,8	27,4	68,5	0,5
Menos del 60% del umbral	2,6	0,0	2,6	30,4	62,7	1,5
Más del 60% del umbral	0,4	0,9	0,7	28,4	69,1	0,2
Parado de larga duración	0,3	0,4	1,4	27,0	70,2	0,2
No parado o parado de corta duración	0,9	0,9	2,0	27,6	67,8	0,6
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,0	0,0	0,5	38,0	60,1	0,5
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,8	0,8	1,9	26,7	69,0	0,6
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	0,4	0,0	1,8	35,0	58,2	4,3
Empeorado poco	1,0	1,0	5,2	32,8	59,6	0,2
Permanecido igual	1,0	1,7	1,2	26,0	69,5	0,3
Mejorado poco	0,8	0,0	1,6	23,3	74,1	0,3
Mejorado mucho	0,2	0,0	0,4	21,3	78,0	0,2
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	0,0	1,6	54,8	43,5	0,0
Hogar inmigrante extracomunitario	1,7	0,0	1,1	32,0	61,3	3,3
Ninguna característica	0,7	0,8	1,9	26,7	69,3	0,4

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

### c) Con amigos

El 2,4% de los encuestados reconocen que las relaciones con sus amigos no son buenas mientras que el 71,6% —Tabla 6.26— las declara buenas o muy buenas. *Los excluidos no tienen más disgustos con los amigos, pero sí menos contento con esas relaciones.* Podemos ver que hay un 66,9% de pobres por debajo del 60% del umbral que dicen que sus relaciones con amigos son buenas o muy buenas, en comparación con el 72,1% del resto de la población. Los parados de larga duración: 68,25% en comparación con el 72,8% del resto dicen que son buenas o muy buenas las relaciones con sus amigos. Encues-

tados en hogares sin estudios: 63,3% frente al 72,1%. Al observar la movilidad intrageneracional, *a más movilidad ascendente, mejor relación con los amigos.* Las personas gitanas no solamente estiman en mucha menor medida —mucho más de un tercio menos, del 41,9% al 71,8%— que las relaciones con sus amigos sean buenas o muy buenas, sino que hay el triple —un 6,5%— que declara que son más bien malas, frente al 2,1% de los payos españoles que las enjuician negativamente. *La excepción la constituyen los inmigrantes extracomunitarios, que evalúan más felizmente sus relaciones con los amigos: el 76,7% dice que son buenas o muy buenas, en comparación con ese 71,8% de los payos españoles.*



Tabla 6.26. Calidad de relación con amistades

	No tiene relaciones, aunque tiene familiares/amigos	Malas o muy malas	Más bien malas	Más bien buenas	Buenas o muy buenas	No procede (no tiene)
Total de la muestra	0,3	0,6	1,6	25,2	71,6	0,4
Menos del 60% del umbral	0,4	0,2	0,6	31,1	66,9	0,6
Más del 60% del umbral	0,2	0,6	1,8	24,6	72,1	0,3
Parado de larga duración	0,2	0,6	1,1	29,0	68,2	0,7
No parado o parado de corta duración	0,3	0,6	1,7	23,8	72,8	0,3
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,9	0,0	1,9	32,4	63,3	0,0
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,2	0,6	1,6	24,7	72,1	0,4
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	0,7	0,0	0,4	31,7	65,5	1,4
Empeorado poco	0,2	0,2	0,5	33,0	65,2	0,9
Permanecido igual	0,1	1,5	3,8	21,1	72,9	0,3
Mejorado poco	0,0	0,1	0,4	23,1	76,2	0,1
Mejorado mucho	0,4	0,2	0,7	18,7	80,0	0,0
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	0,0	6,5	51,6	41,9	0,0
Hogar inmigrante extracomunitario	0,6	1,1	0,6	17,8	76,7	0,0
Ninguna característica	0,3	0,6	1,5	25,2	71,8	0,4

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

#### d) Con vecinos

El porcentaje de personas que no se llevan bien con los vecinos es mayor que en otras categorías anteriores, aunque solamente llega al 4,5%. Más de la mitad de los encuestados —53,7%— confiesa que son buenas o muy buenas. Ser pobre —medido por estar por debajo del 60% del umbral— significa que hay ligeras menos probabilidades (50,3% frente al 52,3%) de indicar que se tiene con los vecinos una relación buena o muy buena. La misma proporción hay aproximadamente si tenemos en cuenta a aquellos que están en hogares sin estudios —medido por el hecho de que ningún miembro del hogar entre 16 y 65 años tenga estudios— en comparación con el resto de la población: el 51,7% de los primeros dicen tener buenas o muy buenas relaciones con sus vecinos, dos puntos porcentuales menos que el resto, que se sitúa en el 53,8%. Esos porcentajes bajan sensiblemente cuando se trata de encues-

tados gitanos: el 48,4% dice disfrutar esas relaciones buenas, en comparación con los payos españoles, que lo hacen en un 54,6%. Y más diferencia encontramos si aquellos a los que preguntamos son inmigrantes extracomunitarios. Mientras que en las anteriores categorías siempre había una mayoría —o se rozaba la mayoría— que definía sus relaciones como buenas o muy buenas, en el caso de esos inmigrantes el porcentaje desciende al 37,4%, frente al 54,6% de los españoles payos. La posición inversa la mantienen los encuestados que viven en hogares donde el sustentador principal está en una situación de desempleo de larga duración: su relación con los vecinos es excelente en casi dos tercios de las ocasiones, ya que como tal la definen el 63,4% de ellos frente al 50,3% del resto de la población. La Tabla 6.27 nos ofrece un cuadro vecinal en el que *la exclusión no implica malas relaciones con los vecinos, sino, como en el caso anterior de la amistad, menos felicidad con ellos.*

	No tiene relaciones, aunque tiene familiares/amigos	Malas o muy malas	Más bien malas	Más bien buenas	Buenas o muy buenas	No procede (no tiene)
Total de la muestra	3,5	1,7	2,8	35,4	53,7	2,3
Menos del 60% del umbral	3,0	0,4	2,6	41,8	50,3	1,3
Más del 60% del umbral	3,6	2,3	2,9	35,6	52,3	2,7
Parado de larga duración	1,7	1,8	3,9	27,2	63,4	1,9
No parado o parado de corta duración	4,1	1,7	2,4	38,4	50,3	2,4
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	4,3	0,0	2,4	39,7	51,7	1,4
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	3,5	1,8	2,8	35,2	53,8	2,3
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	2,5	0,4	3,5	40,4	50,7	2,1
Empeorado poco	4,8	1,4	2,8	41,6	46,6	2,2
Permanecido igual	2,5	4,4	1,8	26,8	61,6	2,6
Mejorado poco	1,8	0,0	5,3	36,5	53,9	2,2
Mejorado mucho	7,8	0,2	1,7	38,5	50,0	1,7
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	0,0	9,7	40,3	48,4	1,6
Hogar inmigrante extracomunitario	12,3	0,6	3,9	41,3	37,4	0,6
Ninguna característica	3,1	1,8	2,5	35,1	54,6	2,4

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.

### e) Con compañeros de trabajo

La mayoría de los entrevistados —52,5%— carece de compañeros de trabajo y el 26,6% cree que las relaciones con sus compañeros de trabajo son buenas o muy buenas. Solamente un 0,9% de la encuesta califica esas relaciones de una forma no positiva como más bien malas o malas o muy malas. Si examinamos la Tabla 6.28, encontramos que *sí hay un fuerte impacto de la exclusión sobre las relaciones laborales*. Podemos observar aquellos que contestan que sí tienen compañeros de trabajo y veremos que las diferencias son notables. Entre los que están por debajo del umbral hay solamente un 10,4% que dice que sus relaciones son buenas o muy buenas con compañeros de trabajo, en comparación con el 30,6% del resto de la población. Es siete veces menor entre los hogares con parados de larga duración y un sexto menos en hogares

sin estudios; cuatro veces menor para encuestados gitanos, y podemos afirmar que *a más alta movilidad social, más felicidad con los compañeros de trabajo*. Efectivamente, los que dicen que han mejorado mucho respecto a su posición social de hace diez años casi cuadruplican a los que dicen que han empeorado mucho en el porcentaje que responde que sus relaciones de trabajo son buenas o muy buenas. Donde encontramos una relación inversa es entre los inmigrantes extracomunitarios, que muestran en mayor medida un estado de gran contento con sus compañeros de trabajo: mientras que el 36,5% de estos inmigrantes dicen que tiene relaciones buenas o muy buenas con sus compañeros, la proporción baja un tercio hasta el 26,4% entre los españoles payos. Sin embargo, como en los casos anteriores, no hemos encontrado que haya una tendencia llamativa a tener malas relaciones. Simplemente, la felicidad está menos extendida.

	No tiene relaciones, aunque tiene familiares/amigos	Malas o muy malas	Más bien malas	Más bien buenas	Buenas o muy buenas	No procede (no tiene)
<b>Total de la muestra</b>	1,6	0,4	0,5	17,6	26,6	52,5
Menos del 60% del umbral	0,4	0,0	0,2	12,9	10,4	75,6
Más del 60% del umbral	2,1	0,6	0,5	21,0	30,6	44,3
Parado de larga duración	0,0	0,0	0,4	2,4	4,3	92,3
No parado o parado de corta duración	2,2	0,6	0,5	23,1	34,6	38,2
En el hogar hay alguien entre 16-55 años con estudios	0,5	0,0	0,0	14,0	21,7	63,3
En el hogar no hay alguien entre 16-55 años con estudios	1,7	0,5	0,5	17,8	26,9	51,8
<i>Cómo está la propia situación comparada con diez años atrás</i>						
Empeorado mucho	0,4	0,0	0,0	15,3	12,8	71,2
Empeorado poco	3,6	0,0	0,3	15,4	14,7	65,8
Permanecido igual	2,9	1,1	0,7	11,4	22,0	61,5
Mejorado poco	0,0	0,0	0,9	24,5	35,8	38,4
Mejorado mucho	0,0	0,2	0,0	17,6	45,3	34,0
<i>Características étnicas y/o nacionales del hogar</i>						
Hogar perteneciente a minoría étnica gitana	0,0	0,0	0,0	6,5	6,5	87,1
Hogar inmigrante extracomunitario	9,9	0,6	0,0	27,6	36,5	24,3
Ninguna característica	1,2	0,4	0,5	17,3	26,4	53,3

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de F. Vidal, 2008.



# 3

## Identidades sociales y exclusión<sup>[\*]</sup>

Una forma de acercarnos al conocimiento de la desigualdad y sus consecuencias es el estudio de las identidades sociales que llegan a configurarse como básicas o principales para los miembros de una sociedad. El estudio de este elemento nos aproxima al conocimiento de la dimensión intersubjetiva que es generada por la experiencia objetiva y colectiva de una población o universo.

### 3.1. Identidades y experiencia social

#### 3.1.1. ¿A qué nos referimos con el término «identidades sociales»?

Las identidades sociales son atributos culturales categóricos que proporcionan criterios de división básicos para la conformación de una representación específica de las diferencias y las similitudes de una población humana. Y son utilizadas por los actores sociales para cla-

sificar, agrupar o identificar a los individuos. De modo que son utilizadas por los grupos sociales para definir el perfil de aquellos que pueden ser miembros de su colectividad y para decidir qué roles y demás recursos sociales asignan a cada miembro. Y los individuos las utilizan para comprender su posición en la estructura social, pues el uso de las identidades sociales —y las representaciones culturales que se sustentan en ellas— les permite asignar a los demás un estatus de igual o diferente a sí mismo. Por tanto, una identidad social es una herramienta cultural que traza una «frontera» entre los iguales y los diferentes (Villalón, 2006).

En las sociedades complejas existen multitud de identidades sociales. Algunas distinguen a las poblaciones por rasgos físicos, como el sexo, la edad, el color de la piel, la etnia o la capacidad física y mental. Otras distinguen por las ideas que se sostienen, como las ideas religiosas, las ideas políticas. Otras, por los estilos de vida, expresados en costumbres, gustos, formas de vestirse, formas de ocio o *hobbies*. Otras, lo hacen en función de la actividad que se realiza habitualmente, como es la clase social o la profesión. Y otras muy

[\*]  
Epígrafe elaborado por  
Juan José Villalón.

importantes son las que hacen referencia a lugares geográficos donde se vive o donde se nació.

### **3.1.2. ¿Qué parte de la experiencia social influye sobre las formas de identificación social predominantes en una población o universo?**

*A día de hoy podemos afirmar que existe una asociación entre las tendencias de cambio de las formas de exclusión social y las formas de identificación social. Ello ha ocurrido en España desde los años ochenta hasta comienzos del siglo XXI. Durante este periodo se incrementó la importancia de la edad como factor de exclusión social. Y esa evolución coincide con un incremento posterior y progresivo de la extensión e intensidad de la edad como factor de identificación social básica entre la población española. Dicha asociación se puede explicar como resultado de los efectos del incremento del uso de la identificación de los individuos según su edad como una de las formas de selección de los miembros y de la asignación y distribución de los recursos sociales por parte de las familias, el sistema político y las empresas. De modo que es la experiencia de los sectores sociales de su diferente grado de vulnerabilidad social uno de los factores que podría estar favoreciendo la preeminencia de unas formas de identificación social sobre otras (Villalón, 2006).*

Si bien las identidades sociales también se expresan y producen en la acción social que se realiza. Las formas de consumo y ocio, por ejemplo, han incrementado su relevancia como elementos de identificación en las sociedades avanzadas, cuando el tiempo dedicado a este tipo de actividades se ha incrementado sensiblemente y se ha extendido este tipo de actividad a la mayor parte de la población. Y, ciertamente, la participación y desarrollo de acciones colectivas es otra dimensión que ha estimulado formas de identificación social, como ha ocurrido con la identidad sexual gracias al movimiento feminista y al movimiento *gay*. De modo que las formas de identificación social predominantes en un grupo

humano parece que son el resultado de un complejo proceso de concienciación social de las diferencias y las similitudes que tiene su origen en algunos procesos estructurales de integración y exclusión y en la acción social y colectiva.

Pero hay ciertos límites que impone la cultura dominante en una sociedad a la concienciación social de las diferencias y las similitudes. La naturaleza de una identidad social es cultural. Esto significa que sólo podemos tomar conciencia de una diferencia social en función de que tengamos las herramientas conceptuales necesarias en el depósito cultural aprendido. Si no existe una forma de clasificación en nuestra cultura, no es posible tomar conciencia de ella a nivel colectivo. Será necesaria, previamente, una innovación cultural para producirla. Por lo cual la asociación entre formas de exclusión experimentada por un sector social y las formas de identificación que predominan en este no puede ser exacta, sino que está afectada por otro conjunto de factores que pueden visibilizar una parte de los procesos de exclusión mientras que ocultan otros.

## **3.2. Las identidades sociales en la España del siglo XXI**

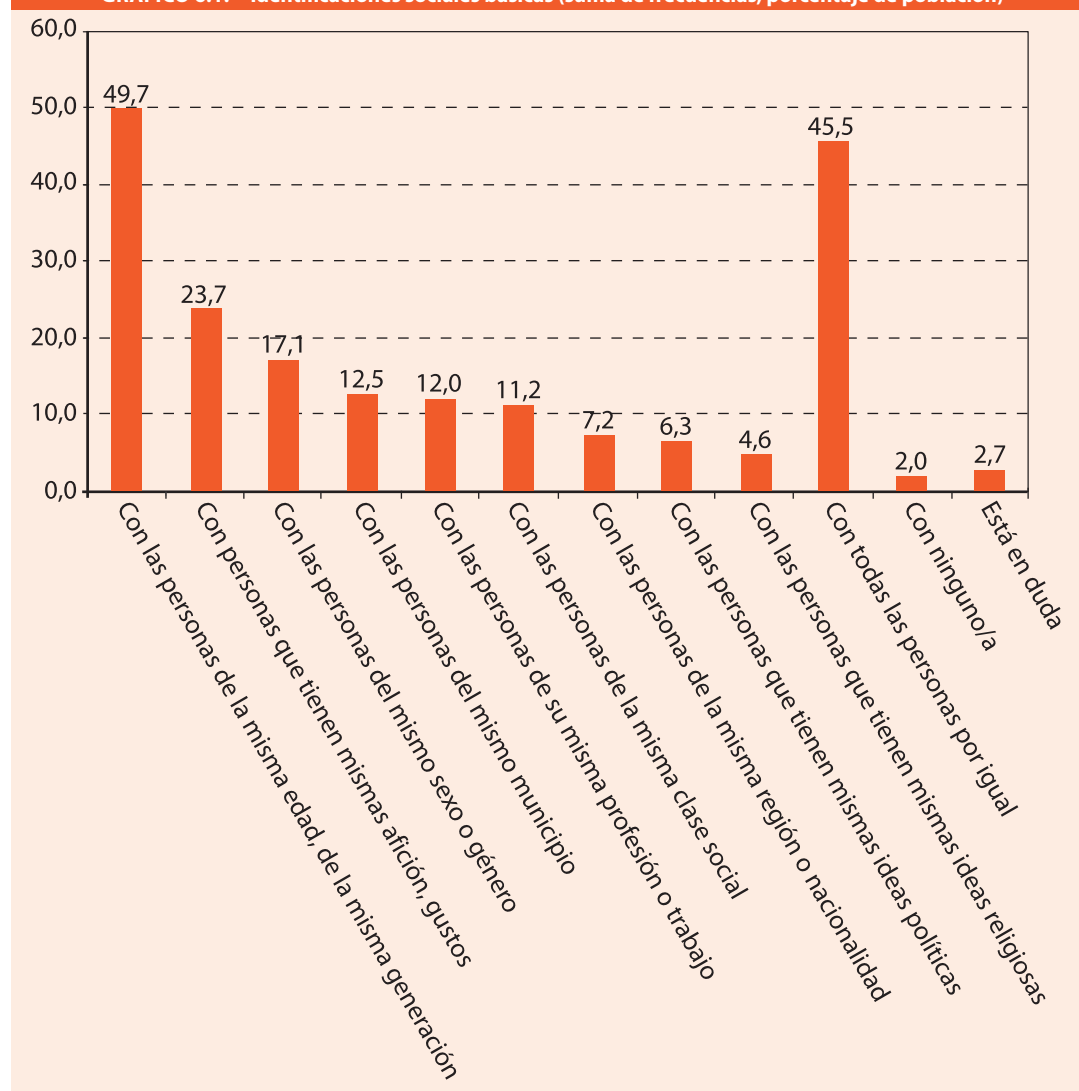
Las culturas que hay en España priman nueve identidades sociales como básicas en la conciencia intersubjetiva, desde los años ochenta al menos. Estas son: la identidad con los que tienen la misma edad o son de la misma generación, los que tienen el mismo sexo o género, los que tienen la misma clase social, los que son del mismo municipio, los que son de la misma nacionalidad, los que son de la misma región, los que tienen las mismas ideas religiosas, los que tienen las mismas ideas políticas, los que tienen el mismo trabajo o la misma profesión y los que tienen las mismas costumbres, los mismos gustos o las mismas aficiones. Si bien podemos encontrar un cuarto de la población que no revela una identidad social como básica o primaria de forma sistemática desde, al menos, mediados de los años noventa.

De las nueve señaladas, dos tipos de identidad social han predominado desde los años

ochenta: la identificación con los de los mismos gustos, costumbres y aficiones, y con los de la misma edad o generación (Tezanos, 2001; Díaz, 1997). De estas dos, la primera tiende a ser una identidad secundaria y la segunda una identidad primaria (Villalón, 2006). La primera ha ido declinando su importancia relativamente. Y la segunda la ha ido incrementando hasta ser la más señalada con gran diferencia respecto de las demás. Los datos recogidos por la Encuesta FOESSA 2008 lo muestran claramente: un 49,7% de los casos se inclina por identificarse en primer o segundo lugar con los de la mis-

ma edad o generación. Y la siguiente identidad social más nombrada es la identidad con los de las mismas aficiones, gustos, modas y costumbres —es decir, aquella cuya raíz se encuentra en los espacios de vida más ocioso y menos estructurado— que es señalada por el 23,7% de la muestra (Gráfico 6.1). Sin embargo, los análisis que diferencian el universo poblacional por edad revelan que los jóvenes son los que más se identifican de ambos modos (Villalón, 2007). Con lo cual la tendencia a medio plazo es a que ambas se mantengan como las dos más relevantes para los españoles.

GRÁFICO 6.1. Identificaciones sociales básicas (suma de frecuencias, porcentaje de población)

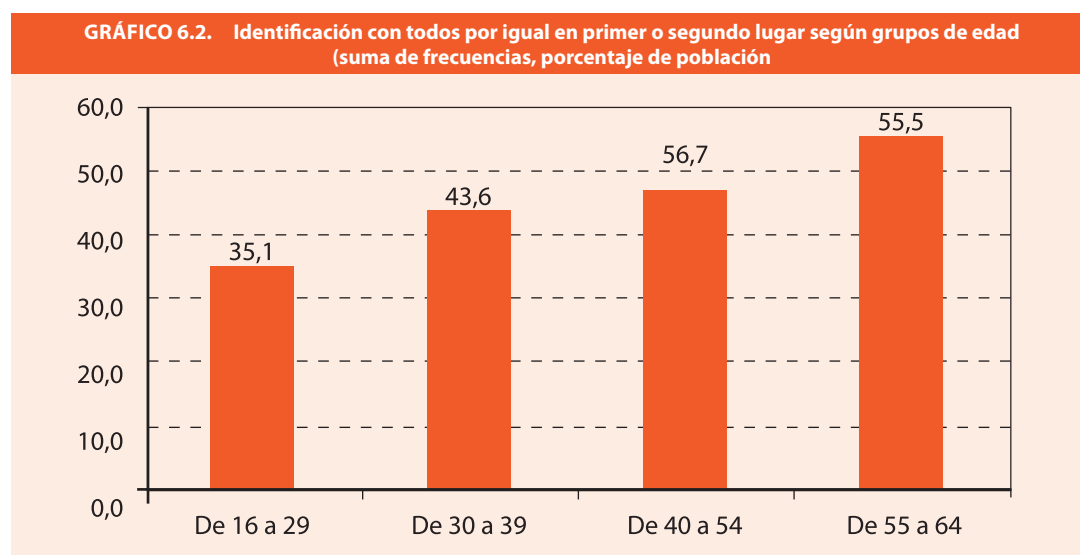


Pregunta: H.114 De los siguientes grupos de personas que figuran en este listado, ¿me puede decir con cuál se identifica Vd. más en primer lugar, es decir, con cuál piensa Vd. que tiene más intereses comunes? ¿Y en segundo lugar?

Fuente: Encuesta FOESSA 2008. Explotación de J. J. Villalón, 2008.

Existe un tipo de respuesta muy controvertida, pero que resulta tener un peso muy importante en todos los estudios realizados desde hace más de una década, por lo que merece un comentario aparte. El 45% de la población señala en algún momento que se identifica con todos por igual. El 25% señala esta respuesta en primer lugar. Y el 20% en segundo lugar. Esta respuesta es indicativa de una crisis expresiva en la conciencia social de los españoles. Un porcentaje tan alto de respuestas de este tipo revela que una proporción muy alta de la población, situada en una sociedad altamente compleja, no encuen-

tra en la cultura predominante una imagen clara de las diferencias sociales y de sus grupos de iguales. Es decir, *las formas de identificación predominantes en la cultura española han dejado de ser relevantes para orientar simbólicamente a muchos individuos. Y todavía muchos de estos no han encontrado una nueva manera de reconocer a sus iguales dentro de las estructuras sociales en las que conviven.* Sin embargo, los jóvenes son los que menos se identifican de este modo. Conforme la edad desciende, el porcentaje de población que se identifica con todos por igual se va reduciendo progresivamente (Gráfico 6.2).



Fuente: Encuesta de FOESSA, 2008. Explotación de J. J. Villalón, 2008.

Finalmente, *las identidades sociales con menos peso en la conciencia social de los españoles son las organizadas en torno a creencias e ideologías. Estas han ido perdiendo peso progresivamente desde hace más de dos décadas.* Aunque ninguna de ellas ha sido especialmente relevante en la conciencia social de los españoles. El porcentaje de población que considera a alguna de ellas como la más importante de todas sus identidades no supera al 2% de la población. Y el porcentaje que las nombra en segundo lugar está alrededor del 4%. Y, de forma continuada en todos los análisis, la identidad con los de las mismas ideas políticas tiene mayor peso en el conjunto de la población que la identidad con los que tienen las mismas

ideas religiosas. Más importantes resultan otras identidades sociales, como son las territoriales (con los de la misma región o con los del mismo municipio) y las laborales (con los de la misma clase social o con los de la misma profesión y trabajo). Las cuales, aunque con un peso declinante a lo largo de la década anterior, se mantienen con un peso en la conciencia social de los españoles que es cuatro veces superior al de las identidades ideológicas y religiosas.

Por tanto, la evolución de la conciencia social de los españoles sobre sus diferencias y sus similitudes ha dado lugar, en el año 2008, a la prevalencia de la identidad con los de la misma edad o generación sobre todas las demás. Aunque ello



ocurre en un ambiente de crisis expresiva que todavía es muy importante, pero que afecta menos a las generaciones más jóvenes. Y donde la cultura, en su dimensión más ociosa y menos ideológica, se mantiene como el segundo pilar más importante de la identificación de los iguales.

### 3.3. Exclusión, edad e identidad

¿Cómo influye la experiencia de exclusión social sobre la identificación más relevante, es decir, con los de la misma edad? La experiencia de exclusión social es un proceso complejo que se inserta en la biografía particular de cada sujeto. Múltiples variables estructurales nos permiten situar a cada individuo en una posición general relativa de mayor o menor exclusión social, o bien de mayor o menor alcance y disfrute de la plena condición de ciudadanía (Tezanos, 2001). El riesgo de situarnos en una posición mejor o peor está relacionado con múltiples variables sociales, físicas y culturales. La edad, el sexo, la nacionalidad, la etnia, el nivel de estudios, la religión y otras variables son elementos analíticos que permiten una segmentación clara de la población según el riesgo a quedar excluidos. Este hecho indica que hay una segmentación cultural del riesgo de exclusión. Es decir, que *la exclusión social, fenómeno estructural, es consecuencia de un modo de organización social que divide a la población en función de diferencias culturalmente establecidas entre sectores sociales*. De modo que a cada sector social culturalmente delimitado se le atribuye una posición social, un estatus determinado. Por el cual a los miembros de dicho estatus se les puede llegar a asignar unos recursos sociales (tareas, derechos y bienes materiales y económicos) determinados y no otros.

En nuestras sociedades, los individuos tienen una imagen compleja, definida por múltiples rasgos que los sitúan ante los demás de una forma particular, no estandarizada. Por lo cual individuos situados en un mismo sector social según un rasgo cultural no corren el mismo riesgo de exclusión porque se diferencian por otros rasgos culturales. Un ejemplo sencillo es la interacción de la edad y el sexo en Es-

paña. Los mayores de 65 años están en una situación de vulnerabilidad mayor que los menores de 65 años. Sin embargo, el ser hombre de más de 65 años conlleva un mayor acceso a los recursos sociales que si se es mujer con esa edad.

Esa imagen de múltiples perfiles que cada uno tenemos asignada socialmente es la fuente de la que emana nuestra identidad. La identidad social se produce como parte de un proceso dialéctico de interacción entre la identificación externa y la identificación interna (Jenkins, 1996). La primera es la imagen instituida de cada uno que los demás (los que forman los grupos a los que pertenecemos y los miembros de los demás grupos humanos) nos transmiten, con la que nos sitúan y asignan un rol, unas tareas, unos derechos, unos recursos específicos. La segunda es la imagen que nosotros proyectamos de nosotros mismos a través de nuestra acción en nuestra conciencia y ante los demás. La identidad social de cada uno es el resultado de la interacción permanente de ambos procesos, que, retroalimentándose permanentemente, va puliendo nuestra imagen social, así como nuestra forma de identificar quiénes son iguales y quiénes son diferentes.

Por ello, el estudio de las identidades sociales básicas para una población permite aproximarnos a qué rasgos culturales van emergiendo del proceso de interacción entre la identificación externa y la identificación interna como fuentes esenciales de diferenciación y asimilación en un grupo o sociedad. Lo que es lo mismo que decir que su estudio nos permite conocer qué rasgos van destacándose como primordiales en los procesos de selección social que generan la integración y la exclusión social de los individuos de los grupos sociales básicos.

Ahora bien, esto plantea ciertas dudas sobre cómo está asociada la experiencia de exclusión social con la forma de identificación social. Podría ser que la experiencia de ser excluido del trabajo, la familia o el Estado en función de un rasgo determinado, como puede ser la edad o el sexo, fuese lo que hace que primen dichas identidades sobre otras. O pudiera ser que fuese la experiencia colectiva de que los iguales a uno en un rasgo determinado tienden a ser excluidos de ciertos recursos sociales lo que impulsara a los individuos concretos a identificarse según dicho rasgo. O también pudiera ser

que primásemos el elemento de identidad que nos integra y ayuda a integrarnos, porque experimentásemos que nosotros o nuestros iguales estamos más integrados en función de dicho rasgo. O puede ser que, ante una experiencia mala de exclusión y desigualdad, se tendiese a identificar aquel que está mal según aquel rasgo por el que se iguala a la mayoría y aquel que está bien según una identidad no conflictiva y mayoritaria, como forma de reducir el posible conflicto.

Los estudios realizados sobre la evolución de las identidades sociales y su asociación con los cambios en la exclusión social en España desde mediados de los ochenta fortalecen la hipótesis de que la experiencia colectiva de vulnerabilidad y exclusión de un sector social impulsa a sus miembros a identificarse según dicho rasgo (Villalón, 2006). De modo que el riesgo de exclusión o la experiencia de vulnerabilidad colectiva fomenta formas específicas de identificación social. Eso sí, ello ocurre en un tipo de escenario específico en el que las desigualdades y la exclusión social están creciendo en un sistema social dado a nivel global y entre ciertos sectores sociales. Por ahora no se ha aplicado esta hipótesis a momentos históricos de reducción de las desigualdades sociales.

En el estudio realizado con los datos de la Encuesta FOESSA 2008 se ha podido analizar la relación específica que se produce entre la carencia de recursos y el tipo de identidad social que desarrollan los individuos. La muestra disponible para estos análisis ha sido de 3.014 casos. Los principa-

les resultados de los análisis realizados para toda la muestra han sido los siguientes (Tabla 6.29):

- El análisis de la hipótesis de si el nivel de pobreza del hogar afecta a la identificación con los de la misma edad arroja un resultado poco significativo.
- El análisis de la hipótesis de relación con la edad da un resultado positivo, de modo que conforme la edad es más extrema, más se identifican con los de la misma edad.
- El análisis de la hipótesis de la exclusión laboral da un resultado positivo, de modo que el que no trabaja se identifica con los de la misma edad más que el que trabaja.
- La posición que se ocupa respecto del sustentador principal sí influye. El cónyuge y los hijos se identifican más en función de la edad que los sustentadores principales, o los padres, madres o suegros del sustentador principal.
- También influye el estado civil. El casado se identifica con los de la misma edad más que el soltero.
- El análisis del nivel de estudios también revela que el no tener los estudios terminados también aumenta la percepción de que la edad es una variable relevante, así como también lo es un nivel de estudios superior.
- También influye la percepción de ingresos. A menos ingresos percibidos, mayor probabilidad de identificación con los de la misma edad.

**Tabla 6.29. Identificación en primer o en segundo lugar con los de la misma edad**

	Población total	Población entre 16 y 29 años	Población mayor de 65 años
Total	48,8	58,4	53,2
Hogares bajo el umbral de la pobreza	49,2	56,8	62
No trabaja	53,2	69	54,4
Profesionales	46,2	67	35
Clases no cualificadas	42,1	22	75
Cónyuges	57,4	65,5	67
Hijos	55,6	56	—
Casados	54	82,9	59
Sin estudios terminados	54,3	73,2	63
Con estudios superiores	48,6	80,7	29
Quintil 2	55,5	74,8	65,4
Quintil 3	47,7	39,1	59,2
Quintil 4	48,1	60	42,6
Quintil 5	44,9	48,1	53,2

Fuente: Encuesta FOESSA, 2008. Explotación de J. J. Villalón, 2008.

En un segundo análisis, centrado esta vez sobre los más jóvenes (de 16 a 29 años), se ha corroborado que entre estos:

- El vivir en un hogar con ingresos que le sitúan por debajo del nivel de la pobreza aumenta la probabilidad de identificarse con los de la misma edad.
- El nivel de estudios influye de modo que, en los extremos del sistema educativo, se tienden a identificar más en función de la edad.
- Los dos extremos de la estructura laboral también coinciden en identificarse en función de la edad.
- Pero la identificación con los de la misma edad es muy superior entre aquellos que ingresan una renta baja que entre aquellos que perciben rentas altas.
- Y hay diferencias según la posición que se ocupa en el hogar, de modo que si se es cónyuge, se tiende a identificar más con los de la misma edad que si se es hijo o el sustentador principal.
- También hay distancias importantes entre estar casado o soltero. El casado se identifica mucho más con los de su misma edad que el soltero. De modo que los jóvenes casados se identifican con los de su misma edad más que los solteros o los que viven en pareja.

En un tercer análisis, centrado en los mayores de 65 años, se corrobora que:

- El vivir en un hogar con ingresos que le sitúan por debajo del nivel de la pobreza aumenta la probabilidad de identificarse con los de la misma edad.
- La posición ocupacional influye sobremanera. Así, el no trabajar conlleva una mayor identificación con los de la misma edad.
- El nivel de renta personal también es determinante, de modo que menor renta más identificación con los de la misma edad.
- La posición familiar también influye. Los cónyuges tienden a identificarse más que los sustentadores principales con los de la misma edad.
- Sin embargo, el estado civil no influye de forma muy significativa. Aunque hay diferencias a tener en cuenta que indican que el casado

se tiende a identificar más que el soltero con los de la misma edad.

Por tanto, los datos corroboran la importancia de la experiencia familiar y laboral en la valoración que se hace de la edad como factor de identificación social de los iguales. La conclusión ante dichos resultados es que *existe una fuerte vinculación entre el ocupar una posición social más vulnerable en este tipo de instituciones y el identificarse según la edad.*

Sin embargo, la exclusión del mundo laboral no tiene el mismo efecto que la exclusión de la vida familiar. La exclusión laboral (no trabajar) fomenta la identificación con los de la misma edad, mientras que la exclusión familiar (estar soltero) no lleva a dicha situación. Por tanto, la experiencia que genera la identificación con los de la misma edad se sostiene sobre las experiencias instituidas en ambos tipos de grupos, en una combinación de las posiciones parciales en ambas instituciones que no pueden ser clasificadas como iguales. Y, probablemente, ambas deben ser interpretadas como experiencias conectadas entre sí. Es decir, lo que sugieren los resultados es que *los que tienden a identificarse fundamentalmente según la edad son aquellas personas de ciertas edades (jóvenes y muy mayores) que experimentan una posición secundaria en la vida familiar, de una familia con pocos recursos, y que no llegan a estar bien integrados o están excluidos de los grupos laborales (las empresas).*

Por consiguiente, estos resultados implican que en el contexto de aumento de la vulnerabilidad social entre los jóvenes y los mayores de 65 años, la experiencia institucionalizada en los grupos laborales y familiares de ocupación de posiciones internas e individuales secundarias es la que propicia la identificación social con los de la misma edad. Es decir, parece que la organización social de la vida familiar y laboral está generando un significado del concepto edad que va más allá de lo que es el sentido denotativo de este término y que produce que los jóvenes y los muy mayores en situaciones secundarias dentro de sus grupos sociales se identifiquen más con aquellos que tienen su misma edad. *No es, por tanto, la experiencia de*

*exclusión institucional la que genera la identificación social, sino la de vulnerabilidad social, la de riesgo en su sector de referencia de quedar excluido en función de un parámetro determinado, en este caso la edad. El cual tiene consecuencias sobre los recursos a los que se puede acceder en el*

mercado laboral y sobre la posición que se puede ocupar en la familia, pues, en la España de comienzos del siglo XXI, el ser joven o mayor de 65 años conlleva un gran riesgo de sólo poder acceder a ciertas posiciones secundarias en las estructuras sociales.

# 4

## Capital social e inmigración<sup>[\*]</sup>

En 2007, el 10% de la población residente en España era extranjera, tras una década en que el número de extranjeros empadronados había crecido de 0,5 a 4,5 millones de personas, consolidando a España como el Estado de la UE con un mayor saldo migratorio. A la luz de este crecimiento de la población inmigrada sin precedentes en España, emergen dos grandes interrogantes con relación al capital social. Por una parte, ¿qué papel juega el capital social —tanto el de la sociedad receptora como el de las propias comunidades inmigrantes— en la integración de los inmigrantes en España? ¿Representan las asociaciones y otras formas de compromiso cívico un medio efectivo para la integración? En este sentido, ¿es la relación entre capital social e integración de los inmigrantes inequívocamente positiva o depende del tipo de capital social, es decir, de su naturaleza *bonding* o *bridging*? Por otra parte, y en vista de los estudios que relacionan la diversidad etnolingüística con mayores dificultades para la construcción de capital social, ¿qué impacto está teniendo el incremento de la diversidad debido a la inmigración sobre la

creación de capital social en España? ¿Hay alguna evidencia de que la confianza y las iniciativas colectivas decrezcan allá donde la inmigración se concentra?

Las respuestas para la primera serie de cuestiones vienen dificultadas por la ausencia de un modelo claro de integración cultural y social de los inmigrantes en España. No existe una retórica oficial explícita, ya sea orientada al multiculturalismo o al asimilacionismo, ni la fragmentación de las políticas de inmigración en un marco de competencias complejo permite inferir un modelo predominante de integración. A falta de una construcción normativa de *integración* predominante, no hay una variable dependiente clara sobre la cual se pueda probar la efectividad del capital social. Si la integración ha de ser entendida como un sentido de pertenencia y solidaridad alrededor de unos valores y normas esenciales, el capital social será efectivo en tanto que ayude a alcanzar un compromiso sobre estos valores y reglas comunes entre personas de distintos contextos étnicos y culturales. Si, por el contrario, la integración es entendida, desde

[\*]  
Epígrafe elaborado por  
Jaume Blasco.

una perspectiva multiculturalista, como la solidaridad entre un conjunto de comunidades étnicas o nacionales, entonces la efectividad del capital social dependerá de su capacidad para equilibrar las identidades específicas de los distintos grupos con las colectivas del conjunto de la sociedad (Cheong *et al.*, 2007; Zetter *et al.*, 2006). Según cómo se defina el concepto normativo de integración, las iniciativas de capital social serán juzgadas como un éxito o un fracaso. Sin embargo, Zapata-Barrero ha argumentado que la precariedad de la situación de la mayoría de los inmigrantes en España induce a que, en el debate sobre la integración, los derechos y los aspectos socioeconómicos prevalgan sobre las identidades y los aspectos culturales. Siguiendo esta argumentación, la mayoría de los inmigrantes no tiene cubiertos los requisitos indispensables para la integración (es decir, derechos legales y unas condiciones laborales y residenciales mínimas), con lo que, a diferencia de otros países europeos, los conflictos étnicos en España se explican por el hecho de que los inmigrantes no comparten el mismo sistema de derechos que los españoles nativos, lo que los lleva a estar socialmente excluidos, no meramente discriminados (Zapata-Barrero, 2003). De hecho, la mayoría de los estudios españoles sobre capital social e inmigración han adoptado de forma implícita esta argumentación, y analizan el impacto del capital social sobre variables de inclusión social básicas, como el acceso a la vivienda o al mercado laboral.

En este sentido, *diversos estudios parecen apuntar a una mayor relevancia de las redes informales, y especialmente a la presencia de españoles nativos en estas redes, respecto a las asociaciones y entidades formales*. Así, Aparicio y Tornos (2005) hallaron que, para encontrar una vivienda o un trabajo, los inmigrantes recurrían a su red de amigos y familiares, o bien buscaban en la prensa, a través de agencias privadas o preguntando por la calle. Por el contrario, el uso de los recursos ofrecidos por asociaciones, tanto las constituidas por inmigrantes como las que ofrecen servicios a inmigrantes, era marginal: el porcentaje de inmigrantes entrevistados que habían recurrido a una asociación para encontrar su vivienda se extendía desde el 0% para

los ecuatorianos hasta el 2,9% para los senegaleses, mientras que los que habían usado sus servicios para encontrar un trabajo constituían desde el 0,8% de los chinos hasta el 3,6% de los rumanos. En comparación, el papel de las redes informales es prominente: habían encontrado su actual vivienda a través de un amigo, familiar o conocido entre un 55,2% de los chinos y un 84,8% de los senegaleses, y su actual trabajo entre un 70% de los senegaleses y un 84% de los rumanos. La presencia de españoles en estas redes informales es igualmente relevante: entre el 1,6% de los encuestados chinos y el 21,7% de los ecuatorianos había obtenido su empleo, y entre el 1,6% de los chinos y el 12,7% de los ecuatorianos habían encontrado su vivienda a través de la mediación de un amigo o conocido español nativo. Asimismo, De Miguel Luken y Solana (2007) encontraron que los inmigrantes suelen recurrir a españoles nativos especialmente para encontrar un empleo y obtener ayuda material (muebles, ropa, etc.). Aunque no era el objeto de su investigación, estas autoras destacan que la ayuda de asociaciones y administraciones públicas fue raramente mencionada por los inmigrantes entrevistados como medio para acceder a recursos básicos. *Concluyendo, la efectividad de las asociaciones formales para facilitar la inclusión social de los inmigrantes parece, cuando menos, dudosa*. Los motivos para el uso escaso de los recursos que ofrecen estas entidades deben ser esclarecidos: es posible que la fortaleza de las redes informales cubra las necesidades de la mayoría de los inmigrantes y excluya un papel más relevante de las asociaciones formales. Es posible, asimismo, que las asociaciones sean demasiado débiles e infradotadas de recursos como para ofrecer un apoyo más efectivo a los inmigrantes necesitados, o que el tipo de servicios que ofrecen no se ajuste a las necesidades de los inmigrantes. Por el contrario, tampoco se puede descartar que las asociaciones estén ofreciendo servicios y soportes muy valiosos para la minoría de los inmigrantes que están desprovistos de redes informales de apoyo. Igualmente, cabría estudiar los efectos en los inmigrantes de la participación *per se* en asociaciones, más allá de los recursos que puedan obtener de esta participación.

Se ha argumentado, asimismo, que cuando el capital social tiene una base étnica, su impacto en términos de integración social deviene ambiguo. Por una parte, las redes y asociaciones de ayuda mutua entre inmigrantes de la misma etnia o nacionalidad pueden suavizar el proceso de integración al reducir el riesgo de exclusión social y el sentimiento de inseguridad de los inmigrantes. Sin embargo, existe también el riesgo de que estas organizaciones refuercen la identidad dentro de las comunidades a expensas de su integración en la sociedad en sentido amplio. Ciertamente, los estímulos para desarrollar iniciativas de capital social entre los inmigrantes pueden no coincidir con las aspiraciones de cohesión social y compromiso cívico, sino más bien celebrar y reforzar una identidad cultural diferenciada, resistir las amenazas a las normas culturales del grupo en un contexto hostil y cubrir las necesidades de sus miembros. De hecho, el objetivo puede ser precisamente evitar la participación de los inmigrantes en las instituciones formales, por lo que el capital social puede ser tanto un vehículo de integración como de diferenciación, fragmentación y exclusión.

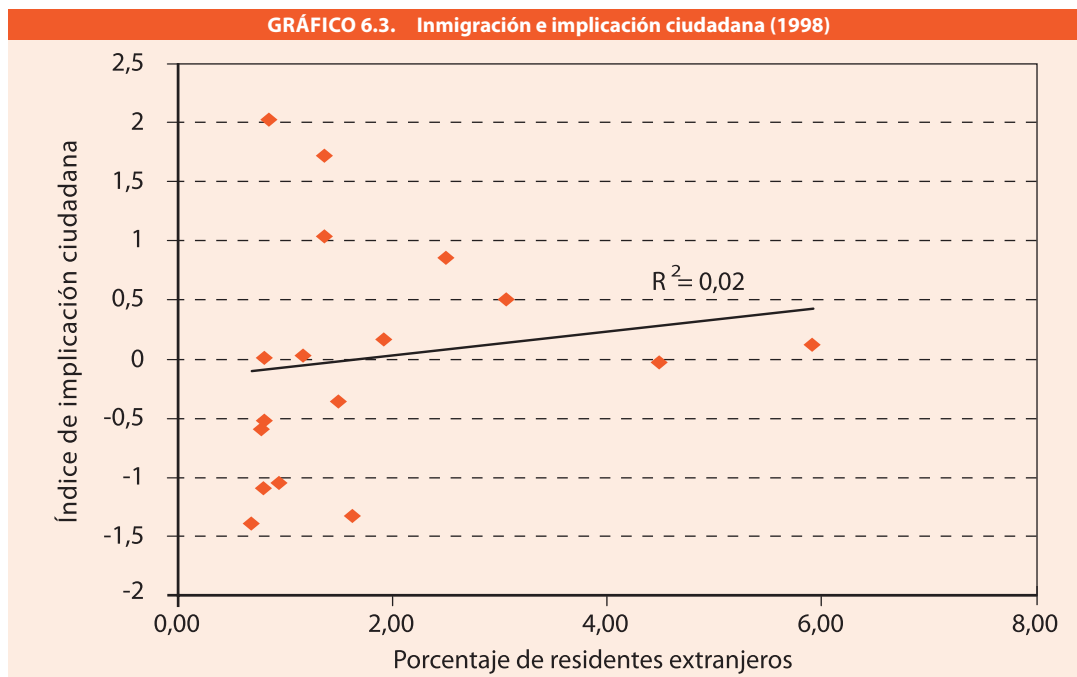
La evidencia de los efectos deletéreos del capital social *bonding* entre inmigrantes en España es parcial y básicamente cualitativa. En un estudio sobre las iniciativas de capital social chinas en España, Nieto (2003) postula que el movimiento asociativo de esta comunidad, si bien era especialmente activo, estaba compuesto por una élite muy reducida que lo utilizaba para enfatizar su prestigio y visibilidad. Además, aunque estas entidades no eran representativas ni en número ni en composición de la comunidad china, algunas se arrogaban la representación colectiva, mediaban las relaciones con las instituciones y dictaban normas de comportamiento a los inmigrantes chinos, en lugar de dar recursos a sus conciudadanos para incorporarse a la vida social, política y económica de la sociedad de acogida. Por el contrario, Aparicio y Tormos (2005) muestran cómo los inmigrantes senegaleses combinan una identidad comunitaria y una red informal de ayuda intragrupal muy fuerte con un sentimiento de integración en la sociedad española intenso, la inclusión de más amigos nativos españoles en sus redes informales que otros

grupos de inmigrantes y la ausencia de sentimientos de discriminación. En consonancia con los estudios de Fennema y Tillie (1999, 2001) que parece darse la paradoja de que los grupos de inmigrantes con lazos internos más intensos son también los que tienen más facilidades para tender puentes con la sociedad en sentido extenso. El capital social *bonding* de los inmigrantes puede ser defensivo en ciertos contextos, pero también un instrumento para vincularse con la sociedad de acogida en otros. Respalda esta hipótesis el estudio de Morales *et al.* (2004), que muestra que sólo el 27% de las asociaciones de Madrid compuestas mayoritariamente por inmigrantes se definían a sí mismas como asociaciones de inmigrantes. Además, un 82% de estas asociaciones había tenido algún tipo de contacto o colaboración con otras organizaciones de tipo general, especialmente con UGT (35,8%), la Cruz Roja (34,3%), CC.OO.(34,3%), el PSOE (32,8%) y CEAR (31,3%). En conclusión, *no se puede dar por sentado que las asociaciones de inmigrantes sean representativas de sus comunidades de referencia, medien de forma justa con las instituciones y promuevan necesariamente la integración de los inmigrantes, pero tampoco lo contrario. Parece que un buen número de asociaciones de inmigrantes combinan el refuerzo de los lazos internos dentro de su comunidad con un proyecto colectivo de integración en la sociedad de acogida.*

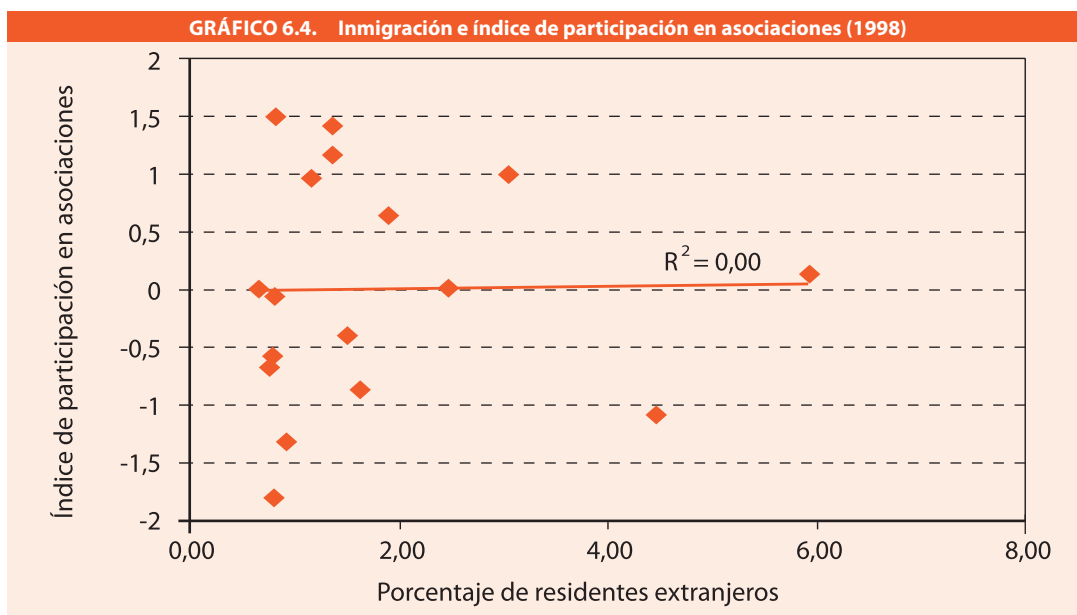
La segunda cuestión que nos planteábamos sobre la relación entre capital social e inmigración se refiere al efecto inverso al considerado hasta ahora, es decir, no al impacto del capital social sobre la integración de los inmigrantes, sino a la repercusión del incremento del número de inmigrantes sobre el capital social en España ¿La confianza y la acción colectiva disminuyen en España a medida que aumenta la diversidad étnica, cultural y lingüística, tal como sugieren algunos estudios internacionales? Desafortunadamente, esta cuestión todavía no ha captado la atención de los investigadores en la medida en que lo ha hecho la relación entre capital social e integración. Sin embargo, los datos de Mota (1999) sobre capital social en las Comunidades Autónomas españolas pueden ser contrastados con datos sobre la distribución de la población inmigrada censada. Los Gráficos 6.3 a 6.5 mues-

tran la relación bivalente entre los indicadores de capital social de Mota y el porcentaje de población inmigrante censada en 1998, incluyendo la de países de la UE, para cada Comunidad Autónoma. La asociación resultante es débil y posi-

tiva para cada indicador de capital social, lo que *no parece sugerir un efecto deletéreo de la diversidad sobre el capital social*, aunque cabe tener en cuenta que los datos son de 1998, previos a la eclosión del fenómeno migratorio en España.

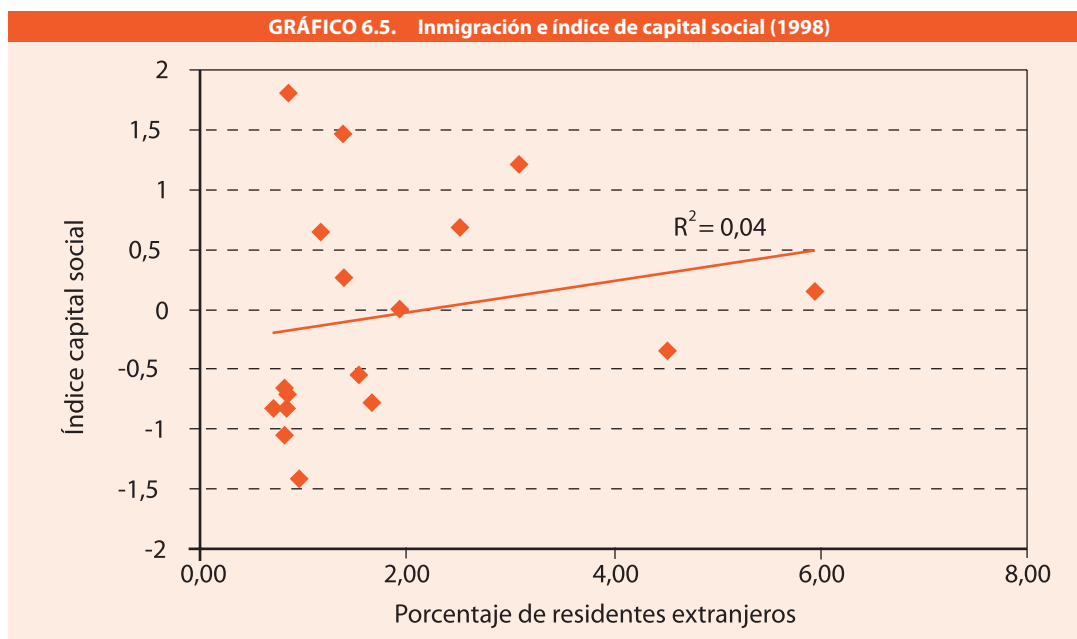


Fuente: Datos de Mota (1999) e INE (1999).



Fuente: Datos de Mota (1999) e INE (1999).





Fuente: Datos de Mota (1999) e INE (1999).

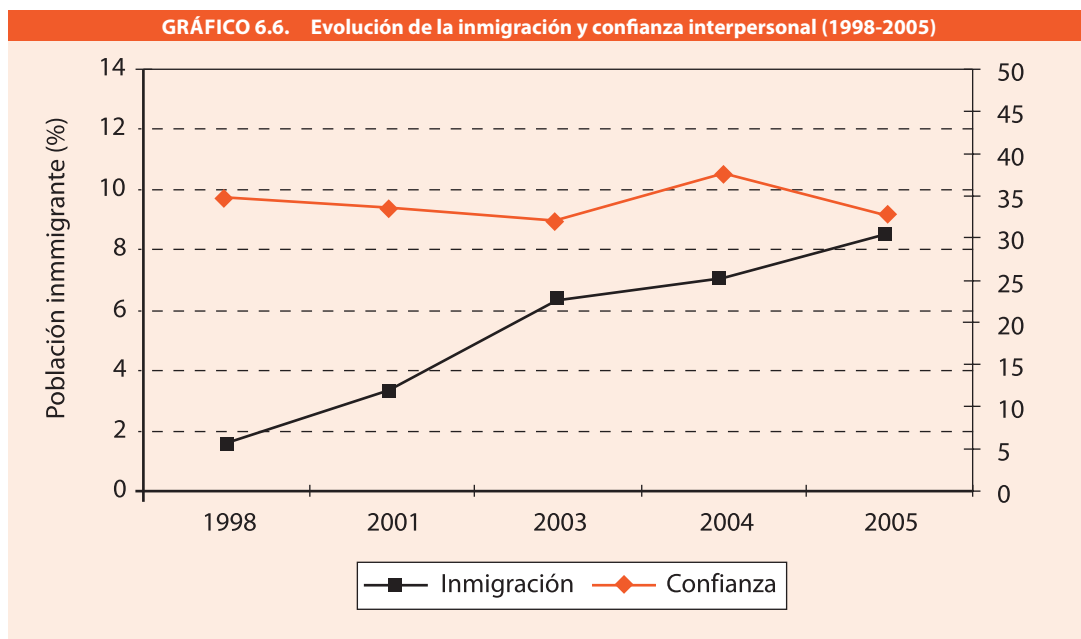
De forma complementaria, podemos realizar un análisis longitudinal de la asociación entre diversidad y capital social a lo largo de la última década, periodo de rápido incremento de la inmigración. Lamentablemente, no disponemos de series longitudinales desagregadas por Comunidades Autónomas, lo que nos permitiría analizar los efectos de la diversidad y controlar los efectos fijos autonómicos. No obstante, es posible comparar series temporales de indicadores de capital social con el porcentaje de población inmigrada a escala nacional y comprobar hasta qué punto las tendencias encajan. Los Gráficos 6.6 y 6.7 muestran la evolución de la confianza interpersonal y la creación de asociaciones durante los primeros años del incremento rápido de la inmigración en España. Las series más largas disponibles corresponden a la confianza interpersonal, que ha sido registrada de forma casi anual durante la última década en las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas. El Gráfico 6.6 muestra cómo, en el ámbito nacional, la confianza interpersonal ha permanecido básicamente inalterada a pesar del incremento migratorio. De hecho, los niveles de confianza interpersonal se han mantenido estables e inalterados en niveles bajos desde inicios de los

ochenta a pesar de los profundos cambios sociales, económicos y políticos acaecidos en España desde la transición democrática. A su vez, el Gráfico 6.7 muestra cómo, entre 1998 y 2002, la creación de asociaciones se ha incrementado primero ligeramente para después retornar a niveles cercanos a los de 1998. En resumen, *una perspectiva longitudinal tampoco parece respaldar la hipótesis de que al incremento acelerado de la diversidad le haya seguido un declive del capital social.*

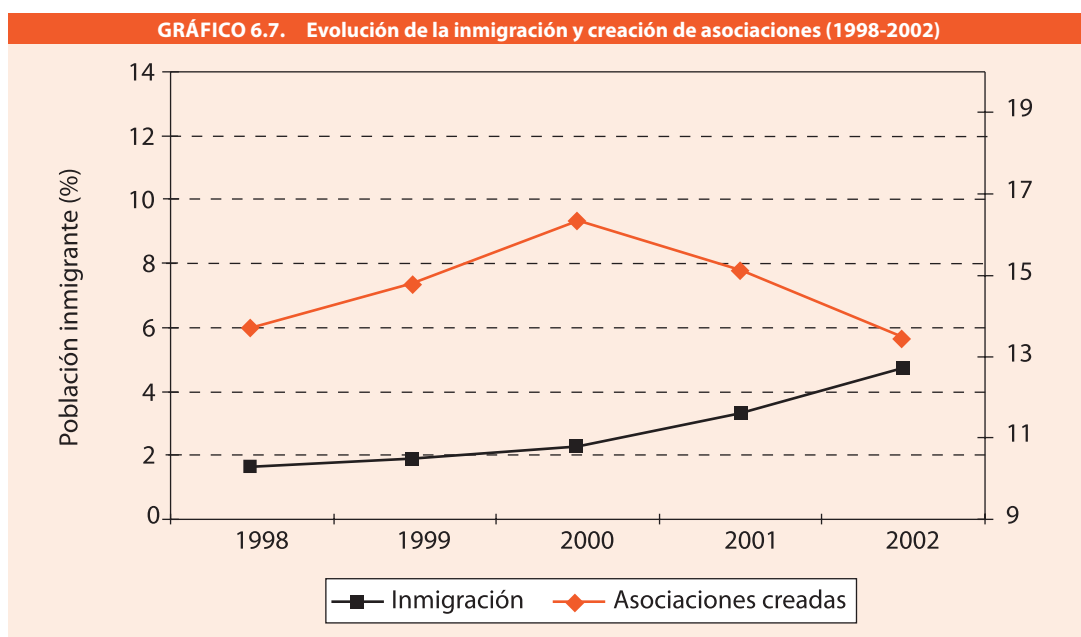
La evidencia aportada no es más que preliminar y debe ser interpretada con muchas precauciones. Primero, porque las asociaciones entre dos variables pueden ser espurias: dado que los inmigrantes tienden a escoger regiones económicamente dinámicas para residir, que son, a su vez, las que tienen un nivel más alto de capital social, son necesarios modelos más complejos para intentar capturar el efecto independiente de la diversidad sobre el capital social. Igualmente, si bien no hay evidencia en el ámbito nacional y autonómico que respalde la hipótesis de que la diversidad socave el capital social, no se puede descartar que este efecto exista a escala local. Si existiera un umbral mínimo a partir del cual la diversidad empezara a menoscabar el capital so-

cial, es posible que este efecto fuera solamente observable en los barrios y comunidades en los que se concentra la inmigración. Es igualmente plausible que la concentración de inmigrantes solamente dé lugar a comunidades con menos confianza interpersonal y menos participativas bajo ciertas condiciones de exclusión social. En este sentido, el análisis de interacciones entre di-

versidad y otras variables de contexto podría ser muy revelador. Finalmente, debemos también tomar en consideración que el incremento en la diversidad es todavía muy reciente en España, por lo que es posible que un cierto periodo de tiempo sea necesario antes de que los efectos sobre el capital social de las comunidades receptoras puedan ser detectados.



Fuente: Datos del CIS, Latino Barómetro 1998, 2001, 2003, 2004, 2005e INE, 2006.



Fuente: Datos del CIS, Latino Barómetro 1998, 2001, 2003, 2004, 2005e INE, 2006.

# 5

## Capital social y simbólico en los procesos de empoderamiento e inclusión [\*]

En la *Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social*<sup>[3]</sup>, el objetivo era conocer cómo los profesionales de la intervención social valoraban aspectos relativos al capital social y simbólico en el trabajo con las personas excluidas.

### 5.1. Valoración de los factores de exclusión e inclusión

#### 5.1.1. Causas de la exclusión

Los encuestados valoraron una serie de factores como causas de la exclusión social, según la importancia dada a los mismos: mucha, bastante, poca o ninguna. Excepto dos de esos factores, en ninguno hay más de un 3% que considere que esos factores no tienen importancia. No se trata de priorizar unos sobre otros, sino de valorar cada factor independientemente.

Viendo el conjunto de factores ordenados tal como nos los muestra la Tabla 6.30, podríamos apuntar una primera conclusión: la buena valoración de los factores relacionales como factores que explican las causas de la exclusión social. Si consultamos la tabla, vemos que los conflictos familiares tienen una alta puntuación y que también se le da una importancia notable a la escasez de relaciones personales. Los conflictos familiares están muy próximos a obtener la máxima apreciación como causa de exclusión, pero si lo juntamos con los que evalúan que tiene mucha o bastante importancia, llega a superar a todos los demás factores al lograr más del 91% de apoyos y que menos del 9% le reste importancia (poca o ninguna). Así pues, podríamos decir que el conflicto familiar es en conjunto el factor más valorado como causa de la exclusión social. Considerando solamente a los que le otorgan mucha importancia, la escasez de relaciones personales está en un quinto lugar en la lista de más valorados, pero si sumamos los que le han dado importancia positiva, observamos que se eleva hasta ocupar la tercera

[\*] Epígrafe elaborado por Fernando Vidal, Rosalía Mota, Santa Lázaro, Eva Rubio y Almudena Juárez.

[3] «Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social», (Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008), F. Foessa/Univ. de Comillas, —otoño de 2007.

posición en importancia como factor de exclusión. Así pues, los profesionales de la intervención social consideran que entre los tres facto-

res que más causan la exclusión social, dos son de carácter relacional: el conflicto familiar y la escasez de vínculos personales.

**Tabla 6.30. ¿Qué importancia le daría usted a los siguientes factores como causa de la exclusión social?**

	Mucha importancia (%)	Bastante importancia (%)	Poca importancia (%)	Ninguna importancia (%)
Depresión o enfermedad mental	44,1	44,9	10,2	0,8
Conflictos familiares	43,9	47,3	8,4	0,4
Desempleo	43,4	43,9	12,5	0,2
Consumo de drogas	41,6	45,9	10,7	1,8
Escasez de relaciones personales	37,4	50,6	11,6	0,4
Problemas económicos	33,9	49,4	15,0	1,6
Baja autoestima	28,4	50,5	20,5	0,6
Dificultades derivadas de proceder de un país extranjero	23,5	50,0	24,6	1,9
Factores de personalidad	21,7	56,4	21,3	0,6
Bajo nivel educativo	19,3	46,1	31,8	2,9
Bajo nivel intelectual	9,0	43,0	42,8	5,3
Ciertos valores	7,1	37,4	49,8	5,7

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

Los factores de carácter personal —relacionados con el ánimo o los valores— son los que tienen una lectura más complicada. La depresión y la enfermedad mental son el factor más valorado en la máxima categoría: el 44,1% le da la máxima consideración, el 89% de los encuestados dice que tiene mucha o bastante importancia y solamente un 11% expresa que tenga poca o ninguna. La baja autoestima del sujeto es valorada en un término medio y, sin embargo, los menos puntuados son factores como la falta de ciertos valores (la mayoría, un 55,5% dice que tiene poca o ninguna importancia) o los factores de personalidad (solamente uno de cada cinco dice que tenga mucha importancia, aunque siguen siendo mayoría los que dicen que tiene mucha o bastante relevancia). Próximos a los factores personales estarían lo que podríamos denominar capacidades intelectuales o educativas. Los encuestados otorgan una baja credibilidad a que el nivel educativo bajo o el bajo nivel intelectual sean causas de exclusión social. Factores estructurales como la falta de empleo o los problemas económicos y un factor como el consumo de drogas consiguen estar entre los factores más enfatizados, por detrás de los factores relacionales y de la depresión o la enfermedad.

*En resumen, máxima importancia a la ruptura o carencia de redes sociales como causa de exclusión; alta relevancia de los factores estructurales y las dro-*

*gas; máximo énfasis de la enfermedad mental como factor de exclusión, y baja valoración del nivel educativo-intelectual, de la personalidad y los valores.*

### 5.1.2. Soluciones para la inclusión

Al preguntar cuáles con los factores que mayor valor tienen como factores de promoción de la inclusión social de las personas, hay una primera conclusión coincidente con los factores que las personas valoran como causas: *los factores relacionales tienen gran importancia*. Si unimos a aquellos que le han dado mucha y bastante importancia a los factores, hay tres de ellos que superan el 90% de apoyo: en primer lugar, tener empleo (98,2%), tener una familia estable (93,9%) y contar con amigos en quien poder confiar (91,6%). Dos de los tres más importantes, por tanto, son una familia estable y amigos en quien confiar. Hay un tercer factor de carácter relacional —tener una pareja estable— que no sólo ha recibido poco apoyo, sino que uno de cada diez denuncian que no tiene ninguna importancia. Así pues, *se valora al máximo la estabilidad de la familia, pero no la estabilidad de la pareja, cuya importancia, por el contrario, es rechazada por la mayoría de los encuestados (52,5%)*.

Ya hemos advertido que *el empleo es el factor promotor de mayor peso en esta pregunta. Mientras que como causa era valorado en tercer lugar, como inclusor es revalorado al primer lugar*. Los encuestados creen que si bien la exclusión se produce por pérdida de capital social, la capitalización social se protege o logra en primer lugar mediante la integración laboral.

Hay un cuarto factor muy valorado al que un tercio le da mucha importancia (Tabla 6.31) y más de la mitad considera que es bastante importante, que pertenece al ámbito del carácter o las disposiciones personales: tener un carácter emprendedor e iniciativa. *Los encuestados consideraban en la anterior pregunta que los rasgos de personalidad no son factores importantes de exclusión, pero, sin embargo, le otorgan mayor relevancia como factores de inclusión*. Entre los tres factores que tras el emprendimiento son más valorados

—llegan a sumar un rango del aproximadamente 75% de mucha o bastante importancia—, hay uno relacionado con ese ámbito personal: tener ciertos valores es un factor apreciado por una mayoría como un factor de inclusión. Junto con los valores, ser preceptor de algún tipo de renta también es apreciado como inclusor y también pertenecer a alguna asociación u organización. Este último factor —pertenencia asociativa o grupal— podríamos vincularlo a los factores relacionales, pero vemos que es mucho menos valorado que las relaciones familiares o amicales. *A juicio de los profesionales de la intervención social, el factor asociativo tiene menos potencia inclusora que los factores relacionales primarios*.

Respecto a la importancia que tiene percibir alguna renta (un 15,4% le da mucha importancia y un 50,4% le atribuye bastante), llama la atención que haya un grupo mucho menor

**Tabla 6.31. ¿Qué importancia le daría usted a los siguientes factores para promover la inclusión social de las personas?**

	Mucha importancia (%)	Bastante importancia (%)	Poca importancia (%)	Ninguna importancia (%)
Tener empleo	60,4	37,8	1,6	0,2
Tener una familia estable	49,9	44,0	6,1	0,0
Contar con amigos en quien confiar	36,4	55,2	8,1	0,4
Tener un carácter emprendedor e iniciativa	33,3	50,6	14,9	1,2
Ser preceptor de algún tipo de renta	15,4	50,4	32,5	1,7
Asumir ciertos valores	14,4	51,1	30,9	3,5
Pertenecer a alguna asociación u organización	12,9	50,7	34,0	2,4
Tener una pareja estable	9,0	36,7	43,9	10,5
Ser beneficiario de las rentas mínimas (salario ciudadano)	7,4	47,3	42,0	3,3
Tener creencias religiosas	1,6	12,6	54,9	31,0

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

de personas que le concedan la máxima importancia. Y es llamativo también la todavía menor confianza que hay en las rentas mínimas o salarios ciudadanos como factores inclusores: aunque la mayoría opina que tiene mucha o bastante importancia, sólo el 7,4% le asigna mucha importancia.

Si bien tener ciertos valores es estimado por tres cuartos de los encuestados como un factor de inclusión, tener creencias religiosas es objeto de una ponderación inversa. Solamente un 14,2% le da mucha o bastante importancia. Cuatro quintos dicen que las creencias religiosas tienen poca (54,9%) o ninguna importancia (31%). Sin em-

bargo, hemos de recordar el fuerte asociacionismo religioso en ámbitos empobrecidos que ha puesto de relieve la Encuesta FOESSA 2008, tal como lo hemos analizado en la primera parte de este capítulo. También queremos poner de manifiesto las investigaciones que hemos realizado sobre el factor religioso en la integración social de los inmigrantes (Vidal y Martínez, 2007), donde se comprobó que la baja consideración que los profesionales tienen de la importancia del papel de la religión en la inclusión social de los inmigrantes es compatible con una valoración extraordinaria de dicho factor religioso según los propios inmigrantes al narrar sus procesos de inclusión. *Estas*

*contradicciones nos señalan la necesidad de una mayor investigación sobre esta relación entre religiosidad popular e inclusión social.*

### 5.1.3. Lo importante para las instituciones de intervención social

Comparando las respuestas de los profesionales de la intervención social sobre cuáles son los factores que más causan exclusión y sobre cuáles creen que son los factores que más promueven la inclusión, *hemos visto el alto valor que se le da a los factores familiares y relacionales y la alta consideración del empleo como factor inclusor. Por el contrario, hemos visto el bajo peso de las características caracterológicas o morales como factor que intensifique la exclusión y, sin embargo, una estima media de su capacidad de incluir. ¿Y si contrastamos ese juicio sobre la importancia de esos factores con la importancia que le dan las instituciones de intervención social que los encuestados conocen? ¿En qué varía?*

Lo más llamativo es que *mientras que los factores caracterológicos apenas son tenidos en cuenta como factores que generen exclusión y, sin embargo, ganan una posición destacada como factores inclusores, en la práctica de las organizaciones tienen todavía más fuerza. Si tenemos en cuenta lo que hacen las organizaciones de*

intervención social de las que los profesionales tienen conocimiento, constatamos (Tabla 6.32) que más del 90% cree que las instituciones valoran principalmente el empleo como medio para lograr la inclusión y, en segundo lugar, la modificación de ciertas actitudes personales de los sujetos de la intervención: el 34,8% cree que tiene mucha importancia y el 52,5% que tiene bastante en las organizaciones sociales —un total de 87,4%—. Los tres siguientes factores más promovidos por las instituciones de intervención son de carácter relacional, familiar y asociativo: el 75,9% (unimos los que piensan que su importancia es mucha y bastante) cree que las organizaciones valoran la promoción de relaciones personales y de amistad, el 74,1% la promoción de las relaciones familiares y el 73,2% la promoción de la participación en asociaciones y grupos. Observemos que —aunque por una pequeña diferencia— lo relacional se apoya más que lo familiar en las organizaciones, mientras que al opinar en términos generales lo familiar superaba claramente a lo relacional como causa e inductor. También destaca la ganancia de relevancia de lo asociativo cuando observamos lo que realmente aprecian las organizaciones.

Los dos factores menos valorados en las organizaciones son la educación en valores y la aportación de ingresos económicos. Aunque en ambos casos la mayoría piensa que tienen mucha o bastante importancia en las instituciones, son los que

**Tabla 6.32. Teniendo en cuenta las instituciones que usted conoce que trabajan en intervención social, ¿qué importancia cree usted que tienen en ellas cada uno de los siguientes factores?**

	Mucha importancia (%)	Bastante importancia (%)	Poca importancia (%)	Ninguna importancia (%)
Proporcionar un empleo	49,3	41,5	8,6	0,6
Modificar ciertas actitudes personales de los sujetos de intervención	34,8	52,6	11,8	0,8
Promover las relaciones personales y de amistad	27,8	48,1	22,0	2,1
Promover las relaciones familiares	27,1	52,0	19,5	1,4
Promover la participación asociativa y en grupos	26,2	47,0	24,3	2,5
Educación en determinados valores	19,6	44,0	32,5	3,9
Aportar ingresos económicos	16,3	48,7	29,9	5,1

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

menor porcentaje de apoyo logran. Dos reflexiones al respecto. En primer lugar, si bien los valores no se estiman como un ámbito en el que ocurren cosas que agravan la exclusión social, sí se aprecian como un factor que promueve la exclusión. Sin embargo, las organizaciones no trabajan con ello. Respecto a lo económico, su importancia no ha hecho sino decaer al pasar de su consideración como causa a su estima como inductor y de ahí a un factor valorado por las organizaciones. Si bien se piensa que tiene una destacada importancia como factor causal, se piensa en menor medida que sea una solución y en la praxis de las organizaciones es el factor en el que menos se confía.

#### 5.1.4. Lo importante en la propia acción social de cada profesional

Para poder ver con mayor coherencia las opiniones, faltaría preguntar a los encuestados acerca de la intensidad con que en su práctica profesional realizan acciones que se correspondan con los factores sobre los que han estado opinando en las preguntas anteriores. Entonces vemos que *si bien le daban poca importancia a los factores personales —carácter y disposiciones— como causas, media como solución y alta como factor dentro de la acción de las organizaciones, en la praxis individual su importancia es la máxima*. Como muestra la Tabla 6.33, más del 80% dice que la modificación de actitudes personales de los sujetos de intervención es realizada en su acción profesional de un modo

habitual o con bastante frecuencia. Menos de un 3% dice que nunca realiza actividades de este tipo. Así pues, mientras que en la teoría sobre la exclusión los factores personales de carácter y disposiciones no resaltan en relevancia como causa o solución, en la praxis profesional su importancia es máxima.

En segundo lugar hallamos la intervención sobre las relaciones. Aunque se le daba más importancia al factor familiar, hemos visto que considerando la praxis de las organizaciones, estas en realidad dan prioridad a las relaciones amicales. En el ámbito personal de acción de los profesionales, esa distancia crecerá y se le dará mayor importancia al trabajo de promoción de las relaciones personales y de amistad: un 41,3% dice que habitualmente interviene sobre este aspecto, mientras que unos cuantos encuestados menos —38,9%— dicen que se dedican habitualmente a la promoción de las relaciones familiares.

La educación en valores es el cuarto factor sobre el que más se interviene en la praxis profesional: un 35,8% dice que habitualmente interviene en esa área y un 34,4% lo hace con bastante frecuencia. *Crece la importancia de los valores, mientras que veíamos que las organizaciones no los aprecian tanto*. Ocurre en este ámbito algo que nos recuerda a lo que hemos visto en los factores personales de carácter y disposiciones: es lo menos valorado causalmente, se aprecia como inductor, es poco valorado por las organizaciones, pero tiene un papel destacado en la acción social de los profesionales. Sin embargo, las personas trabajan menos con la promoción de la participación asociativa o grupal de lo que ellos mis-

**Tabla 6.33. Grado en que se realizan en la práctica profesional distintos tipos de acciones**

	Habitualmente (%)	Con bastante frecuencia (%)	Ocasionalmente (%)	En ninguna ocasión (%)
Modificar ciertas actitudes personales de los sujetos de intervención	52,2	29,4	15,6	2,8
Promover las relaciones personales y de amistad	41,3	36,0	18,9	3,9
Promover las relaciones familiares	38,9	35,2	20,8	5,1
Educación en determinados valores	35,8	34,4	22,0	7,7
Promover la participación asociativa y en grupos	30,5	31,8	31,4	6,3
Proporcionar o ayudar a buscar un empleo	28,2	24,3	28,6	18,9
Aportar ingresos económicos	13,8	17,7	26,3	42,2

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

mos creen que eso importa a las organizaciones que conocen. Así pues, *el trabajo asociativo, que no es apreciado como causa ni incluso y que, sin embargo, se cree que las organizaciones lo valoran, no logra encontrar relevancia en la acción personal de los profesionales.*

El penúltimo factor en valoración es la búsqueda de empleo. Aquí hay una relación inversa a los factores personales: se piensa que es una causa destacada pero no una de las principales y, sin embargo, se cree que es el principal incluso y que es lo que más valoran como factor de inclusión las organizaciones; en cambio, personalmente, la dedicación a ello es mucho menor que los otros factores. Hay uno al que todavía hay menor dedicación, en coherencia con lo dicho sobre la importancia que le daban las organizaciones: aportar ingresos económicos. La valoración de aportar ingresos económicos es la mínima tanto por las organizaciones como en la acción cotidiana de los profesionales.

## 5.2. Participación asociativa de las personas excluidas

### 5.2.1. Posibilidades de participación

Considerando cómo ven los profesionales la participación de personas excluidas en el mundo asociativo, *la opinión mayoritaria es optimista sobre esa posibilidad y no estima que existan dificultades estructurales.* El 95,9% de los entrevistados está totalmente o bastante de acuerdo en que es muy importante para la intervención social fomentar la participación de las personas excluidas en grupos. El 81,7%, en cambio, que dicha participación es posible. Es decir, que hay un 14%

**Tabla 6.34. Opiniones sobre la participación de las personas en situación de exclusión en grupos formales**

	Totalmente de acuerdo (%)	Bastante de acuerdo (%)	Poco de acuerdo (%)	Nada de acuerdo (%)
Es muy importante para la intervención social fomentar la participación de estas personas en grupos	56,1	39,8	3,9	0,2
Es posible que las personas en situación de exclusión participen en grupos	44,0	37,7	14,7	3,7
Las personas en situación de exclusión no cuentan con información sobre grupos en los que puedan participar	23,0	53,4	20,1	3,5
La forma de organizarse que tienen los grupos dificulta la participación de personas en exclusión	15,1	47,8	28,0	9,1
Las personas en situación de exclusión participan en grupos sólo si conocen a otros que participen también en ellos	13,2	53,4	27,4	6,0
Los grupos saben integrar a personas en situación de exclusión	12,6	32,7	45,7	9,1
Los grupos suelen ser muy cerrados	12,0	47,6	31,8	8,5
Los fines y tipos de actividad de los grupos no responden a necesidades de las personas en exclusión	9,1	36,8	39,7	14,5
A los grupos no les gusta que este tipo de personas se integren	6,6	38,0	40,1	15,3
Las personas en situación de exclusión consideran inútil participar en grupos	6,4	41,9	37,2	14,5
Las personas en situación de exclusión no tienen tiempo para participar en grupos	1,6	8,7	48,7	41,0

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.



de profesionales que cree que es algo muy importante pero no factible. ¿Por qué no es posible? Las siguientes sentencias sobre las que pedimos opinión —tal como puede explorarse en la Tabla 6.34— abordan las posibles causas de la no participación. La más apoyada es que las personas excluidas no cuentan con información sobre grupos en los que puedan participar: el 76,4% de los encuestados está de acuerdo con esta carencia de información. Menos apoyo tiene el argumento de que la forma de organizarse que tienen los grupos dificulte la participación de personas en exclusión —el 62,9% de los encuestados—. Un porcentaje similar piensa que las personas excluidas participan en grupos sólo si conocen a otros que participen también en ellos: el 66,6%. Es un porcentaje mayor porque, aunque hay menos personas que estén totalmente de acuerdo, son más los que dicen estarlo bastante. En todo caso, son dos respuestas que suscriben positivamente la mayoría —dos tercios— de los encuestados.

La otra crítica que obtiene apoyo mayoritario señala las limitaciones de las propias organizaciones: el 59,6% cree que los grupos suelen ser muy cerrados. Al borde de la mayoría, el 48,3% está de acuerdo en que las personas excluidas consideran inútil participar en grupos. Cerca de la mayoría, el 45,9%, sostiene que los fines y tipos de actividad de los grupos no responden a necesidades de las personas en exclu-

sión; el 45,3%, que los grupos no saben integrar a personas en situación de exclusión, y el 44,6%, que a los grupos no les gusta que las personas excluidas se integren en sus organizaciones.

Es decir, *la responsabilidad de que los excluidos no participen en asociaciones se debe a las propias entidades y, sobre todo, a la carencia de información sobre ellas. Los excluidos es necesario que participen, es posible que lo hagan y tienen tiempo para ello*: solamente uno de cada diez entrevistados piensa que su no participación sea problema de que no tienen tiempo para ello.

## 5.2.2. Tipos de asociaciones en que es posible participar

¿Y en qué tipo de organizaciones hay mayores posibilidades de que participen? La Tabla 6.35 permite contestar. *Tres cuartos de los encuestados —el 76,7%— opinan que los grupos de autoayuda son la modalidad asociativa en la que es más posible que los excluidos se integren.* Más de dos tercios de los profesionales creen que lo mejor para integrarse las personas excluidas son grupos de aficiones (70,7%) o grupos de tiempo libre o deportivos (66,2%). Y cerca de esos dos tercios, un 58,4%, opina que donde es más posible la integración es en gru-

**Tabla 6.35. Tipos de organizaciones en las que es más posible que se integren personas excluidas**

	Muy posible (%)	Bastante posible (%)	Poco posible (%)	Nada posible (%)
Grupos de autoayuda	22,8	53,9	22,6	0,6
Grupos deportivos o de tiempo libre	15,5	50,7	30,5	3,3
Grupos en los que compartir aficiones de diverso tipo	14,6	56,1	27,1	2,3
Grupos religiosos	9,2	49,2	36,4	5,2
Grupos culturales o artísticos	6,6	36,4	49,4	7,6
Organizaciones de vecinos	4,9	16,1	63,3	15,7
Grupos de resistencia sociopolítica	2,7	13,0	57,4	26,8

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

pos de carácter religioso. Son minoría los que piensan que hay posibilidades de integrarse en grupos culturales o artísticos: está de acuerdo con que es muy o bastante posible esa integración el 43% de los profesionales. Recordemos que cada tipo de asociación era valorada independientemente en su capacidad de integración, no se elegía entre los distintos tipos selectivamente. Menor capacidad de integración se concede todavía a las asociaciones vecinales: sólo uno de cada cinco profesionales —el 21%— cree que sea posible que los excluidos se integren en grupos vecinalistas (el 15,7% de los profesionales sostiene que dicha integración es imposible). Una minoría similar al porcentaje que piensa que sea posible que los excluidos participen en grupos de resistencia sociopolítica: el 15,7% piensa que ello es posible y el 26,8% cree que es imposible.

### 5.3. Participación de los familiares y amigos en el proceso de intervención social

Tras evaluar el peso en importancia de los distintos factores relacionales y personales, y después de haber conocido algunos datos reveladores sobre las posibilidades asociativas de las personas excluidas, nos adentramos a explorar el mundo de las relaciones. Y queremos saber sobre dos aspectos: el papel de los excluidos en el proceso de intervención y la opinión de los profesionales sobre la calidad de las relaciones sociales de las personas en exclusión.

Respecto al papel de las relaciones amicales y familiares en el proceso de intervención, formulamos dos preguntas. La primera era una cuestión muy directa y la segunda era una batería de sentencias sobre las que queríamos conocer el grado de acuerdo de los profesionales. En primer lugar, preguntamos a los encuestados: *En su opinión, ¿con qué frecuencia el mundo de relaciones de la persona en situación de exclusión obstaculiza el proceso de intervención?* La res-

puesta la encontramos en la Tabla 6.36. Solamente un 4,7% de los profesionales cree que el mundo relacional del excluido casi nunca obstaculiza la intervención. Es decir, en términos generales, el mundo relacional del sujeto es un factor de primer grado en la intervención y, sin embargo, no cumple un papel positivo. Uno de cada cinco profesionales sostiene que siempre obstaculiza y la mitad —49,9%— piensa que a menudo. Menos de un tercio no tiene una visión tan negativa. *Nos encontramos, por tanto, con un tipo de intervención en el mundo relacional que es necesaria pero que en el estado en que está suele obstaculizar a menudo o casi siempre.*

En efecto, como podemos observar en la Tabla 6.37, el 93,9% de los profesionales opina que *la participación de amigos y familiares es un factor decisivo para la intervención social*, pero las posiciones al respecto requieren varias matizaciones. Un 73,4% piensa que cuando se establece una intervención en la que se afecta a otras personas del entorno relacional del excluido, hay peligro de un excesivo control sobre el sujeto, lo cual resta legitimidad a una intervención que no sea prioritariamente individual. La mayoría de los profesionales (52,7%), además, es consciente de que los individuos son reacios a que sus familiares y amigos formen parte del proceso de la intervención y el 45,4% de los profesionales piensa que también familia y amigos son reacios a tomar parte en dichos procesos, aunque por parte de los familiares y amigos sí se note que cuando intervienen lo hacen con ánimo de ser una ayuda. Así lo piensa el 63,1% de los encuestados. Un tercio de los encuestados cree que los obstáculos

**Tabla 6.36. Frecuencia con que el mundo de relaciones de la persona en situación de exclusión obstaculiza el proceso de intervención**

	(%)
Casi siempre	21,6
A menudo	49,9
Ocasionalmente	23,8
Casi nunca	4,7

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

**Tabla 6.37. Opiniones sobre la participación de familiares y personas relevantes para el sujeto en los procesos de intervención social**

	Totalmente de acuerdo (%)	Bastante de acuerdo (%)	Poco de acuerdo (%)	Nada de acuerdo (%)
La participación de familiares y amigos es un factor decisivo para la intervención	50,7	43,2	5,5	0,6
Incluir a otras personas en la intervención aumenta el control sobre el sujeto de atención	20,2	53,2	18,1	8,6
Las familias y amigos suelen acercarse porque quieren ayudar	11,3	51,8	33,2	3,7
Los sujetos de atención son reacios a incluir a sus familiares y personas cercanas	9,5	43,2	39,0	8,3
El tiempo destinado a la intervención no permite incluir a familiares y personas cercanas	8,8	28,4	39,7	23,0
La institución y sus protocolos de actuación no contemplan este tipo de intervenciones	8,1	25,8	37,2	28,9
Los familiares y personas cercanas son reacios a participar en la intervención	6,0	39,4	47,7	6,9
Es mejor no incluir a otras personas para preservar mejor la confidencialidad y privacidad en la intervención	2,1	7,1	48,4	42,4

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

para la participación de los familiares y amigos está en que el tiempo de que disponen los profesionales no es suficiente para incluirlos y otro tercio está de acuerdo con que la institución y sus protocolos no contemplan este tipo de intervención en que puedan participar familiares y amigos: la mayoría sostiene lo contrario en ambos casos. Sí existe tiempo y modo para dicha participación, creen dos tercios de los profesionales. De hecho, aunque se tema que una intervención más relacional aumente el control sobre el sujeto, solamente uno de cada diez cree que es mejor no incluir a otras personas argumentando protección de la confidencialidad y privacidad. En conclusión, *la participación de familiares y amigos es posible, aumenta el control sobre el sujeto pero no viola su privacidad; se sabe que todos los afectados son reacios, pero cuando toman parte lo hacen con ánimo sincero de ayudar.*

## 5.4. Calidad del mundo relacional de las personas excluidas

El otro aspecto que estábamos interesados en conocer es cuál es la calidad de las relaciones que a juicio de los profesionales rodean a las personas excluidas. Como se expone en la Tabla 6.38, ofrecimos mostrar acuerdo o desacuerdo sobre varias sentencias, entre las cuales la única que logró apoyo —y un apoyo masivo— fue que a medida que avanza el proceso de exclusión, los individuos van perdiendo relaciones personales y de amistad: el 92,3% de los profesionales sostiene que está totalmente (47,3%) o bastante de acuerdo (45%) con esa afirmación. En el lado opuesto, el 85,9% de los encuestados muestra su desacuerdo con que las personas excluidas mantengan intacta su capacidad para estable-

**Tabla 6.38. Opiniones sobre las relaciones personales que mantienen las personas excluidas**

	Totalmente de acuerdo (%)	Bastante de acuerdo (%)	Poco de acuerdo (%)	Nada de acuerdo (%)
En la medida en que avanza el proceso de exclusión, los individuos van perdiendo relaciones personales y de amistad	47,3	45,0	5,8	1,9
Las relaciones personales y de amistad de los individuos en situación de exclusión social suelen ser interesadas y utilitarias	8,0	37,5	41,1	13,5
Las relaciones de amistad de las personas en exclusión no se diferencian de las que tiene la población general	7,6	27,7	49,6	15,1
En contextos y entornos marginales las relaciones interpersonales son más intensas y solidarias	6,1	31,5	48,2	14,2
Las personas en situación de exclusión social no suelen tener amigos de verdad	4,8	34,2	38,8	22,2
Precisamente en las situaciones de dificultad las personas fortalecen sus relaciones personales y de solidaridad	3,4	23,3	57,1	16,3
Las personas en situación de exclusión social mantienen intacta su capacidad para establecer nuevas relaciones personales y de amistad	1,7	12,5	51,9	34,0

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

cer nuevas relaciones personales y de amistad. En consecuencia, *existe un masivo acuerdo entre los profesionales en que los individuos en exclusión pierden relaciones y se deteriora su capacidad para establecer nuevos vínculos.*

Otras opiniones reciben apoyos menos mayoritarios. Entre ellos destacamos que *tres cuartos de los encuestados piensan que en las situaciones de dificultad las personas no fortalecen sus relaciones personales y de solidaridad: solamente uno de cada cuatro profesionales de la intervención social opina que sí lo hacen (26,7%). También hay un 62,4% que sostiene que en contextos y entornos marginales las relaciones interpersonales no son más intensas y solidarias.* Solamente un tercio (35,3%) piensa que el tipo de relaciones de las personas excluidas no se diferencia de las de la población en general. Ahora bien, *aun considerando que las relaciones se pierdan y haya dificultades para renovarlas, eso no quiere decir que dichas relaciones se corrompan: el 61% cree que las personas excluidas tienen amigos de verdad y el 54,6% sostiene que las relaciones personales que mantienen las personas en situación de exclusión no están dominadas por la utilidad y el interés.*

**Tabla 6.39. Importancia del carácter de la persona excluida en el proceso de intervención social**

	(%)
Muy importante	49,5
Bastante importante	45,6
Poco importante	4,9
Nada importante	0,0

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

## 5.5. El carácter en las situaciones de exclusión

Otro apartado de nuestra encuesta buscó conocer el parecer de los profesionales sobre aspectos relacionados con el carácter y las disposiciones de las personas excluidas. Una primera aproximación nos la facilita la Tabla 6.39 al dejarnos claro que no hay nadie que piense que el carácter de la persona excluida no sea nada importante en el proceso de intervención social y solamente uno de cada veinte (4,9%) opina que

sea poca la importancia de este factor. En conjunto, el 95,1% sostiene que es muy o bastante importante. *Esta relevancia otorgada a este factor caracterológico es superior a todas las estimaciones que se hicieron en las primeras preguntas de la encuesta al hacerlo comparado con otros muchos factores.* Pese a que ya veíamos que conforme se bajaba de lo más teórico y general a lo más concreto y real, la importancia del carácter y las disposiciones cobraba mayor notoriedad, ahora el salto es todavía mayor, alcanzando un generalizado reconocimiento.

### 5.5.1. Los rasgos que dan resistencia

Es un terreno lamentablemente poco estudiado, pero hemos querido explorar cuáles son los rasgos de personalidad relevantes en dos procesos: qué rasgos facilitan la resistencia del sujeto contra las dificultades de la exclusión y cuáles son los que dificultan que pueda salir de

las situaciones de exclusión. La Tabla 6.40 nos ofrece las respuestas a la pregunta siguiente: *Según su experiencia profesional, ¿cuál cree usted que es el rasgo de personalidad que más contribuye a que los individuos puedan sobrellevar situaciones de pobreza y exclusión social?* La pregunta no ofrecía una lista de rasgos a elegir, sino que se dejó que abiertamente cada profesional respondiera de forma espontánea. Después recodificamos los resultados agrupándolos en diecisiete rasgos diferentes entre los que se reparte el conjunto de los encuestados. La opción mayoritaria congrega al 25,5% de los profesionales y expresa que el rasgo que más contribuye a sobrellevar situaciones de pobreza y exclusión social es la capacidad de superación, el espíritu de lucha y la iniciativa. Ya antes habíamos visto al comienzo del cuestionario cómo se había puesto de relieve la importancia del emprendimiento y la iniciativa. El segundo rasgo más valorado también fue mencionado en la primera pregunta de nuestro Informe, cuando veíamos las causas de

**Tabla 6.40. Rasgos de personalidad que más contribuyen a que los individuos puedan sobrellevar situaciones de pobreza y exclusión social**

	(%)
Capacidad de superación, espíritu de lucha, iniciativa	25,5
Autoestima, confianza en sí mismo	19,2
Carácter positivo	9,0
Capacidad para establecer relaciones	4,9
Perseverancia	4,6
Motivación	4,4
Tener redes sociales y familiares	4,2
Ser abierto, apertura, extrovertido	3,5
Disposición y capacidad de adaptarse al cambio	3,2
Ser objetivo y realista	3,2
Estabilidad emocional	2,8
Resiliencia	2,5
Flexibilidad y adaptación	2,3
Tolerancia a la frustración	1,9

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

la exclusión. En ese momento encontramos que casi un 80% de los encuestados creía que la baja autoestima intensificaba la exclusión social. En concordancia, casi uno de cada cinco encuestados respondió que la autoestima y la confianza en uno mismo es el rasgo personal que más con-

tribuye a que los individuos resistan en situaciones de exclusión. Mucho menor concurso logró otro rasgo, aunque concentró a uno de cada diez encuestados: creen que lo principal para resistir personalmente las situaciones de exclusión es el carácter positivo. Hay pequeños grupos que

reúnen cada uno a un 4%-5% de encuestados que priorizan para la resistencia de los pobres rasgos como la capacidad para establecer relaciones —la sociabilidad—, la perseverancia, la alta motivación y la disposición a mantener las propias redes sociales y familiares. Grupos del 3% señalan ser abierto y extrovertido, la disposición de adaptarse al cambio y ser objetivo y realista. En un rango inferior, hay un 2,8% que valora al máximo la estabilidad emocional, un 2,5% que menciona la resiliencia, la flexibilidad y adaptación las nombran el 2,3% y un 1,9% habla de tolerancia a la frustración. Un 7,4% de los encuestados se dispersa en categorías inclasificables y el resto no sabe qué contestar.

En conclusión, hay un conjunto de rasgos que consisten en disposiciones relativas a la superación, el espíritu de lucha, la iniciativa, el carácter positivo, la capacidad para establecer relaciones, la perseverancia y la motivación, la adaptación al cambio, la flexibilidad y la tolerancia a la frustración. Juntos reúnen al 58,3% y podemos sintetizar todos esos rasgos en un concepto: la resiliencia. *El 58,3% de los profesionales cree que el principal factor que permite sobrellevar la exclusión es la resiliencia* —la proactividad y flexibilidad del sujeto.

La autoestima y en confianza en uno mismo tienen un papel destacado con ese 19,2%. Sin embargo, las habilidades sociales no tienen tanto peso. Si juntamos las tres categorías que hacen referencia a ello, suman entre ellas el 12,6% de los encuestados. Parece que lo principal es sostener una voluntad y ánimo fuertes, capaces de no hacer que se deje de creer en uno mismo y eficaces para que el individuo responda activamente.

### 5.5.2. Lo que dificulta salir de los problemas

Hemos preguntado por el rasgo de personalidad que más ayuda. A continuación hemos preguntado a los encuestados que, según su experiencia profesional, nos digan cuál creen que es el rasgo de personalidad que más dificulta que los individuos puedan salir de las situaciones de pobreza y exclusión social. La Tabla 6.41 permite ver que donde más coin-

cidencia hay es en que la subestima es el rasgo que más impedimentos pone para la capacidad del sujeto para luchar y salir de las situaciones de dificultad. La apatía y falta de motivación (10,6%), la actitud negativa (9,2%), la acomodación a la situación o el conformismo (4,7%), la resistencia al cambio (2,7%) y la falta de tolerancia a la frustración (0,9%) son el grupo que anteriormente hemos identificado alrededor de la resiliencia. Juntos alcanzan el 28,1% de las opciones. Es decir, si bien se entiende que la resiliencia es el principal rasgo personal que ayuda a superar las situaciones de exclusión, se considera que hay otros factores que encadenan al sujeto a ese sufrimiento. ¿Cuáles? Además de la citada autoestima, podríamos ver que hay varias referencias a lo relacional: introversión (6,3%), carencia de relaciones afectivas cercanas (5,4%), falta de habilidades sociales (3,8%), resistencia a la ayuda (3,4%), dependencia (3,1%), desconfianza (3,1%) y

**Tabla 6.41. Rasgos de personalidad que más dificultan que los individuos puedan salir de las situaciones de pobreza y exclusión social**

	(%)
Baja autoestima	20,7
Apatía y falta de motivación	10,6
Actitud negativa	9,2
Introversión	6,3
Carencia de relaciones afectivas cercanas	5,4
Enfermedad o trastorno mental	5,4
Victimismo, impotencia	5,2
Acomodación a la situación, conformismo	4,7
Falta de habilidades sociales	3,8
Resistencia a la ayuda	3,4
No ser objetivo y realista	3,4
Dependencia	3,1
Desconfianza	3,1
Resistencia al cambio	2,7
Agresividad, violencia	1,6
Falta de valores	1,6
Adicciones	1,3
Baja tolerancia a la frustración	0,9
Falta de información y conocimientos	0,9
Miedos	0,7
Cronificación en la situación de exclusión	0,2

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

agresividad o violencia (1,6%). En total, forman una categoría suscrita por el 26,7% de los profesionales —dos puntos menos que los rasgos antirresilientes—, lo cual dobla sobradamente el papel que se le otorgaba a las habilidades sociales como factor de resistencia. Queremos señalar *la ínfima presencia que tienen factores como la agresividad (1,6%) o el miedo (0,7%) en este cuadro*; rasgos que generalmente están sobrevalorados dentro del mundo de la exclusión como rasgos personales que quieren erróneamente dibujar individuos violentos o tomados por el temor.

Así pues, *en conclusión: la resiliencia es la gran disposición para resistir, y lo que intensifica más la situación de exclusión es la subestima, la baja sociabilidad y la apatía o negatividad.*

## 5.6. Ideas, valores y creencias de las personas excluidas

Además de los componentes catacterológicos, de personalidad o las actitudes y disposiciones personales, hay otro elemento relativo a los valores y creencias que forma parte del marco simbólico. Respecto a los valores, hemos visto que se les concede poca importancia causal y una importancia inclusora media; se les adjudica bajo interés por parte de las organizaciones pero una presencia media en la acción de los profesionales. Respecto a las creencias, hemos examinado los pareceres sobre las creencias religiosas y hemos comprobado que en todo mo-

**Tabla 6.42. Ubicación ideológica de las persona excluidas**

	(%)
Izquierda	11,0
Centro-izquierda	7,2
Centro	3,8
Centro-derecha	4,6
Derecha	4,0
Ultra-derecha	0,4
Ninguna	30,3

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

mento el juicio es que no es un factor estimado como factor inclusor ni como factor apreciado por organizaciones o profesionales.

Hemos querido explorar cómo se modula el factor credencial en las personas excluidas: en qué creen en el ámbito ideológico o religioso. Para ello dispusimos una serie de preguntas en el cuestionario que buscan conocer si los profesionales perciben tendencias diferenciales y en qué sentido. La Tabla 6.42 pregunta por la orientación ideológica de las personas excluidas en términos de izquierda o derecha. Un 31,1% cree que sí hay una tendencia peculiar de las personas excluidas, un 30,3% estima que no y la mayoría no sabe qué contestar a esta pregunta. Entre los que creen que en las personas excluidas hay una orientación ideológica política especial, domina el parecer de aquellos que consideran que los excluidos son de izquierdas: son el 18,2% del conjunto de los encuestados. Es decir, casi uno de cada cinco profesionales cree que las personas excluidas son de izquierdas. En cambio, casi uno de cada diez cree que los excluidos tienen una especial tendencia a ser de derechas (9%).

Quizá esas categorías de izquierda-derecha son difíciles de asignar, como así le parece a dos tercios de los encuestados, pero tienen una idea más clara de cómo posicionar a las personas excluidas si usamos categorías de posicionamiento ideológico como progresista, conservador o

**Tabla 6.43. Orientación ideológica de las personas excluidas**

	(%)
Conservador	15,6
Progresista	6,4
Anarquista	3,6
No hay tendencia clara	55,3
No sabe	17,0

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

existe diferencia con la población en general y hay un 13,7% que no sabe qué contestar. Por el contrario, el 67,9% sí sabe cuál es la tendencia y es que más de dos quintos de los profesionales sostienen que es negativa (el 44,6%). El 23,3%, casi un cuarto, cree lo opuesto: que los excluidos se caracterizan por una consideración más positiva del fenómeno que el resto de la sociedad.

**Tabla 6.44. Actitud de las personas excluidas frente al fenómeno de la inmigración**

	(%)
Tiende a ser positiva	23,3
Tiende a ser negativa	44,6
No tienen ninguna tendencia	15,1
No sabe	13,7

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

anarquista. Respecto a estas categorías de la Tabla 6.43, la mayoría (55,3%) estima que entre las personas no hay una tendencia que les diferencie de la población general. Entre el cuarto de encuestados (25,6%) que sí creen que hay una tendencia clara, resalta el 15,6% que estima que son conservadores. Al cruzar estas dos últimas variables hallamos que la mayoría de los profesionales que dicen que las personas excluidas son de izquierdas responden en la otra pregunta que no hay una tendencia clara que pueda decir que son progresistas. Sin embargo, la mayoría de los que identifican a las personas excluidas como ideológicamente de derechas, también tiene claro que los excluidos son personas conservadoras.

Si bien estas etiquetas pueden no ser suficientemente claras para lograr que los profesionales enjuicien si entre las personas excluidas hay tendencias mayoritarias en un sentido u otro, cuando se pregunta por cuestiones concretas, sí existe mayor certidumbre. Preguntamos en la Tabla 6.44 por cuál es la actitud de las personas excluidas frente al fenómeno de la inmigración y entonces más de dos tercios muestran seguridad en que sí existe una posición diferente al resto de la población. Solamente el 15,1% dice que no

**Tabla 6.45. Ámbito territorial con el que más se identifican las personas excluidas**

	(%)
Ciudad o pueblo	34,9
Identidad española o de su país de origen	27,1
Comunidad autónoma	5,6
Identidad europea o mundial	2,0
Ninguna	13,6
No sabe	14,0

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

existe diferencia con la población en general y hay un 13,7% que no sabe qué contestar. Por el contrario, el 67,9% sí sabe cuál es la tendencia y es que más de dos quintos de los profesionales sostienen que es negativa (el 44,6%). El 23,3%, casi un cuarto cree lo opuesto: que los excluidos se caracterizan por una consideración más positiva del fenómeno que el resto de la sociedad.

Otro referente simbólico es el territorio. También aquí hay claridad por parte de los encuestados en que las personas excluidas se identifican en mayor medida que la demás gente con un ámbito territorial determinado. Menos de un tercio cree que no o no sabe qué decir. El 13,6% cree que no hay ninguna tendencia especialmente marcada y un 14% no sabe qué contestar. Tal como muestra la Tabla 6.45, el grupo mayoritario está formado por un 34,9% de los encuestados y ese tercio piensa que las personas excluidas, a diferencia del resto de la población, se identifican especialmente con su localidad, sea esta ciudad o pueblo. Poco más de un cuarto —27,1%— opina, en cambio, que si por algo se caracterizan las personas exclu-

**Tabla 6.46. Grado de nacionalismo de las personas excluidas**

	(%)
Son más nacionalistas que el conjunto de la población	8,2
Son menos nacionalistas que el conjunto de la población	11,8
No hay una tendencia clara	47,4
No sabe	29,2

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.

**Tabla 6.47. Comparación del sentimiento religioso de las personas excluidas respecto al resto de la población**

	(%)
Mayor	21,5
Menor	9,8
Igual, sin tendencia clara	50,4
No sabe	15,9

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.



das es por una especial identificación con la identidad española o con la de su país de origen. La Comunidad Autónoma concentra pocos apoyos como opción diferencial, aunque es cierto que en esta y en la siguiente pregunta habría que tener en cuenta que la encuesta ha sido hecha en una sola Comunidad Autónoma —Madrid— y que conocer bien este aspecto requeriría encuestar otras Comunidades Autónomas con distintas identidades nacionales.

La Tabla 6.46 no ve una tendencia clara en cuanto al nacionalismo, lo cual nos muestra la insuficiencia de la diversidad territorial en esta cuestión. Provisionalmente, nos quedamos con que en este ámbito no se muestran aspectos diferenciales con el resto de la población, tal como indica el 47,4% de los encuestados. Hay un 29,2% que no sabe qué contestar a esta pregunta.

Finalmente, rastreamos las creencias religiosas (Tabla 6.47). Además del 15,9% que no sabe qué contestar, la mayoría —el 50,4%— opina que no existe ninguna diferencia especial que caracterice el sentimiento religioso de las personas excluidas en comparación con el resto de la sociedad. Uno de cada cinco, sin embargo, piensa que sí y que el sentimiento religioso de las personas excluidas es mayor. Solamente uno de cada diez piensa que sea menor. En total, solamente menos de un tercio cree que sí hay una especial tendencia religiosa entre las personas excluidas.

*En conclusión, los profesionales de la intervención social creen que las personas excluidas están más apegadas a su localidad (ciudad o pueblo) y se orientan negativamente hacia el fenómeno de la inmigración. Por lo demás, no creen que se diferencien especialmente con el resto de la población, pero entre quienes sí creen que les caracterizan algunas*

*posiciones especiales, sostienen que son de izquierdas pero no claramente progresistas, sino más claramente conservadores (ya hemos explicado esta contradicción antes) y más religiosos.*

## 5.7. Confianza en el protagonismo de los excluidos

Hemos estudiado cómo ven los profesionales de la intervención social, desde su privilegiada posición de proximidad con las personas excluidas, aspectos relacionados con los distintos factores vinculados al capital social y simbólico. Hay un último aspecto que quisimos conocer puntualmente y es el relativo a la autogestión, cuestión que entrecruza capital simbólico y capital social de un modo complejo. Los profesionales encuestados muestran una gran confianza en la capacidad y derecho de las personas excluidas para protagonizar su propio proceso de acción o intervención para la inclusión social. En la Tabla 6.48 encontramos que un tercio de los encuestados dice que es deseable y posible esa participación; otro tercio sostiene que es la única opción. Un 16,8% reconoce las dificultades pero confía en que es posible. Solamente uno de cada diez (9,2%) cree que aunque sería deseable es poco probable que dicho protagonismo se realice, y un 1,2% cree que es imposible pese a ser tan deseable. *En general, la opinión está presidida, como se ve, por la confianza y la necesidad de que las personas excluidas tomen el protagonismo en las intervenciones a favor de la inclusión social.*

**Tabla 6.48. Grado en que las personas excluidas pueden protagonizar su propio proceso de intervención para la inclusión**

	(%)
Es deseable y posible que las personas se hagan cargo de su proceso de inclusión social	35,3
La única opción es que las personas protagonicen su proceso de inclusión social	35,3
Es difícil que las personas se hagan cargo de su proceso, pero es posible	16,8
Es deseable que las personas se hagan cargo de su proceso, pero es poco probable que suceda	9,2
Es deseable que las personas se hagan cargo de su proceso, pero en la práctica es imposible	1,2

Fuente: Vidal, Mota, Rubio, Lázaro y Juárez, 2008: Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social.



# 6

# Conclusiones

1. En la introducción se establecía que la exclusión social deteriora los vínculos, las comunidades, la constitución del sujeto y sus marcos de sentido, y cada vez somos más conscientes de su importancia como factores de desarrollo social y, en especial, en los procesos de empoderamiento de las personas en situación de exclusión. Nuestras políticas sociales han sido tradicionalmente políticas sociales de recursos y tenemos que lograr que maduren a políticas sociales de sentido que logren incidir troncamente en esos factores sociales y axiales.

2. Los pobres disfrutan de un menor capital asociativo. Los pobres se asocian un 17% menos que el resto de la población, pero posiblemente la tasa asociativa tiene más diferencias porque el porcentaje de los que no contestan a la pregunta sobre asociacionismo es el doble entre las personas pobres. Si nos fijamos en las tasas asociativas infantiles, comprobamos que a más clase social del niño, mayor asociacionismo. Los niños de clase baja están casi un 25% menos asociados y desean estarlo un 20% más.

3. Para aumentar el capital social es crucial la configuración institucional de los barrios y la disponibilidad de organizaciones de participación en ellos. A excepción del asociacionismo en zonas suburbanas, los ciudadanos de los barrios medios y elevados doblan en asociacionismo activo a los de barrios obreros, cascos viejos deteriorados y zonas rurales o diseminadas. A excepción del asociacionismo religioso suburbial y una meritoria pero aislada actividad vecinal y de mayores en zonas rurales, la característica de estas zonas es —si no se tiene en cuenta el factor obrerista— la carencia y los mínimos asociativos. Los barrios obreros deteriorados son el bastión del asociacionismo entre las zonas empobrecidas. Pero el factor obrero no es suficiente para garantizar el activismo asociativo y así lo demuestra que en los barrios obreros que están en buen estado no resalte ninguna tasa especialmente alta. El estudio de esta variable nos muestra que la dimensión territorial muestra una fuerza conformadora de las prácticas asociativas mucho más potente que las diferencias de renta o de percepción de la clase.

4. El asociacionismo de los pobres es sobre todo religioso. El asociacionismo deportivo activo de los que tienen rentas mayores del 60% del umbral triplica a los que las tienen inferiores. Sin embargo, los más pobres casi duplican el asociacionismo religioso activo de las clases superiores. Los más pobres se ven doblados por los otros en el sindicalismo activo; casi ven duplicada su baja militancia partidaria activa. La afiliación participativa a asociaciones profesionales es un tercio menor en los más pobres y un cuarto menos en colectivos cívicos o sociales.

5. El capital relacional de las personas pobres se deteriora en mayor medida.

- Reducen más su ocio social. El 45,4% de las personas que viven por debajo del 60% del umbral se han visto obligadas a tener que reducir sus actividades de ocio por problemas económicos en el último año, mientras que ese mismo porcentaje baja al 12,2% —que se acerca a cuatro veces menos— entre los que viven por encima de dicho umbral. Respecto a los que se consideran justo en la media, los pobres han reducido su actividad de ocio en una proporción cinco veces mayor.

- Dejan más de salir con amigos. Casi un tercio de los más pobres —31%— ha tenido que dejar de salir con amigos en el último año por problemas económicos, proporción que triplica sobradamente a los que se vieron obligados a hacer lo mismo entre los que viven por encima del 60% del umbral —9,4%—. Más del doble de los hogares pobres dejan de salir con amigos por sus problemas económicos. En los suburbios marginales se ha dejado más de cuarenta veces más de salir con los amigos por problemas económicos.

- Pérdida de relaciones habituales. Cuando tienen problemas económicos, los pobres abandonan sus relaciones habituales ocho veces más que el resto de la población. Cuando llegan los problemas económicos, la degradación de los barrios cuadruplica la pérdida de las relaciones habituales.

- Abandono de asociaciones. Son los barrios populares tradicionales —los obreros y cascos antiguos— los que soportan mayores cuotas de abandono asociativo ante los problemas económicos.

6. Los individuos activos en asociaciones se descapitalizan relacionalmente en menor medida cuando hay problemas económicos. Las asociaciones que más contribuyen a no perder capital social son las religiosas y educativas, seguidas de las vecinales y deportivas.

7. La frecuencia de relaciones es menor.

- Con miembros del hogar. El porcentaje de pobres que carecen de relaciones es el doble. Entre los pobres hay una relación diaria con los miembros de su propio hogar, pero hay más pobres para los que esa pregunta no es procedente, son menos los que tratan diariamente y más los que carecen de relaciones.

- Con otros familiares. Más del triple de quienes están por debajo del 60% del umbral carece de esos familiares y hay un tercio más de probabilidades de que si los tiene no mantenga relación alguna con ellos. Además, se relaciona en menos medida diariamente. El empobrecimiento hace decaer la relación con los parientes y carecer de esos parientes, que no viven en el propio hogar es típico de los pobres.

- Con amigos. El empobrecimiento implica un ligero menor trato, pero los grupos excluidos, como desempleados de larga duración, hogares sin estudios o gitanos, sostienen pautas más frecuentes de contacto diario con amigos. Solamente los inmigrantes extracomunitarios manifiestan una visible menor frecuencia de relación con sus amigos y más tendencia a carecer de ellos.

- Con vecinos. Los pobres (un cuarto más), parados de larga duración (un tercio más), hogares sin estudios (un quinto más) y personas con movilidad social descendiente (un cuarto más) manifiestan una clara tendencia a una relación más frecuente con los vecinos.

- Con compañeros de trabajo. Casi el triple de pobres no se relaciona con compañeros de trabajo, teniéndolos.

8. Relaciones arriesgadas de ayuda. Las personas pobres cuentan con mayores soportes de personas que les hayan ayudado o les ayuden en la actualidad, aunque también hay el doble de pobres que contaron con dicha ayuda en el pasado y ahora carecen de ella, lo cual indica un proceso de pérdida de apoyos sociales. Si bien

la experiencia de tener a alguien dispuesto a ayudarte no es claramente superior entre los excluidos, sí lo es la disponibilidad a ayudar a otras personas concretas. Mientras que casi la mitad (49,1%) de la población que supera el 60% del umbral tiene a alguien a quien ayudar en la actualidad, el porcentaje se reduce más de dos tercios en el caso de quien está en la pobreza. Los pobres dicen que no tienen a quien ayudar.

9. La experiencia de la exclusión produce experiencias extremas de confianza y desconfianza. El colectivo de personas pobres son más extremadas en cuanto a la confianza, sostienen en mayor medida los dos polos de la escala: son los que más dicen que siempre se puede confiar (6,4% frente al 5%) y que siempre hay que ser cautos (26,9%, comparado con el 20,2% del resto de la población).

10. Los pobres tienen unas relaciones más conflictivas.

- Con miembros del hogar. La exclusión multiplica las malas relaciones en el hogar. Solamente el 52,8% de los pobres por debajo del 60% del umbral declara que sus relaciones con personas de su propio hogar sean buenas o muy buenas, mientras que lo hace el 64,3% del resto de la población. El porcentaje de quienes las declaran más bien malas es seis veces superior entre los pobres.

- Con otros familiares. Los pobres por debajo del 60% del umbral tienden a unas relaciones con parientes que no son tan buenas como el resto de la población

- Con amigos. Los excluidos no tienen más disgustos con los amigos, pero sí menos contento con esas relaciones. La excepción la constituyen los inmigrantes extracomunitarios, que evalúan más felizmente sus relaciones con los amigos que el resto de la población.

- Con vecinos. La exclusión no implica malas relaciones con los vecinos, sino, como en el caso anterior de la amistad, menos felicidad con ellos.

- Con compañeros de trabajo. No hemos encontrados que haya una tendencia llamativa a tener malas relaciones. Simplemente, la felicidad está menos extendida.

11. Identidades sociales y exclusión. A día de hoy podemos afirmar que existe una

asociación entre las tendencias de cambio de las formas de exclusión social y las formas de identificación social. Las formas de identificación predominantes en la cultura española han dejado de ser relevantes para orientar simbólicamente a muchos individuos. Y todavía muchos de estos no han encontrado una nueva manera de reconocer a sus iguales dentro de las estructuras sociales en las que conviven. Las identidades sociales con menos peso en la conciencia social de los españoles son las organizadas en torno a creencias e ideologías. Estas han ido perdiendo peso progresivamente desde hace más de dos décadas. La exclusión social, fenómeno estructural, es consecuencia de un modo de organización social que divide a la población en función de diferencias culturalmente establecidas entre sectores sociales. Existe una fuerte vinculación entre el ocupar una posición social más vulnerable en este tipo de instituciones y el identificarse según la edad. Los que tienden a identificarse fundamentalmente según la edad son aquellas personas de ciertas edades (jóvenes y muy mayores) que experimentan una posición secundaria en la vida familiar, de una familia con pocos recursos, y que no llegan a estar bien integrados o están excluidos de los grupos laborales (las empresas). Pero no es tanto la experiencia de exclusión institucional la que genera la identificación social, sino la de vulnerabilidad social, la de riesgo en su sector de referencia de quedar excluido en función de un parámetro determinado, en este caso la edad.

12. Capital social e inmigración. Diversos estudios parecen apuntar a una mayor relevancia de las redes informales, y especialmente a la presencia de españoles nativos en estas redes, respecto a las asociaciones y entidades formales. Concluyendo, la efectividad de las asociaciones formales para facilitar la inclusión social de los inmigrantes parece, cuando menos, dudosa. No se puede dar por sentado que las asociaciones de inmigrantes sean representativas de sus comunidades de referencia, medien de forma justa con las instituciones y promuevan necesariamente la integración de los inmigrantes, pero tampoco lo contrario. Parece que un buen número de asociaciones de inmigrantes combina el refuerzo de los lazos internos dentro de su comunidad con un proyecto colectivo de integración en la sociedad de acogida.

13. Valoración de los factores de exclusión e inclusión: cuanto más general, más se valora lo laboral y relacional, y cuanto más se acerca a la praxis real, más se pondera el trabajo sobre las disposiciones personales y los valores.

- Causas generales de la exclusión. En resumen, los profesionales de la intervención social otorgan máxima importancia a la ruptura o carencia de redes sociales como causa de exclusión; alta relevancia de los factores estructurales y las drogas; máximo énfasis de la enfermedad mental como factor de exclusión, y baja valoración del nivel educativo-intelectual, de la personalidad y los valores.

- Soluciones generales para la inclusión. Priman el empleo, aunque los factores relacionales tienen gran importancia. Se valora al máximo la estabilidad de la familia, pero no la estabilidad de la pareja, cuya importancia, por el contrario, es rechazada por la mayoría de los encuestados (52,5%). Los rasgos de personalidad no son factores causales importantes de exclusión, pero les otorgan mayor relevancia como factores de inclusión. A juicio de los profesionales de la intervención social, el factor asociativo tiene menos potencia inclusora que los factores relacionales primarios.

- Lo importante para las instituciones de intervención social. Mientras que los factores caracterológicos apenas son tenidos en cuenta como factores que generen exclusión y, sin embargo, ganan una posición destacada como factores inclusores, en la práctica de las organizaciones tienen todavía más fuerza.

- Lo importante en la propia acción social de cada profesional. Si bien le daban poca importancia a los factores personales —carácter y disposiciones— como causas, media como solución y alta como factor dentro de la acción de las organizaciones, en la praxis individual su importancia es la máxima. Crece la importancia de los valores, mientras que veíamos que las organizaciones no lo aprecian tanto. El trabajo asociativo, que no es apreciado como causa ni inclusor y que, sin embargo, se cree que las organizaciones valoran, no logra encontrar relevancia en la acción personal de los profesionales.

14. Participación asociativa de las personas excluidas. Sobre las posibilidades de participación, la opinión mayoritaria es optimista y no estima que existan dificultades estructurales. La responsabilidad de que los excluidos no participen en asociaciones se debe a las propias entidades y, sobre todo, a la carencia de información sobre ellas. Los excluidos es necesario que participen, es posible que lo hagan y tienen tiempo para ello. En cuanto al tipo de asociaciones en que es posible participar, tres cuartos de los encuestados —el 76,7%— opina que los grupos de autoayuda son la modalidad asociativa en la que es más posible que los excluidos se integren.

15. Participación de los familiares y amigos en el proceso de intervención social. La participación de amigos y familiares es un factor decisivo para la intervención social. Nos encontramos con un tipo de intervención en el mundo relacional que es necesaria pero que en el estado en que está suele obstaculizar a menudo o casi siempre. En opinión de los profesionales, la participación de familiares y amigos es posible, aumenta el control sobre el sujeto pero no viola su privacidad se sabe que todos los afectados son reacios, pero cuando toman parte lo hacen con ánimo sincero de ayudar.

16. Calidad del mundo relacional de las personas excluidas. Existe un masivo acuerdo entre los profesionales en que los individuos en exclusión pierden relaciones y se deteriora su capacidad para establecer nuevos vínculos. Tres cuartos de los encuestados piensan que en las situaciones de dificultad las personas *no* fortalecen sus relaciones personales y de solidaridad, y hay un 62,4% que sostiene que en contextos y entornos marginales las relaciones interpersonales *no* son más intensas y solidarias. Sin embargo, aun considerando que las relaciones se pierdan y haya dificultades para renovarlas, eso no quiere decir que dichas relaciones se corrompan: el 61% cree que las personas excluidas tienen amigos de verdad y el 54,6% sostiene que las relaciones personales que mantienen las personas en situación de exclusión no están dominadas por la utilidad y el interés.

17. El 58,3% de los profesionales cree que el principal factor que permite sobrellevar la ex-

clusión es la resiliencia —la proactividad y flexibilidad del sujeto—. Al estimar lo que dificulta salir de los problemas, hay que resaltar la ínfima presencia que tienen factores como la agresividad (1,6%) o el miedo (0,7%) en este cuadro. La resiliencia es la gran disposición para resistir, pero lo que intensifica más la situación de exclusión es la subestima, la baja sociabilidad y la apatía o negatividad.

18. Ideas, valores y creencias de las personas excluidas. Los profesionales de la intervención social creen que las personas excluidas están más apegadas a su localidad (ciudad o pueblo) y se orientan negativamente hacia el fenómeno de la inmigración. Por lo demás, no creen que se diferencien especialmente con el resto de la población. Pero entre quienes sí creen que les caracterizan algunas posiciones especiales sostienen que son de izquierdas, pero no claramente progresistas, sino más claramente conservadores y más religiosos.

19. Confianza en el protagonismo de los excluidos. En general, la opinión de los profesionales está presidida por la confianza y la necesidad de que las personas excluidas tomen el protagonismo en las intervenciones a favor de la inclusión social.

20. Finalmente, resumiendo en un párrafo la principal conclusión del capítulo: los pobres tienen menor capital social —tanto asociativo como relacional— y se deteriora progresivamente. Para aumentar el capital social es crucial la configuración institucional de los barrios y la disponibilidad de organizaciones de participación en ellos. A excepción del asociacionismo en zonas suburbanas, los ciudadanos de los barrios medios y elevados doblan en asociacionismo activo a los de barrios obreros, cascos viejos deteriorados y zonas rurales o diseminadas. A excepción del asociacionismo religioso suburbial y una meritoria pero aislada actividad vecinal y de mayores en zonas rurales, la característica de estas zonas es la carencia y los mínimos asociativos. Sobre las posibilidades de participación, la opinión mayoritaria es optimista y no estima que existan dificultades estructurales. La responsabilidad de que los excluidos no participen en asociaciones se debe a las propias entidades y, sobre todo, a la carencia de información sobre

ellas. Existe un masivo acuerdo entre los profesionales en que los individuos en exclusión pierden relaciones y se deteriora su capacidad para establecer nuevos vínculos. Reducen más su ocio social, dejan de salir en mayor medida con sus amigos, pierden relaciones habituales y abandonan más las asociaciones. La frecuencia de relaciones con el hogar, los parientes, amigos, vecinos y compañeros de trabajo es menor y la conflictividad es mayor. Los pobres en el pasado ayudaron y fueron ayudados, pero en la actualidad no tienen tantos soportes y tienen menos personas a quienes ayudar. No obstante, la experiencia de la exclusión produce experiencias extremas de confianza y desconfianza. Los pertenecientes a asociaciones se pierden menor capital relacional, pero al estar los pobres menos asociados, su efecto no compensa los deterioros. Diversos estudios parecen apuntar a una mayor relevancia de las redes informales, y especialmente a la presencia de españoles nativos en estas redes, respecto a las asociaciones y entidades formales. En cuanto al capital simbólico, se precisa mayor investigación y una reconsideración del papel de este factor. Los profesionales de la intervención social creen que las personas excluidas están más apegadas a su localidad (ciudad o pueblo) y se orientan negativamente hacia el fenómeno de la inmigración. Por lo demás, no creen que se diferencien especialmente del resto de la población. No es tanto la experiencia de exclusión institucional la que genera la identificación social, sino la de vulnerabilidad social, la de riesgo en su sector de referencia de quedar excluido en función de un parámetro determinado, en este caso la edad. En cuanto a los posicionamientos personales, la resiliencia es la gran disposición para resistir, pero lo que intensifica más la situación de exclusión es la subestima, la baja sociabilidad y la apatía o negatividad. Cuanto más general es el diagnóstico, más se valora lo laboral y relacional, y cuanto más se acerca a la praxis real, más se pondera el trabajo sobre las disposiciones personales y los valores. La opinión de los profesionales está presidida por la confianza y la necesidad de que las personas excluidas tomen el protagonismo en las intervenciones a favor de la inclusión social.





## 7

## Bibliografía

- APARICIO R., y TORNOS A., 2005: *Las redes sociales de los inmigrantes extranjeros en España: un estudio sobre el terreno*. Documentos del Observatorio Permanente de la Inmigración, Madrid.
- BECKER, G. (1964): *El capital humano*. Alianza Editorial, Madrid, 1983.
- BOURDIEU, P. (1979): *La distinción*. Taurus, Madrid, 1988.
- (1998): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona, 1997.
- CHEONG, P.H.; EDWARDS, R.; GOULBOURNE, H., y SOLOMOS, J. (2007): *Immigration, social cohesion and social capital: a critical review*. Critical Social Policy, Vol 27 (1), 2007.
- COLEMAN, J. (1990): *Foundations of social theory*. Harvard University Press, Massachusetts.
- DE MIGUEL LUKEN, V., y SOLANA, A. (2007): *Las redes de apoyo. El tejido social básico para la acomodación de los extranjeros*. Fundación BBVA, Madrid.
- DÍAZ, J. A. (1997): «Tendencias en valores y creencias», en TEZANOS, J. F., y SÁNCHEZ MORALES, R. (eds.): *Tecnología y Sociedad en el nuevo siglo*. Segundo Foro sobre tendencias sociales. Fundación Sistema, Madrid.
- DÍAZ-SALAZAR, Rafael (1988): *El capital simbólico*. Ediciones HOAC, Madrid.
- FENNEMA, M., y TILLIE, J. (1999): *Political participation and political trust in Amsterdam. Civic communities and ethnic networks*. Journal of Ethnic and Migration Studies, 25 (4), 1999.
- (2001): *Civic community, political participation and political trust of ethnic groups*. Connections, 24 (1), 2001.
- JOHNSON, H. G. (1964): *Towards a generalized capital accumulation approach to economic development*. OCDE, París.
- MARCUELLO C. et al. (1997): *Capital Social en España, aportaciones de las organizaciones no lucrativas: el caso de las ONGD*. Fundación BBVA, Madrid.
- MORALES, L.; GONZALEZ, A., y SÁNCHEZ, G. (2004): *La integración política de los inmigrantes: un estudio sobre las asociaciones de inmigrantes en Madrid y Murcia*. Ponencia presentada en IV congreso sobre la inmigración en España.
- MOTA F. (1999): «La realidad asociativa en España», en SUBIRATS J. (Ed.): *Existe sociedad civil en España? Responsabilidades colectivas y valores públicos*. Fundación Encuentro, Madrid.
- NIETO, G.: *La inmigración china en España, definiciones y actuaciones sobre integración social*. Revista Cidob d'Afers Internacionals, Num 63.

- PUTNAM, R. D. (2000): *Per fer que la democràci funcioni, la importància del capital social*. Edicions Proa, Barcelona.
- (2000): *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002.
- (2002): *El declive del capital social*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003.
- TEZANOS, J. F. (2001): *La sociedad dividida. Estructura de clases y desigualdad en las sociedades tecnológicas*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- VIDAL, F. (ed.), (2006): *La exclusión social y el Estado de bienestar en España*. Icaria, Barcelona.
- Vidal, F., 2008: *Exclusión y capital social*. Fundación FOESSA, Madrid.
- VIDAL, F., y MARTÍNEZ, J. (2007): *La prueba del ángel. Religión e integración de los inmigrantes*. Fundación Ceimigra, Valencia.
- VIDAL, F.; MOTA, R., y ZURDO, A. (2007): *Encuentro y alternativa. Situación del voluntariado*. Comunidad de Madrid, Madrid.
- VIDAL, F., y MOTA, F. (2008): *Encuesta de infancia en España*. Fundación SM, Madrid.
- VIDAL, F.; MOTA, R.; RUBIO, E.; LÁZARO, S., y JUÁREZ, A. (2008): *Encuesta sobre capital social y simbólico en la intervención social*. Fundación FOESSA/Univ. de COMILLAS, Madrid.
- VILLALÓN, J. J. (2006): *Identidades sociales y exclusión. ¿Qué nos diferencia? ¿Qué nos iguala?* Fundación Foessa-Cáritas, Madrid.
- (2007): *Las identidades sociales de los jóvenes españoles. La edad como elemento clave de división social*. Rev. Sistema, n.º 197-198, mayo: pp. 253-283.
- ZAPATA-BARRERO, R. (2003): *Spanish challenges and the european dilemma: socialising the debate on the integration of immigrants*. Perspectives on European Politics and Society, 4:2, 2003.
- ZETTER, R.; GRIFFITHS, D.; SIGONA, N.; FLYNN, D.; PASHA, T., y BEYNON R. (2006): *Immigration, social cohesion, and social capital, what are the links?* Joseph Rowntree Foundation.